



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE HISTORIA

**La utopía de Monique Wittig en el feminismo francófono
(1968- 1980): por una historia con perspectiva de género
desde el lesbianismo materialista**

María De Los Milagros Ávila Cignetti

**Trabajo Final presentado para optar al título de
Licenciada en Historia**

**Director: Magalí Paz
Codirector: Juan Zeballos**

**Fecha de aprobación: 15 de septiembre de 2023
Córdoba, Argentina**



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

<https://rdu.unc.edu.ar/>

Trabajo Final para optar al grado de Licenciatura en Historia:

La utopía de Monique Wittig en el feminismo francófono (1968-1980): por una historia con perspectiva de género desde el lesbianismo materialista

Est. Milagros Avila Cignetti

Directora: Dra. Magalí Paz
Co-director: Lic. Juan Zeballos

Mayo 2023

Índice

Agradecimientos.....	3
Nota preliminar:	4
Introducción	5
CAPÍTULO 1:.....	17
El Mouvement de Libération des Femmes en la “década utópica”	17
Surgimiento: Condiciones de posibilidad para la propuesta teórica y política de M. Wittig	17
Auge: características del MLF en el contexto de posguerra y su relación con los partidos de izquierda (PS y PCF).....	24
Consensos frágiles: la relación entre el MLF y el lesbianismo	34
CAPÍTULO 2:.....	41
El lesbianismo radical de M. Wittig al interior del FMF.....	41
Una caracterización del FMF	42
Wittig - Mathieu: la definición sociológica del sexo y la crítica a la naturaleza de la diferencia sexual.....	48
Wittig – Delphy: modo de producción doméstico y clases sociales de sexo	53
“History”: la teoría lésbica radical de M. Wittig y el análisis histórico con perspectiva de género	64
CAPÍTULO 3:.....	71
La ruptura de la revista Questions Féministes (1977-1980)	71
Caracterización de la revista Questions Féministes	73
QF desde un análisis material y cultural	77
El debate M. Wittig / E. DeLesseps.....	85
Crónica de un final alborotado.....	93
Conclusiones	101
Fuentes	105
Bibliografía	106

Agradecimientos

A mis afectos.

Aquellos que me sostuvieron mientras terminaba con esto y evitaron que esto terminara conmigo, ustedes saben quiénes son, pero igual:

a mi mamá, la Jechu y el papi que no dejaron que me diera por vencida, que me bancan y me quieren, y me ayudan a seguir;

al Nico y a la Rina y a la Emma que me alegraron los días;

a mi Alela y a Michel Carmelo Szifron que me cuidan desde el cielo;

a mis amigas/os, los de la facu y los de antes, que están hoy o que ya no, pero que también fueron imprescindibles;

a la Nati, mi psico, sin la que esto tampoco hubiera sido posible;

a quien supo guiarme con su magia cuando deambulaba por las tinieblas académicas, que comenzó como directora de esta tesis y hoy es mi compañera y amiga, la Maga;

a mí misma, porque pude reinventarme para seguir;

a su genio y a Monique, como no.

Nota preliminar1:

La autora a la cual dedicamos gran parte de los análisis que siguen tenía una posición muy sugerente en relación a los pronombres: no quería ser “marcada por el género”, “ser feminizada”, y prefería usar sólo el pronombre neutro, o sea, el masculino. Según Monique Wittig, utilizar el femenino implica particularizar, y ella buscaba lo contrario: universalizar, rechazando la diferenciación sexual.

En tal sentido, cuando Wittig utiliza el femenino en sus obras, lo hace en reemplazo total del masculino, con la intención de universalizar el femenino (Les Guerrillers y L'opoponax, son ejemplos de esto). Allí, el uso del femenino no simboliza que se hable de un mundo sólo de mujeres, se trata de un mundo de sujetos no sexuados, donde el masculino ha dejado de ser el neutro. Cuando se refieren a ella como escritora, M. Wittig responde que es escritor; en su criterio, el único género que existe es el femenino y a nivel del lenguaje, es muy importante volverlo obsoleto tanto en la escritura como en el habla, porque como veremos a lo largo de los capítulos, el lenguaje es parte del orden de lo material para Wittig, y modificarlo es el primer paso para cambiar ese mundo. Así: *“El género es el indicador lingüístico de la oposición política entre los sexos. Género es aquí utilizado en singular porque, en efecto, no hay dos géneros, sino uno: el femenino, el ‘masculino’ no es un género. Porque lo masculino no es lo masculino sino lo general”* (Wittig, 2006: 86). En concomitancia, y refiriéndose a la escritura de una contemporánea suya, alude: *“Barnes anula los géneros convirtiéndolos en algo obsoleto. Creo necesario suprimirlos”* (2006: 87).

De esta forma, atendiendo a estos planteos, pero a la vez, a nuestros intereses epistemológicos, en la presente tesis decidimos utilizar el pronombre femenino: “ellas/las” para generalizar, en el esfuerzo de escapar a la masculinización del universal, del general.

¹ La foto de la tapa: es agosto 1970, en la plaza de l'Etoile en París, una docena de mujeres participa de manifestaciones con banderines y pancartas, proclamando que “hay alguien más desconocido que el soldado desconocido, su mujer” y entre ellas, la que mira de reojo detrás de la corona de flores es Monique Wittig. Tomada de: © AFP - Afp

Introducción

“saber lo que es un autor, y también saber que es hacer hablar a un autor (...) ¿se le sirve a él o nos servimos de él? ¿No sucumbimos a una forma de fetichismo? (...) Lo que es importante es el esfuerzo de pensar el pensamiento del autor considerado, las respuestas que aporta, los nuevos problemas que plantea, y el estado del pensamiento en el cual él ha empezado a pensar” (Bourdieu, 2003: 13-14)

El objetivo general de la presente tesis es analizar el pensamiento de Monique Wittig², para comprender sus proposiciones más polémicas en torno a la desnaturalización de la heterosexualidad y el feminismo en Francia. Nuestra intención inicial devino del interés por comprender a la propuesta wittigiana en su propio contexto y en diálogo con otras tendencias feministas de la época. Asimismo, desarrollamos la hipótesis según la cual a pesar de residir en Estados Unidos desde mediados de la década del 70', la trayectoria vital de M. Wittig acompaña los cambios ocurridos en la convulsionada escena del feminismo francés de esos años. Si bien formó parte del movimiento feminista francófono, se diferenció de otras representantes del mismo transformándose en una pensadora de suma originalidad, razón por la cual, consideramos relevante estudiar su pensamiento político, caracterizado por la radicalidad y el desenfado. A su vez, y aunque su reconocimiento es de carácter internacional, por el contrario, se evidencia cierta invisibilización de la corriente a la que perteneció: el Feminismo Materialista Francófono (FMF)³. Ello, junto a la dificultad de la traducción de su obra, obstaculizó una mejor comprensión de sus ideas más potentes en español.

En suma, nos propusimos rastrear a M. Wittig en su trayectoria vital y desempeño teórico político para reconstruir a partir de allí, en primer lugar, las características principales y tensiones del El Mouvement de Libération des Femmes (MLF)⁴, en Francia en el contexto inmediatamente posterior al mayo francés de 1968 y durante la década de 1970; en segundo lugar, las características y vinculaciones de M. Wittig al interior de una tendencia particular (y

² En adelante: “M. Wittig”. Nacida en Dannemarie, Francia el 13 de julio de 1935, fue activista, lesbiana, filósofa, poeta, difícil de ser caratulada. Participó de diversos movimientos de la escena francesa durante la década del '70 : “Mouvement de libération des femmes” (MFL), “Front homosexuel d'action révolutionnaire” (FHAR), “Gouinesrouges”. Egresada de la Licenciatura en Literatura de la Sorbona y ganadora del premio Médicis (1964) por “L'opoponax”, más tarde escribió “Les Guérillères” (1969), “Le corps lesbien” (1973) y “Borrador de un diccionario para las amantes” (1976) el mismo año que se mudará a Estados Unidos para desempeñarse como catedrática en distintas universidades del país, hasta su muerte en Tucson (2003). Además, participó en diversas revistas como: Questions Féministes (Francia), Feminist Issues (EE.UU), Amazones d'Hier, Lesbiennes d'Aujourd'hui (Canadá) donde escribió diversos ensayos y poemas, entre otras. Ver más en Dictionnaire des féministes France – XVIIIe-XXIe siècle. Christine Bard con la colaboración de Sylvie Chaperon (2017: 1581-1589).

³ En adelante “FMF”.

⁴ En adelante “MLF”.

poco explorada en español), al interior de dicho movimiento: el FMF; y en tercer lugar, la caracterización y análisis de la ruptura de la revista “Cuestiones Feministas” (*Questions Féministes*) QF⁵, que aglutinó a las integrantes del FMF entre 1977 y 1980.

Para comenzar el trabajo propuesto retomamos al historiador Pablo Pozzi quien utiliza el concepto de *politización* para referirse a aquellos trayectos marcados fuertemente por el compromiso político y que, como en el caso de M. Wittig, hace preciso entenderlos desde ese lugar. De acuerdo al autor, “*la politización no es ni un proceso ni un despertar, sino más bien una extensión de la realidad social que es revelada en forma plena a través de las lecturas políticas*”. Es decir: “*donde la militancia es presentada, como una extensión natural de la experiencia de vida (...) y la politización no representa una ruptura con creencias anteriores, sino que hace énfasis en su continuidad*” (2007: 37). En este sentido, el recorrido de M. Wittig en su trayectoria vital y como activista en diferentes agrupaciones feministas y producto de su compromiso por elaborar una “visión de mundo” (o una filosofía) coherente con la transformación radical de la sociedad, requiere que analicemos su propuesta en términos políticos para comprenderla en profundidad.

Por su parte, Antonio Gramsci propone aprehender lo social como totalidad histórica articulada a partir de las relaciones de poder y de fuerzas (y no como una sumatoria mecánica y yuxtapuesta de factores – el “económico”, el “político”, y el “ideológico”)⁶. En este marco, el autor se hace una pregunta embarazosa: *¿Qué lugar ocupan los intelectuales dentro de esta totalidad histórica articulada?; ¿Cómo definirlos?* Según Gramsci todas las personas son intelectuales, pues cualquier trabajo físico, aunque se trate del más mecánico, implica actividad creativa (2000:13). Sin embargo, nos dirá que no todos tienen en la sociedad la función de intelectuales y que el error metódico más común es el de diferenciar las actividades intelectuales del conjunto de sistema de relaciones en que esas actividades se hallan y por tanto de los grupos que lo representan. La unidad entre filosofía y política se da en la historia, pero en el terreno de la sociedad, se expresa como la unidad entre los intelectuales y la clase de los oprimidos. De esta forma, y según el autor, la función de los intelectuales orgánicos en la clase oprimida es la de construir un nuevo sentido común y con él, una nueva cultura y una nueva filosofía, diferentes a las construidas por las clases dominantes⁷.

⁵ En adelante: “QF”. Esta revista, innovadora para la época, es la que nuclea a quienes forman la corriente feminista materialista francófona. Tras un desarrollo de tres años, la revista atraviesa una ruptura y desaparece el 24 de octubre de 1980.

⁶ Para esta síntesis del pensamiento de Gramsci nos basamos en los siguientes libros de su autoría: Gramsci, Antonio: *La Política y el Estado Moderno*, 1993; *Los intelectuales y la organización de la cultura*, 2000; *Antología*, 2004. También en algunos autores que rescatan su pensamiento: Kohan, 2007; Eagleton, 2008; y Madonessi, 2010.

⁷ Vale aclarar que, de acuerdo al autor, existen dos tipos de intelectuales: a- los intelectuales orgánicos, que cada nueva clase crea junto a ella y forma en su desarrollo progresivo. Son en general “*especializaciones de aspectos parciales de la actividad primitiva de tipo social nuevo que la nueva clase ha dado a luz*”; b- intelectuales tradicionales, “*expresión del desarrollo de la estructura económica precedente en el grupo social, categorías pre-existentes que aparecen como representación de una continuidad histórica*” Ej.: los eclesiásticos (Gramsci, 2000: 45).

Asimismo, Gramsci se refiere a que una tradición cultural remite a la “*continuidad de los grupos intelectuales*”. Es dable preguntarse: ¿Cómo definimos a la tradición que contenía a Monique Wittig? ¿En qué continuidad cultural se encuentran sus planteos teóricos y políticos? Horacio Tarcus (1996) define como tradición teórica/cultural a una construcción, una categoría inventada, hecha desde el propio presente sobre el pasado⁸. A partir de estas definiciones conceptuales, concebimos a M. Wittig como intelectual orgánica feminista⁹, en tanto intentó formar vínculos y conexiones entre la “teoría” y la “ideología”, creando un camino de dos sentidos entre los análisis teórico- políticos y las experiencias de vida en activa militancia contra lo que definió como: “*la heterosexualidad o pensamiento que produce la diferencia de los sexos como dogma filosófico y político*” (Wittig, 2006: 52). A la par, entenderemos al FMF como una tradición del pensamiento feminista que buscó forjar una identidad propia diferenciándose de otras tradiciones feministas de aquel momento histórico.

El análisis propuesto se llevará a cabo desde la perspectiva de la “nueva historia intelectual”, distanciándose de aquella “historia de las ideas” que la precede. La nueva historia intelectual plantea que incluso aquellas ideas más “brillantes” no son producto del talento nato de un solitario genio individual, sino que el contexto histórico de una época determinada incide en ellas de manera tal que es necesario conocerlo para entender la profundidad de su desarrollo. El tal sentido, Horacio Tarcus (2016; 2021), Alexandra Pita (2012; 2014), Enzo Traverso (2012), entre otros, coinciden en que la historia intelectual se subleva contra la historia de las ideas porque no se detiene ya sólo en los textos de los intelectuales y sus obras. En otras palabras, el anterior privilegio hacia las ideas y los textos de los grupos letrados fue reemplazado por una mayor atención hacia las tramas que los habían atravesado en el pasado. Además, entre sujetos y estructuras, esta nueva historia intelectual buscaba otorgar un peso de mayor relevancia a la capacidad de agencia de los letrados e incluso enfoca con particular atención sus momentos de invención y/o recreación entre linajes políticos, tradiciones culturales, etc., aunque sin dejar de entender que las “ideas” no surgen en cualquier momento y en cualquier lugar, sino que éstas nacen en un contexto que constituye su condición de posibilidad (Traverso, 2012). Compartimos la propuesta de Traverso según la cual entre una descontextualizada historia de las ideas y las proposiciones igual de “desencarnadas” del *linguistic turn* planteadas por quienes defendían una historia de las ideas ceñida estrictamente al lenguaje, un “virtuoso punto medio” puede encontrarse si

⁸“Esta categoría [la tradición] que no resulta un segmento histórico inerte, es selectiva de acuerdo a las intenciones del presente, resultando entonces, poderosamente operativa dentro del proceso de definición e identificación cultural y social” (Tarcus 1996: 24)

⁹Nos referiremos a ella como feminista en tanto integrante activa del MLF y de diferentes agrupaciones feministas como GouinesRouges (tortilleras rojas), entre otras. Además de sus apariciones en diferentes revistas con fuerte impronta feminista: QF, Feministlusses y de que se refirió al feminismo de la siguiente forma: “*Elegimos llamamos ‘feministas’ hace diez años, (...) para afirmar que nuestro movimiento tiene una historia y para subrayar el lazo político con el primer movimiento feminista*” (Wittig: [1980] (2006):36-37), remarcando la necesidad de luchar desde dentro del feminismo. Más allá de esto, las duras críticas que M. Wittig plantea al MLF y al feminismo como teoría general, ameritan esta aclaración. En tal discusión nos introduciremos con el desarrollo de la investigación.

concebimos que: *“La historia intelectual participa de la historia de las sociedades: creo que esta constatación alcanza para establecer cierta distancia crítica tanto respecto de una historia platónica de las ideas (Sternhell) como de un estudio de las ideologías como puras construcciones textuales asimilables a protocolos lingüísticos históricamente determinados (Skinner) (Traverso, 2012: 24). Así, nos proponemos seguir la primera regla que Traverso rescata de Meyer en su célebre “La historia como campo de batalla” (2012), ésta es la regla de “la contextualización, que consiste siempre en situar un acontecimiento o una idea en su época, en un marco social, en un ambiente intelectual y lingüístico, en un paisaje mental que le son propios” (p.25).*

En nuestro caso, hacernos eco de lo propuesto por esta perspectiva de análisis nos permite en primer lugar, contextualizar el momento histórico donde surge el movimiento en el que participaba M. Wittig y, en segundo lugar, abordar el estudio de QF como revista cultural, entendiendo que *“las revistas ya no son consideradas como ‘canteras’ de donde pueden extraerse documentos preciosos enterrados en las profundidades de las hemerotecas, ni como expresiones de ideas producidas antes y en otra parte, sino que tienden a ser reconsideradas ellas mismas como sujetos culturales, como intelectuales colectivos” (Tarcus, 2021: 46-47).*

Ahora bien, respecto a la perspectiva de género que retomamos en esta investigación, se comprende a los movimientos feministas no como fenómenos repentinos o que brotan desde la nada: *“el feminismo no surge ex nihilo, sino que los feminismos contemporáneos se trazan en torno a herencias y re-significados entre aquello que hubo antes y lo que vendrá después” (Nijensohn, 2019:21).* Así, la temática escogida incorpora a las mujeres en el centro del análisis como protagonistas de la Historia, y analiza *“su influencia y gravitación en diferentes procesos históricos” (Andújar, 2012: 104).* En particular, el análisis crítico del pensamiento de M. Wittig, filósofa y poeta lesbiana que se jactó de “no ser mujer”, tiene su riqueza en que permite adentrarnos en una tradición teórica innovadora y controversial en su época, y poco explorada en el idioma español.

Aunque reconocemos que la nomenclatura *“Historia con perspectiva de género”* implica debates y complejidades dentro del campo historiográfico, siendo ellos parte de uno de los apartados de esta tesis, adelantamos aquí que coincidimos con Omar Acha y Paula Halperin (2000) en que la Historia de las mujeres primero, y la Historia de género luego, surgen para cambiar las raíces mismas de la historia y desestabilizar sus estantes, pero en cambio, han devenido en una historia del género “light” que se apiló como anexo con el subtítulo “género” a una historia que no se preocupó por trastocar sus sentidos más profundos. En efecto, seguir hablando *“llanamente de ‘mujer’ deja de lado la pregunta fundamental por el modo en que esta se constituye, es decir, se abandona la historización” (2000: 16).* En virtud de ello, no es nuestra intención hacer *“historia de las mujeres”* ya que, en dicha particularización, paradójicamente, “las mujeres” volverían a quedar fuera de la

historia tal como remarcaron Bock (1989), Scott (2008), y los mencionados Halperin y Acha, entre otras. Sin embargo, intentamos darle a este trabajo una *perspectiva de género* que reconoce que las mujeres como grupo social han sido excluidas de la historia, haciendo el aporte de intentar comprender y analizar las causas de esta exclusión.

En cuanto a la delimitación temporal (1968 - 1980), la misma inicia con el icónico mayo francés de 1968, que da lugar a un cambio en la escena política y cultural francesa, posibilitando el surgimiento de diferentes movimientos sociales, entre ellos el MLF (1970). Al decir de Rosanvallon (2018): *“Mayo del 68 de repente ampliará la perspectiva y aumentará al mismo tiempo el campo de posibilidades (...) el horizonte se había abierto y parecía posible tomar la iniciativa y ver sin miedo el futuro a lo grande”* (p.18). A su vez, este trabajo culmina en octubre de 1980 con la desaparición de la revista QF ya que se trata de la revista donde se publican los dos artículos “maestros” de M. Wittig¹⁰, los cuales vamos a utilizar como vía de acceso para identificar y estudiar sus ideas teórico-políticas y argumentos más significativos: *¿Qué debates y controversias generó la propuesta teórico/política de M. Wittig al interior de la revista QF?*

Respecto al estado del arte dividiremos nuestra caracterización en dos partes. Por un lado, una serie de trabajos que reconstruyen la genealogía y los planteos del FMF, sin dedicar particular atención a la propuesta de M. Wittig; y por el otro, una serie de estudios que, si bien son atentos al trabajo de M. Wittig, no anclan su propuesta en los planteos del FMF. Dentro del primer grupo se evidencia una temprana interpretación anglófona de Alison Jaggar (1983) del FMF, muy cercana a nuestro período de estudio, donde se lo asimila rápidamente al “feminismo marxista”. En segundo lugar, las filósofas españolas Celia Amorós [1985] (1991) y Asunción Oliva Portolés (2005) realizan una interpretación del FMF que lo vincula al feminismo radical de Kate Millett y Shulamith Firestone, sin advertir las diferencias entre este feminismo radical anglosajón y la propuesta francesa. Pocos años después, quienes esquivan esta asimilación son Juteau y Laurin (1988) cuando notan que esta pretendida influencia del feminismo radical anglosajón en el FMF no es tal ya que se trata de producciones que se dan simultáneamente en 1970: *“Política Sexual” de Kate Millet, “La dialéctica del sexo” de Shulamith Firestone y “El enemigo principal”, de Christine Delphy*. Por tanto, el calificativo “radical” del FMF no provendría de la línea estadounidense, sino que más bien se desarrollaría en paralelo a ésta. Por otra parte, si bien Bolla (2019) reconoce que Juteau y Laurin demuestran que: *“estos acontecimientos sincrónicos son capturados, sin embargo, en clave genealógica. Delphy es presentada como “deudora” del pensamiento de Millett y Firestone, aún cuando sus publicaciones son exactamente coetáneas”* (p.75). Luego, advierte que la genealogía canadiense sobre los suelos teóricos del FMF tampoco es del todo exacta ya que

¹⁰ Caracterización realizada por la socióloga feminista Jules Falquet: *“En aquella época, al fragor de la lucha, se publican muchos artículos claves para la reflexión feminista, entre los cuales vale la pena mencionar los dos artículos maestros de Monique Wittig: “No se nace mujer” y “El pensamiento straight”* (2004: 3).

cuando Juteau y Laurin buscan explicar las raíces francesas del feminismo radical remiten a las propias autoras del FMF (Wittig y Delphy). Se coincide con Bolla entonces, cuando plantea que las raíces teóricas de esta radicalidad del feminismo francés se encuentran en el pensamiento de Simone de Beauvoir dado que: *“los tres escritos publicados en 1970 son deudores del pensamiento beauvoiriano”* (p 76).

Otras caracterizaciones más recientes que han profundizado sobre los orígenes teóricos del FMF resultan: desde Brasil, Maira Abreu (2017 y 2018), presenta la emergencia de las teorizaciones del feminismo materialista francés bajo las intensas movilizaciones de principios de la década de 1970 y algunas de sus ideas centrales desde una perspectiva socio - histórica. Según la autora:

Si consideramos "materialismo" como sinónimo de "marxismo", podemos reconocer una pluralidad de análisis "materialistas" en el feminismo de los años 1970. Pero, en el contexto francés, ese término fue usado para hacer referencia a un grupo preciso de autoras. Los nombres de Delphy, Guillaumin, Mathieu, Tabet y Wittig son invariablemente citados. Plaza y Lesseps figuran menos en esa lista. Con la excepción de Tabet, todas las demás fueron parte de la revista *Questions Féministes*. Algunas de ellas se reivindican *“feministas revolucionarias”* y, posteriormente, *“feministas radicales”*. Es solo posteriormente que el epíteto *“feminismo materialista”* pasa a ser usado para caracterizar el trabajo de esas autoras” (Abreu: 2017: p.13)¹¹.

Asimismo, desde Colombia, Ochy Curiel (2002), y luego también Curiel y Falquet (2005) realizan un trabajo de traducción al español de varios textos fundacionales del FMF desde la editorial independiente *“Brecha Lésbica”*. A su vez, en la introducción de dicho libro titulado: *“El patriarcado al desnudo: tres feministas materialistas”* (2005), Curiel y Falquet escriben un breve recorrido histórico y caracterización teórico- política del FMF y comentan los motivos que las llevan a traducir al español diferentes textos del FMF, el principal de ellos es, a su entender, que estos textos son un *“poderoso antídoto contra el esencialismo”*(Curiel y Falquet, 2005: 3) y *“una herramienta crítica particularmente importante para atacar a la opresión y explotación de las mujeres”* (p. 7). A continuación, en un apartado titulado: *“El feminismo materialista francés: breve historia de una invisibilización”* exponen sus argumentos sobre el porqué de dicha invisibilidad. En efecto, remarcan que a pesar de que *“se oye a menudo que autoras de los 90, tales como Judith Butler, habrían sido las primeras en cuestionar la naturalización no sólo del género, sino que del mismo sexo (...) ya en los años 70, se había elaborado una teoría absolutamente anti-naturalista y radical de la situación de las mujeres desde el feminismo materialista francés”* aunque *“desafortunadamente, este análisis quedó poco conocido* (p.4). Las autoras encuentran varios motivos para este desconocimiento, el primero: *“el carácter académico, universitario y algo complejo de este pensamiento, el cual tal vez no supo hallar la manera para llegar hasta todas las mujeres que podrían utilizarlo”*; en segundo lugar: *“el problema de las traducciones y del acceso a las*

¹¹ Traducción propia.

mismas (...) hasta la fecha, casi no se encuentran en español; y finalmente: *“el carácter profundamente revolucionario de estos análisis, que amenazan directamente el poder masculino y los privilegios de muchos hombres y de parte de las mujeres mismas, ya que va mucho más allá de pedir una simple revalorización de lo “femenino” sin cuestionar jamás la supuesta “complementariedad” de los sexos y mucho menos su supuesta existencia “natural”.* Pero, además, Falquet y Curiel (2005) mencionan que a estas explicaciones “intrínsecas” puede sumársele otra: *“el hecho de que algun@s universitari@s norteamerican@s hayan inventado de pies a cabeza para su consumo personal y sus luchas de prestigio académico, un producto exótico y romántico que bautizaron “french feminism” - el cual opacó casi por completo lo que realmente estaba siendo producido en Francia en el seno del movimiento feminista-”* (p.4). Sea como fuere, lo que queda claro es que *“el FMF es un pensamiento que tiene una gran coherencia interna y forma un conjunto histórico político específico (...) un conjunto teórico especialmente denso y convergente, que permitía por primera vez dar cuenta de la opresión de las mujeres en cuanto clase social, es decir, que analizaba el sexo —la existencia de mujeres y varones—, como un fenómeno de clase”* (pp. 3-4)¹².

Así mismo, al referirnos al FMF como corriente o tendencia de pensamiento, es preciso retomar las reservas de Maira Abreu que considera: *“Identificar y nombrar corrientes de pensamiento es a menudo un ejercicio retrospectivo. La historia de las ciencias sociales y de las ideas políticas pueden ofrecer muchos ejemplos. Querer establecer una ‘taxonomía’ del movimiento y del pensamiento feminista plantea numerosos problemas. La identificación de ‘corrientes’ o ‘tendencias’ no es fácil, dado el carácter cambiante de las categorías de referencia”* (Abreu: 2018: 69). Respecto a este asunto, la postura que se asume en esta tesis es que, aunque existen diversas posiciones al interior del FMF que no se pueden homogeneizar, también hay un marco común de surgimiento y un camino compartido por ej., en torno al nacimiento, desarrollo y ruptura de la revista QF, entre otros motivos por los que se decide referir al mismo como corriente o tendencia a lo largo del trabajo.

En nuestro país, el tema se ha estudiado desde el campo filosófico: María Luisa Femenías (2015 y 2019) y Luisina Bolla (2016; 2018; 2019), y de manera conjunta Bolla y Femenías (2019)¹³. En su tesis Bolla propone *“una lectura alternativa de una corriente relativamente desconocida más allá de los espacios francófonos”*, a partir de un recorrido donde analiza *“los aportes de las dos vertientes del FMF: la línea antropológica representada por Mathieu y Tabet y la línea sociológica que representan Delphy y Guillaumin”* (2019: 5). El objetivo central de la tesis es analizar la crítica a las concepciones naturalistas del sexo, formulada por el FMF. Para ello, realiza una serie de lecturas sintomáticas que le permiten un

¹² También Bolla (2019) comparte que se trata de una corriente que ha sido invisibilizada: *“Al analizar la circulación de dichos debates, nos vimos conducidas a elaborar interrogantes que permitieran dar cuenta de la (in)visibilidad de la corriente del FMF en las narrativas del feminismo hegemónico”* (p.14)

¹³ Luisina Bolla obtiene el título de doctorado en la UNLP con la tesis *“La naturaleza del sexo: Relecturas sintomáticas del feminismo materialista”* (2019) dirigido por María Luisa Femenías.

abordaje conjunto sin homogeneizar la diversidad de posiciones, ni desestimar las tensiones que lo atraviesan. A lo largo de la exploración de los contextos teóricos en los cuales surgió la reflexión de la corriente, la autora sintetiza que:

El hilo conductor que recorre y enlaza los trabajos de las feministas materialistas es la desnaturalización de la división sexual del trabajo. Desde fines de la década del sesenta y principios de 1970, el concepto de sexo social abre un camino de investigación que se bifurca de las narrativas hegemónicas en el campo de la teoría feminista. Así, mientras que en el mundo académico anglófono surgía un paradigma basado en la distinción entre sexo y género, un grupo de sociólogas y antropólogas radicadas en Francia proponía una teoría colectiva basada en una serie de relecturas heterodoxas de Marx, Engels y Beauvoir (Bolla: 2019: 331).

Si bien se trata de un trabajo que centra su atención en las características filosóficas del FMF, consideramos que su interpretación es la más completa de las mencionadas, y sus análisis sientan la base sobre el FMF que nos ayuda en la tarea que nos propusimos. En tal sentido, los antecedentes mencionados hasta el momento incluyen en sus análisis algunos pasajes y capítulos dedicados a M. Wittig pero en relación a su pertenencia al FMF, sin poner el énfasis en la originalidad de sus aportes¹⁴.

Aquellos trabajos que se han centrado particularmente en el análisis del “legado Wittigiano”, reflexionan sobre diferentes aristas de sus planteos: De Lauretis (1988), Butler (1990), Hannagan Lewis (1996), Cano, V. (2011); Lerussi (2011); Aranzazu (2018); Silvestri (2019); Ávila de Garay (2020). Dichas investigaciones se centran en una caracterización y evaluación crítica, e incluso, reinterpretación del trabajo de M. Wittig, pero la mayoría de ellas no vincula las nociones wittigianas a las premisas del FMF, y ello impide una mejor comprensión de sus planteos. Es decir, se trata de análisis que se preocupan por retomar algunas de sus ideas para realizar una crítica (como en el caso de Judith Butler); para revalorizar y defender sus postulados (como De Lauretis), o para “*pensar, a partir de sus herramientas teóricas, nuevos universos conceptuales*” (Silvestri, p.10)¹⁵.

Para concluir con el estado del arte se advierte que nuestro trabajo se acerca más a las perspectivas de Bolla, Curiel, Falquet, Femenías y Abreu, ya que se trata de diferentes

¹⁴ No obstante, destacamos el trabajo de Luisina Bolla (2019) quien dedica el capítulo VII de su tesis a examinar lo que entiende como una “deriva del FMF en la reconocida teoría feminista: Monique Wittig - Retomaremos esta interpretación en el capítulo 2.

¹⁵El libro: “Primavera con Monique Wittig El devenir lesbiano con el dildo en la mano de Spinoza transfeminista” (2019) es la desgrabación de un ciclo de cinco encuentros transmitidos en Tierra Violeta (2015, 14 de septiembre). Primavera con Monique Wittig - 1 /5 [video]. Youtube. <https://youtu.be/t54jC17JvWQ>. Silvestri (2019) lo describe de la siguiente manera: “*Estos textos pertenecen a una serie de desgrabaciones de mi grupo antiacadémico sobre Monique Wittig del 2015 en la Ciudad de Buenos Aires y le sumamos un desarrollo concreto de una suerte de Spinoza transfeminista*” (p.11) En lo que se trató de una propuesta que buscaba “*meterse conceptualmente en esa cama para apreciar la hipertelia de sus aparatos teóricos para, de manera extra moral, utilizarlos (...) para poder pensar, a partir de sus herramientas teóricas, nuevos universos conceptuales que ni se hubieran imaginado*” (p.10). Leonor Silvestri 1976 (edad 46 años) es escritora, activista, youtuber, instagramer, poeta, filósofa, cinturón negro de kickboxingwako, entre otras. Su trabajo en materia de enseñanza y divulgación de diferentes teorías filosóficas es sumamente amplio, tanto en su canal de youtube de manera gratuita y/o a contribución, como en los cursos pagados que dicta de manera particular, y en menor cantidad, en los libros que ha publicado, como el que mencionamos aquí.

autoras que analizan al feminismo materialista (francés o francófono dependiendo de la autora) y que, si bien consideran que el pensamiento Wittigiano se trata de un híbrido norteamericano y francés¹⁶, analizan al mismo como parte de la corriente francesa por lo que las nociones de la autora se ven contenidas allí y entendidas desde el marco teórico y sociológico francés desde las cuales fueron formuladas.

En virtud de la perspectiva epistemológica propuesta, y los antecedentes analizados, las siguientes *hipótesis* guiaron el trabajo: 1- El contexto histórico francés entre 1968-1980 puede ser calificado como un período de gran convulsión política, caracterizado por los reclamos de diferentes movimientos en contra de la colonización, las luchas de la izquierda en boga, junto a la aparición de diferentes agrupaciones feministas. A su vez, es una etapa donde la teoría marxista es reevaluada y reformulada desde los mismos sectores de izquierda. Tal situación generó las condiciones de posibilidad necesarias para que las mujeres del MLF comiencen a agruparse alrededor de sus propios reclamos, existiendo cruces e intercambios con otros movimientos de mujeres e incluso mujeres nucleadas en partidos políticos de izquierda. 2- En este contexto, M. Wittig juega un rol fundamental, tanto en la etapa inicial de convulsión política como en la etapa final de división y desintegración del MLF. Al comienzo, es pionera en su interés por generar espacios de reunión y de acción política en las calles. Luego, también jugará un importante papel en el momento de división del FMF, debido a que son sus ensayos “maestros” los que dan inicio a la ruptura que llevará a la desaparición de QF. 3- La revista QF se transformó en un soporte material y medio de producción de ideas donde tuvieron lugar fuertes disputas a finales de 1980. A partir del registro de dicha conflictividad, se pueden identificar dos tendencias al interior del FMF que pujaban por imponer su posición. En ese marco, los ensayos “maestros” de M. Wittig generaron un desacuerdo entre lesbianas y heterosexuales del FMF que no tiene allí sus comienzos y remite a un debate teórico- político de largo aliento.

En relación a *la propuesta metodológica*, y animadas por la luz benjaminiana en tanto el pasado está amenazado de muerte si no hay una mirada presente que haga valer sus textos o, en sus palabras: “*articular históricamente el pasado no significa conocerlo como verdaderamente ha sido. Significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro*” (Benjamín, 2007:67), el trabajo se propone concebir los elementos sobre el pensamiento de M. Wittig, y la tradición del FMF, como parte de una constelación más amplia: “*la constelación que el presente forma con el pasado*” (Gordillo, 2018: 36). Así, entendemos que muchas de las nociones que aquí se recuperan han sido, y aún siguen siendo, un lugar habitado por múltiples acepciones a lo largo de la historia del feminismo occidental y su construcción permanente hasta la actualidad. En este sentido, por un lado, el

¹⁶ Dado que se trata de una autora que produce a ambos lados del atlántico, reconocemos que su pensamiento teórico se inserta en un encuadre más amplio que involucra su relación con el feminismo en Norteamérica (Beltrán Pedreira et al, 2001)

trabajo de archivo se hizo a partir de diversos ensayos escritos de la época ya traducidos y publicados; así como también se recuperaron diversas fuentes inéditas y digitalizadas que fueron traducidas específicamente para este trabajo, y permitieron el acceso a testimonios de primera mano tanto de M. Wittig como de diversas activistas de la época¹⁷. A partir de este acervo documental, se procedió a reconstruir la escena política de Francia de finales del siglo XX en torno a las ideas del MLF, en general, y analizando los núcleos problemáticos más relevantes del pensamiento de nuestra autora y el FMF, en particular¹⁸.

Dado este recorrido, a continuación, expondremos sucintamente la estructura capitular de la tesis. Como hemos adelantado, para indagar en la propuesta wittigiana consideramos de importancia realizar, previamente, un análisis del contexto histórico donde se desenvuelve nuestra autora. Por esta razón, el primer capítulo aborda el contexto de posibilidades, tensiones, que contribuyeron a la emergencia de las ideas de M. Wittig, nos interesamos por el surgimiento de la propuesta, así como por la heterogeneidad del propio MLF y las tendencias que lo compusieron, llegando a establecer sus semejanzas y puntos de desacuerdo, su vinculación con una izquierda de gran peso en esa época en Francia y el lugar que ocupó el lesbianismo al interior de dicho movimiento.

En el segundo capítulo se estudia la perspectiva de M. Wittig en relación a dos de sus ensayos más controversiales, es decir, aquellos que generaron gran impacto al interior del FMF en el momento en que fueron publicados y que contienen un tono abiertamente de “*manifesto político*”. Así, el objetivo del capítulo es identificar las ideas teórico-políticas de nuestra autora a partir de los dos ensayos publicados en QF: “El pensamiento *Straight*” (“*La Pensée Straight*”) (febrero/ 1980) y “No se nace mujer” (“*On ne naît pas femme*”) (mayo/ 1980), para comprender sus argumentos más significativos. A su vez, se realiza una caracterización de la corriente y luego, se ponen en diálogo diferentes planteos de sus integrantes: Mathieu, Delphy, Guillaumin con el punto de vista de Wittig. El capítulo culmina con la idea de que la perspectiva de nuestra autora, entendida en vinculación al resto de integrantes del FMF, se presenta como un marco teórico posible y enriquecedor para los esfuerzos intelectuales que se propongan realizar una historia con perspectiva de género.

En el tercer capítulo nos detendremos en la caracterización y análisis de la revista QF y su ruptura desatada a partir de la publicación de “*La Pensée Straight*” (“El pensamiento *Straight*”) (febrero/ 1980) y “*On ne naît pas femme*” (“No se es mujer”) (mayo/ 1980). Como veremos, la revista aglutinó a las integrantes del FMF desde 1977 a 1980 y fue de suma importancia para el feminismo de la época, en general; y para la corriente feminista

¹⁷El acceso a estas fuentes fue posible a través de una comunicación vía mail con Jules Falquet y Johannes Coulombe a quienes agradecemos por compartir amable y desinteresadamente el valioso material documental digitalizado recientemente.

¹⁸ El detalle de las fuentes utilizadas se encuentra en el apartado “aparato erudito: fuentes”.

materialista francófona, en particular¹⁹. Por consiguiente, captar y analizar la desaparición de la revista, nos permitió identificar distintas posiciones al interior del comité editorial que aglutinó a las integrantes del FMF de aquel tiempo. Sea a partir de la disputa por el nombre, o en los intentos por traccionar y convencer a otras mujeres de sus argumentos, el análisis posibilitó reconstruir el debate de fondo que llevó a la ruptura.

Finalmente, la presente tesis intenta realizar dos aportes. Como se ha mencionado, Curiel y Falquet (2005) remarcan la invisibilidad del FMF en el espacio hispanoparlante y se abocaron a una ardua tarea de reconstrucción y traducción, línea ideológica con la cual buscamos colaborar. Por esta razón, el trabajo pretende contribuir a la tarea de visibilidad de la corriente feminista materialista francófona a partir de una de sus representantes más reconocidas como lo fue M. Wittig. A su vez, consideramos que es valioso recuperar y resaltar que las feministas tenemos una historia cargada de debates y controversias, de posturas que han sido silenciadas e invisibilizadas por sobre otras que, en el amplio espectro de aquello que denominamos “feminismo”, han triunfado. En síntesis, trabajar estas temáticas tal vez sea una de las pequeñas condiciones para una renovación y comprensión del inmenso universo del pasado que se ha dado en llamar “feminista”.

A la par, se destaca la idea de recuperar y acercar al campo de los estudios historiográficos la propuesta de M. Wittig, ya que creemos en que se debe insistir por la concreción de una historia con perspectiva de género consecuente, aquella que cuestione y busque trastocar la manera en cómo la historia “general” ha sido hecha hasta ahora. En tal sentido, fomentamos una posible alternativa desde la propuesta wittigiana, resaltando la utilidad histórica de algunas de sus proposiciones más originales en torno a la desnaturalización de la heterosexualidad y el uso de las categorías de sexo: hombre/mujer como categorías políticas y en conflicto, es decir, como categorías históricas y no “auto evidentes”, “naturales”, a-históricas.

¹⁹Quien se ha dedicado específicamente al análisis de la revista QF es Lambert, S. (2013) en un proyecto pensado desde el propio comité de NQF, en el cual deciden reimprimir QF para dar a conocer un pasado “mal comprendido” en los inicios del feminismo francés de los 70 y que las feministas más jóvenes tienen derecho a conocer y también lo necesitan. Lambert, S. (2013). Préface à la réédition de Questions Féministes 1977-1980. *Nouvelles Questions Féministes*, 32, 112-123. <https://doi.org/10.3917/nqf.321.0112> (Capítulo 3) - También sobre la eclosión de QF se interroga Fougeyrollas-Schwebel (2005) quien concluye que lo que se encuentra de fondo en tal conflicto es la legitimidad de un movimiento autónomo de lesbianas (Capítulo 1).

CAPÍTULO 1:

El Mouvement de Libération des Femmes en la “década utópica”

“lo queremos todo y ahora mismo”
(Albers/Goldschmidt/Oehlke, 1971: 59 y 184)

“Sed realistas, exigid lo imposible”
(Fuente: Paredes del Centro Censier, 1968)

Tal como vimos en la introducción, se comprende que determinadas ideas y pensamientos, no surgen en cualquier momento y lugar, sino que nacen en un contexto que constituye su condición de posibilidad (Traverso, 2012; Tarcus, 2021). Aquí radica la importancia de preguntarse: *¿por qué surgen determinadas ideas y otras caen o se invisibilizan? ¿Qué características reunía el clima sociopolítico de la época en que surge la propuesta teórica y política de Wittig? y, ¿Cómo se asume en aquel contexto el MLF?, ¿Cuáles fueron las vinculaciones entre sus integrantes y la izquierda en boga de aquel momento?, ¿Cómo era la relación del MLF y el lesbianismo en esos años?*

Sin dudas, se trata de una escena política y cultural de gran ebullición y reclamo contra la opresión de las mujeres en Francia (Bard, 2017). Es por ello que nos interesa interrogarnos por la heterogeneidad del propio MLF²⁰, y las tendencias que lo componían llegando a establecer sus semejanzas y puntos de acuerdos, así como las diferencias entre sus integrantes y su vinculación con una izquierda de gran peso en esa época. Si bien la primera delimitación temporal que habíamos establecido comenzaba en 1977 y finalizaba en 1980 (guiada por el surgimiento y ruptura de la revista *QF*), fue necesario extender el período temporal inicialmente delimitado porque la militancia de estas mujeres se remonta a mediados y fines de la década de 1960.

Surgimiento: Condiciones de posibilidad para la propuesta teórica y política de M. Wittig

²⁰Para referirnos a movimientos sociales nos apoyamos en la caracterización de Jules Falquet (2006), quien se refiere a éstos movimientos como parte de los llamados “*nuevos movimientos sociales*” que surgen en la época, desbordando las organizaciones de corte clasista que dominaban la escena hasta aquel entonces.

Este análisis toma como puntapié inicial un momento icónico del siglo XX y donde las integrantes del MLF participaron: *el mayo francés de 1968*. Reconocido por diferentes pensadores e historiadores como Hobsbawm (1998) y Traverso (2012) como un momento de gran fervor político y nacimiento de fuertes críticas y reclamos contra sistémicos. Durante la década de 1960 se asiste a una multiplicidad de cambios y transformaciones respecto a la primera mitad del siglo XX, y el mayo francés resulta un *acontecimiento* dentro de ella, en tanto no es meramente un evento importante o significativo que ocurrió en el ámbito sociopolítico, sino que significó un quiebre del campo del saber de una situación, *“porque con el acontecimiento emerge una verdad no considerada por el saber de la situación misma”* (Badiou, 1999: 157).

En este sentido, Traverso (2012) dirá: *“En 1968 nos encontramos entre la utopía y la memoria, la proyección en el futuro y la mirada vuelta hacia el pasado. Por un lado, un horizonte de expectativas hacia el que se orientan tanto los pensamientos como las actividades; por el otro, una postura resignada y escéptica derivada del campo de experiencia del siglo pasado”* (p. 13). Este complemento “utópico” jugó un rol muy importante, tanto en los planteos teóricos como en la práctica política de las militantes feministas de aquel entonces. Además, se destaca que los acontecimientos de mayo de 1968 fueron realizados principalmente por estudiantes que *“transformaron a París en el epicentro de un levantamiento estudiantil de ámbito continental”* (Hobsbawm, 1998: 301), situación vinculada con una serie de transformaciones que hacia mediados de 1960 impulsan a una gran masa de la población a estudiar y a profesionalizarse²¹. Es decir, en 1968 los acontecimientos del mayo francés fueron llevados a cabo por un grupo de jóvenes estudiantes con ansias de *“cambiar el mundo”*; al estallar estos acontecimientos, Wittig tenía 33 años, Delphy 27 años, Guillaumin 34 años y Mathieu 31, y fueron activas participantes que acompañaron a la juventud en tanto ellas también eran académicas que habían estudiado en diferentes universidades²².

Las estudiantes que participan del fin de la época del general De Gaulle en la Francia de 1968 fueron un factor nuevo tanto en la cultura como en la política y *“no sólo eran políticamente radicales y explosivos, sino de una eficacia única a la hora de dar una expresión nacional e incluso internacional al descontento político y social”* (Hobsbawm, 1998: 300). A su vez, la agitada situación política que no se reduce a Francia ni a su estudiantado, se nutrió de los conocidos reclamos que caracterizaron a la época. Encabezada por la llamada tercera ola de descolonización, en la cual Francia tiene gran protagonismo por su disputa con Argelia y a la cual finalmente deberá renunciar; también se producen allí movimientos y reclamos en

²¹El número de estudiantes franceses al término de la segunda guerra mundial era de menos de 100.000. Ya en 1960 estaba por encima de los 200.000, y en el curso de los diez años siguientes se triplicó hasta llegar a los 651.000 (Flora, 1983, p.582; DeuxAns, 1990, p.4) en (Hobsbawm, 1998: 303).

²²Wittig estudió literatura, Delphy y Guillaumin son sociólogas y Mathieu es antropóloga.

contra de la guerra de Vietnam, entre otros. Al respecto de este convulsionado clima político, Wittig recuerda en una entrevista del año 1979:

Me involucré en las actividades del 68 que no eran específicamente feministas. Y luego, en el repliegue del 68 - en octubre del 68, pensé: "es una locura, sería realmente el momento de comenzar un grupo de mujeres". Ya tenía la idea de un grupo que funcionaría de manera muy militante - tenía la idea de los grupos de guerrilla en Vietnam, en Laos, todos los trucos que habíamos aprendido con la guerra del Pueblo. Porque siempre tenía en mente la frase de Michelet 'Las mujeres son un pueblo en el pueblo' y realmente lo veía así (Entrevista a M. Wittig por Josy Thibaut, (2008 [1979])²³.

A tal punto influyeron estos acontecimientos en su militancia que la propia Wittig reconoce que allí surgieron sus iniciativas por formar un movimiento específico de mujeres, que más tarde tomará cuerpo en el MLF. Otra característica de aquel momento que tuvo impacto en el MLF fue su visión amplia de la política pues, las consignas del mayo francés no se redujeron a lo administrativo o gubernamental, ni a lo electoral o partidario, se trató de una visión de lo político que se nutrió de consignas novedosas para el momento y que por lo mismo han pasado a la historia como frases icónicas, es el caso del famoso: "*prohibido prohibir*". Esta visión amplia de la política fue retomada con fuerza por un movimiento feminista que cuestionó hasta las situaciones más naturalizadas y cotidianas del "día a día" en el hogar o la forma de vestir e incluso hicieron críticas a los discursos pornográficos, ámbitos que por entonces no eran considerados políticos²⁴.

Si bien se trató de un movimiento que luchó y consiguió la sanción de diferentes leyes como la ley Neuwirth (1972)²⁵ y la ley Veil (1975)²⁶, no obstante, sus reclamos no se circunscribieron a esto si no que sus consignas sobrepasaron el ámbito legal, basándose en una premisa sumamente novedosa por aquel entonces: "*lo personal es político*". Cuestión que desató no pocas polémicas, incluso al interior del propio movimiento:

Con el lema "lo personal es político" y el énfasis en el cuerpo como cuestión política - el derecho a controlar el propio cuerpo exigiendo el aborto y la anticoncepción gratuitos (...) el MLF, surgido del movimiento de 1968, contribuyó a redefinir los límites de la política. Las mujeres, reunidas en un movimiento unipersonal, pretendían hablar en nombre de todas las mujeres y la legitimidad política de sus reivindicaciones creció durante la década en el curso de manifestaciones no violentas pero espectaculares (Zancarini-Fournel, 2019: 3)²⁷.

²³ Traducción propia.

²⁴ Respecto a una visión amplia de la política puede verse Pierre Rosanvallon (2016). *Por una historia conceptual de lo político* donde el autor considera que no sólo es político un acontecimiento determinado o una decisión de gestión gubernamental (éstos serían ejemplos de lo que se denomina como "la" política). El argumento central es que esta definición acotada de la política, excluye el campo más amplio de "lo" político que se entiende como una modalidad de existencia de la vida comunitaria y que remite al sentido que esa comunidad va definiendo explícita e implícitamente sobre nociones como "poder", "ley", "estado", "nación", "igualdad", "justicia", "identidad" y "diferencia", etc. Cuestiones que, según Rosanvallon, en un sistema democrático no son estáticas o pre definidas sino que constituyen un campo abierto y cambiante de acuerdos mutables.

²⁵ Ley francesa que legalizó el uso de métodos anticonceptivos orales.

²⁶ La Ley Veil es una ley francesa promulgada el 17 de enero de 1975 que despenalizó el aborto durante las diez primeras semanas de gestación, un plazo que se amplió posteriormente a doce semanas. Recibe su nombre por la ministra de sanidad de aquel entonces, Simone Veil. Esta ley completó la Ley Neuwirth.

²⁷ Traducción propia.

A su vez, a este convulsionado clima político se añade la crisis paradigmática que cuestionó verdades que funcionaron como universales indiscutidas durante los años previos. De Sousa S. (2009) explica que la crisis del paradigma moderno dominante se da por una serie de razones epistemológicas y filosóficas, pero también de índole política y social. La ciencia moderna, aquella que se había erigido durante el siglo XIX y hasta mediados del siglo XX como una de las instituciones con más autoridad y legitimidad en la sociedad, pasó a ser foco de cuestionamientos. El “espontaneísmo científico” fue duramente criticado: si hasta ese momento se pensaba que el conocimiento se “buscaba” guiado por unas ingenuas e intuitivas “ganas de conocer”, post segunda guerra mundial quedó desmentido cuando aquellos conocimientos se utilizaron para fines perversos como la creación de las bombas nucleares, campos de concentración, entre otros. Ante esto, los intelectuales de la época empezaron a cuestionar la idea de progreso sobre la que esas mismas atrocidades se llevaron a cabo. Incluso antes del fin de la guerra, Walter Benjamín [1940] (1973) en su octava tesis sobre el concepto de la historia, dirá: *“No en último término consiste la fortuna de éste en que sus enemigos salen a su encuentro, en nombre del progreso, como al de una norma histórica. No es en absoluto filosófico el asombro acerca de que las cosas que estamos viviendo sean ‘todavía’ posibles en el siglo veinte”* (p. 3). Más que progreso, la serie de reclamos que caracterizan la época auguran un desastre ecológico sin precedentes y denuncian el agrandamiento de la brecha entre los países centrales y los periféricos, incrementando la desigualdad en el sistema capitalista que se volvió global a pasos agigantados.

Hemos visto entonces que mucho de lo que parecía incuestionable, fue cuestionado en el traspaso de las décadas de 1960 a 1970. Esta situación tuvo un impacto muy fuerte en las teorías y movimientos feministas de esos años y nos permite comprender la radicalidad de sus propuestas de cambio. En este sentido, Leonor Silvestri (2019) hablará de los “rasgos de época” de la Francia de 1970, diciendo que estamos ante una generación que *“creía en las utopías”* (p.109). Y es que se trató de una juventud militante que no se planteaba cambiar o criticar algunos aspectos de la sociedad, se planteaba cambiar a la sociedad toda. Aun así, si estos jóvenes estudiantes tenían en mente una revolución, sus objetivos quedarían trancos. En 1970 muchos pensaron que la revolución estaba “a punto de llegar”, y sin embargo, para 1980 vemos que esto no ha sucedido. Según Hobsbawm (1998), ello se debió a que los estudiantes podían tener ideas muy radicales, pero no podían efectivizar solos dicha revolución. Si bien en mayo del 68 parecía que había un interés de la clase trabajadora por sumarse a los reclamos, esta unión obrero-estudiantil no prosperó lo suficiente para ver cambios profundos.

Tales “rasgos de época” se vinculan con el surgimiento de la teoría y práctica política del MLF, ya que los cambios que reclamaban las militantes del movimiento hubieran implicado una total reevaluación de la forma en que la sociedad había sido organizada hasta el momento. M. Wittig [1980] (2006) es un exponente de ello, al plantear que: *“la conciencia de*

la opresión no es sólo una reacción (una lucha) contra la opresión: supone también una total reevaluación conceptual del mundo social, su total reorganización con nuevos conceptos, desarrollados desde el punto de vista de la opresión” (p.41).

Sumado a esto, post segunda guerra mundial se evidencia un cambio para las mujeres que se desarrolla en dos procesos: en primer lugar, el hecho de que pudieron ingresar al mercado formal del trabajo y la consecuente independencia económica que esto les otorgaba. Y, en segundo lugar, su mayor profesionalización, la cual se vincula con el fenómeno ya mencionado, de crecimiento del estudiantado, dado que la docencia es uno de los trabajos donde las mujeres se desempeñan mayoritariamente. Así, las áreas a las que ingresan no se alejan demasiado de las tareas de cuidado realizadas en el hogar. Sin embargo, el cambio es significativo en tanto les otorga una manera de acceder al dinero independientemente de sus padres y maridos, aunque no se trate de una remuneración que sea suficiente para solventar sus gastos por completo (Hobsbawm, 1998). Es interesante que en el mismo momento que esto ocurre, se desarrolle la propuesta por un feminismo materialista. Veamos...

En Christine Delphy, uno de los argumentos centrales de su propuesta es que lo que constituye a la clase social de sexo “mujer” es su dependencia económica hacia un hombre en la relación de producción mediante la cual se sostiene su existencia. Es decir, por estos años, la autora considera que *“El enemigo principal”* (1970) de las mujeres es que la relación de producción que las mantiene con vida, *“la relación que mantienen con su pan”* (Delphy, 1976: 5), depende de su relación con un hombre: *“El hecho de que las mujeres no estén remuneradas, es el elemento esencial de su relación de producción, de su forma de ganarse la vida: se ganan la vida haciendo esto o aquello en la casa dentro del marco de una relación de coerción personalizada”* (Delphy, 1976: 6)²⁸.

Delphy explica que su análisis se aboca a las mujeres casadas porque en ese marco contractual se sostiene la relación de explotación de sus vidas como clase social de sexo: mujeres²⁹. Por estos años, Delphy no es la única que apunta contra el matrimonio y la familia como pilares fundamentales en donde se sostiene la opresión de las mujeres. Para Colette Guillaumin (1979) una de las formas de apropiación de las mujeres en el “sexaje”, se da mediante la apropiación privada que se forja en el matrimonio y la cual consiste en la apropiación total y directa de la *“máquina-fuerza-de-trabajo llamada mujer”*. Al mismo tiempo,

²⁸ Debate: capitalismo, patriarcado y lucha de mujeres. (Débat: capitalisme, patriarcat et lutte des femmes, *Premier Mayo*, n°2, junio-julio 1976).

²⁹ En el mismo debate, Delphy hace una aclaración al decir: *“Yo personalmente analizo la situación de las mujeres considerando que se trata de una situación común, una situación de clase. Me refiero a las mujeres casadas, es decir a una clase social, no una clase biológica. Esta clase puede incluir perfectamente ciertos hombres biológicos: los menores de edad, los viejos, los niños pertenecen a la misma clase. Las mujeres, los viejos, los niños, etc., constituyen una clase porque tienen la misma relación de producción, es decir la misma forma de ganarse la vida”* (Delphy, 1976: 5). El destacado es propio.

Wittig recupera estos argumentos de Delphy y Guillaumin para formular su propuesta acerca de las lesbianas como no-mujeres³⁰.

Junto al surgimiento de estas teorías encontramos que los divorcios en Francia aumentan y germinan diferentes cuestionamientos a la familia tradicional: “entre 1970 a 1985 el índice bruto de divorcios se triplicó” (Hobsbawm, 1998: 323). Esta tendencia no se limitaba sólo a Francia, también en Gran Bretaña, Bélgica, Países Bajos, Dinamarca y Noruega, los índices de divorcios se duplican y triplican: “está claro que algo insólito le estaba ocurriendo al matrimonio en occidente” (p.324). En sintonía con esto, cabe recordar que uno de los reclamos más fuertes del MLF fue su lucha por el derecho al aborto y el acceso a los anticonceptivos, es decir, que la cuestión de la planificación de la natalidad también se encuentra en el centro de los reclamos para las mujeres.



Imagen 1. Primera manifestación por el derecho al aborto © Catherine Deudon. Noviembre 1971. Fuente: ProChoix: la revue du droit de choisir, N° 46 dic (2008), p.10 - En la pancarta de la imagen: “Niñx deseado = niñx amado”. Traducción propia.

Más allá de las leyes sancionadas que se lograron gracias a las luchas de los movimientos feministas, la familia como institución tradicional también estaba en crisis en el seno de la sociedad europea de posguerra: “Pasaron a estar permitidas cosas que hasta entonces habían estado prohibidas, no sólo por la ley o la religión, sino también por la moral consuetudinaria, las convenciones y el qué dirán” (Hobsbawm: 1998: 325), y esto se asocia a la mayor libertad respecto a las conductas sexuales, no sólo de las mujeres sino también de los homosexuales. No es casual que por la misma época nos encontramos a una serie de

³⁰ Los conceptos de “sexaje” y “apropiación privada”, así como su vinculación a la propuesta de M. Wittig, serán desarrollados en el capítulo 2.

reconocidos intelectuales franceses pidiendo la despenalización de todas las relaciones consensuadas entre adultos y menores de quince años (la edad de consentimiento en Francia)³¹.

En suma, las mujeres que componen el MLF van en contra de este pilar que es la familia y el matrimonio porque consideran que allí reside la causa de su opresión y encuentran el momento propicio para realizar sus reclamos. Es para destacar que diferentes pensadoras del feminismo de aquel entonces, aunque no todas, apuntaron directamente contra la familia, la maternidad y el matrimonio como bases fundamentales de su sometimiento. Sin embargo, y tal como plantea Silvestri (2019) esto no se reduce a las feministas francesas: “*el feminismo de los años 70, desde la Biblioteca de Milán hasta Firestone, plantean que el capitalismo se sostiene por el cuerpo de las mujeres en términos de reproducción*” (p. 104).



Imagen 2. Manifestación contra el Día de la Madre, 28 de mayo de 1972 © Catherine Deudon. Fuente: ProChoix: la revue du droit de choisir, N° 46, 2008: 17.

Lo antes dicho pone en evidencia que a medida que el movimiento puja por nuevas reivindicaciones, éstas mismas son las que posibilitan el surgimiento de nuevas teorías, existiendo un *feedback*, un “ida y vuelta” desde los reclamos hacia las conquistas y desde las

³¹Varios intelectuales franceses, incluyendo a Louis Aragon, Michel Foucault, Jean-Paul Sartre, Jacques Derrida, Louis Althusser, Roland Barthes, Simone de Beauvoir, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Michel Leiris, Alain Robbe-Grillet, Philippe Sollers, Jacques Rancière, François Châtelet, Jean-François Lyotard, Francis Ponge, y varios médicos y psicólogos, firmaron la petición. La petición puede verse en los Archivos Françoise Dolto. París: Association des Archives et Documentation Françoise Dolto. <https://www.dolto.fr/fd-code-penal-crp.html> bajo el título: “*Carta abierta a la Comisión Revisora del Código Penal para la revisión de determinados textos que regulan las relaciones entre mayores y menores*” (*Lettre Ouverte à la Commission de révision du code pénal pour la révision de certains textes régissant les rapports entre adultes et mineurs*).

conquistas hacia lo que las mujeres reclaman e imaginan para sí mismas. De esta forma, las teorías y prácticas políticas del movimiento y el contexto en donde surgen se retroalimentan:

El feminismo en Francia ha sido a menudo brillante en su expresión intelectual. Su historia política se ha visto marcada por la agitada historia de nuestro país, en la que ha inscrito sus reivindicaciones, y por las relaciones complejas que ha establecido con el movimiento social. A pesar de haber sido siempre muy minoritario, ha sido sin embargo capaz, en determinadas ocasiones, de cristalizar una revuelta colectiva en torno a metas pertinentes. Cuando digo “metas pertinentes”, no quiero decir que fueran accesibles, fue desde luego necesaria una buena dosis de utopía para aventurarse fuera de los papeles asignados (Picq, 2002: 2)³².

Ahora bien, en base a estas reflexiones, es válido preguntarse: *¿qué características asume el MLF en tanto movimiento que surge y se constituye en este momento histórico?*

Auge: características del MLF en el contexto de posguerra y su relación con los partidos de izquierda (PS y PCF)

Cuando estalla mayo del 68 en París, Wittig está escribiendo *“Les Guérillères”* (1969) luego de haber leído *“La mística de la feminidad”* (1963) de Betty Friedan. En 1979, nuestra autora rememora que fue aquel libro el que la incentivó a formar un grupo de mujeres para realizar una fuerte crítica al psicoanálisis y por eso convoca a una reunión para comenzar a organizar un movimiento. Se transforma así en una de las fundadoras del MLF: *“Pensé que nosotras deberíamos empezar a organizarnos y a luchar. Hacernos visibles, y hacer cosas, no solo a nivel crítico, sino a nivel práctico. ¡En la calle, qué! Cómo salíamos de un movimiento político de la calle, no veía por qué no íbamos a la calle* (Entrevista a M. Wittig por Josy Thibaut (2008 [1979]))³³.

Reuniones en las que participaban sólo mujeres se comenzaron a celebrar a partir de octubre de 1968: M. Wittig junto a Antoinette Fouque, Josiane Chanel, Suzanne Fenn, Gille Wittig, Margaret Stephenson, Marcia Rothenberg, entre otras³⁴. Se trataba de una decena de mujeres que trabajaban sobre la sexualidad femenina y la articulación de las luchas de mujeres a las luchas anticolonialistas y de clase. Previo al MLF (1970) existió una agrupación llamada: “Movimiento Democrático de Mujeres” (MDM)³⁵, un grupo independiente que se dio a conocer en 1968, durante la Sorbona ocupada, mediante la organización de una serie de debates y acciones feministas, Christine Delphy y Emmanuèle de Lesseps se unieron a ella.

³²Traducción propia.

³³Traducción propia.

³⁴ Según Wittig, esa primera reunión de octubre de 1968 se convoca a partir de su iniciativa.

³⁵En adelante MDM.

En 1969, de este grupo surge Feminismo, Marxismo, Acción (FMA)³⁶. Y luego, en 1970, el artículo de *L'Idiot international*: “Combate por la liberación de la mujer” (*Combat Pour la liberación de la mujer*)³⁷ firmado por M. Wittig, Gille Wittig, Marcia Rothenburg y Margaret Stephenson, que logró que los distintos grupos que existían sin conocerse se reunieran y conocieran otros. Consideramos que en estas primeras agrupaciones (MDM, FMA), se encuentran las raíces del MLF, sin embargo, al decir de Charpenel (2017): “*Rastrear los contornos de este movimiento es tan peligroso como datar su origen (ya que) no se era miembro del MLF como se era miembro de un partido, no existía un carné de afiliación que permitiera distinguir claramente a las que son de las que no son del movimiento. Se trata sobre todo de grupos informales, que surgen por doquier en las grandes ciudades, y en los que las mujeres entran y salen según su situación* (p. 1038)³⁸.”

De todas maneras, aunque es difícil poner una fecha de inicio al MLF, las diferentes acciones, debates y actos que se sucedieron en 1970 hicieron que éste fuera, para la prensa parisina primero, y para la historia luego, el año de nacimiento del movimiento. Una de las acciones mencionadas se produjo en mayo, cuando M. Wittig escribe conjuntamente con su hermana Gille Wittig, Marcia Rothenberg y Margaret Stephenson, el primer texto feminista francés de ese periodo: “Combate por la liberación de la Mujer” (*Combat pour la libération de la femme*) publicado por la revista *L'Idiot international* (1970). A la par, se realiza la primera reunión pública del MLF, en la primavera de 1970, en la Universidad de Vincennes. Y, por último, lo que luego será considerado como “el acto de fundación” del MLF, se produce el 26 de agosto 1970, en *L'Arc de Triomphe* cuando un grupo de mujeres rinde homenaje a “*la esposa del soldado desconocido*” bajo pancartas que decían: “*hay alguien más desconocido que el soldado desconocido: su esposa*”, fue este último acontecimiento el que terminó dando al movimiento una presencia mediática (Picq, 2008). Aunque en 1971, también puede incluirse en estos eventos iniciales del MLF al manifiesto de las 343, también conocido como manifiesto de las 343 guarras (*manifeste des 343, o des 343 salopes*), el cual fue publicado en abril de 1971 en la revista francesa *Le Nouvel Observateur* y firmada por 343 mujeres que afirmaban haberse realizado un aborto y reclamaban por un aborto libre, entre ellas se encontraban Simone De Beauvoir, Christine Delphy, Yvette Roudy, M. Wittig, entre otras.

³⁶ En adelante FMA.

³⁷ *Combat pour la libération de la femme. L'Idiot International N° 6*, París, Londres, mayo 1970, p. 13-16.

³⁸ Traducción propia.



Imagen 3. Agosto 1970. L'Arc de Triomphe, Monique Wittig, Monique Bourroux (Anónimo). Fuente: ProChoix: la revue du droit de choisir, N° 46, 2008: 6.

En el año 2008, desde la revista Prochoix (2008) se realiza un número especial para recordar al MLF y quienes allí participan, aluden: *“El movimiento de liberación de la mujer nunca se estructuró como un partido u organización política. No puede haber fundamento de un movimiento, por definición multifacético y abierto. Algunos artículos publicados en octubre de 2008 en respuesta al supuesto cuadragésimo aniversario del Movimiento de Liberación de la Mujer son un recordatorio de esto”* (p.9) ³⁹.

Más allá de tratarse de un movimiento multifacético, sabemos que hay una causa común que las aglutina: *“en el primer momento del movimiento feminista, lo que une a las activistas es la denuncia de la situación de las mujeres, una situación de explotación y dominación”* (Fougeyrollas-Schwebel, 2005:2) ⁴⁰. Además, según Charpenel (2017) dos características podrían identificarse como denominadores comunes de estos grupos que integraban al movimiento. En primer lugar, la elección de no permitir la mixtura, es decir, de tratarse de un movimiento sólo de mujeres refleja la preocupación por situar a las mujeres conductoras de su propia lucha. En segundo lugar, la centralidad otorgada al cuerpo, que se encuentra simbolizada por el gesto característico de las manos y sus reivindicaciones en torno al acceso a anticonceptivos y el aborto, así como su característica frase: *“mi cuerpo me pertenece”* (Charpenel, 2017).

En cuanto a las diferencias entre estos grupos, Lambert (2013) distingue al interior del MLF tres tendencias, estas son: *“la llamada tendencia de “lucha de clases” (que defendía la prioridad de la lucha de clases sobre la lucha de las mujeres), la tendencia “diferencialista” o*

³⁹ Traducción y destacado son propios.

⁴⁰ Traducción propia.

“esencialista” (postulando una diferencia de naturaleza entre los sexos), y por último, las “feministas revolucionarias”, de donde proceden varias de las fundadoras de la revista *Questions Féministes* (Christine Delphy, Emmanuèle de Lesseps y Monique Wittig)” (p. 16). El cuadro a continuación resume estas tendencias y adelanta también la división al interior del FMF:

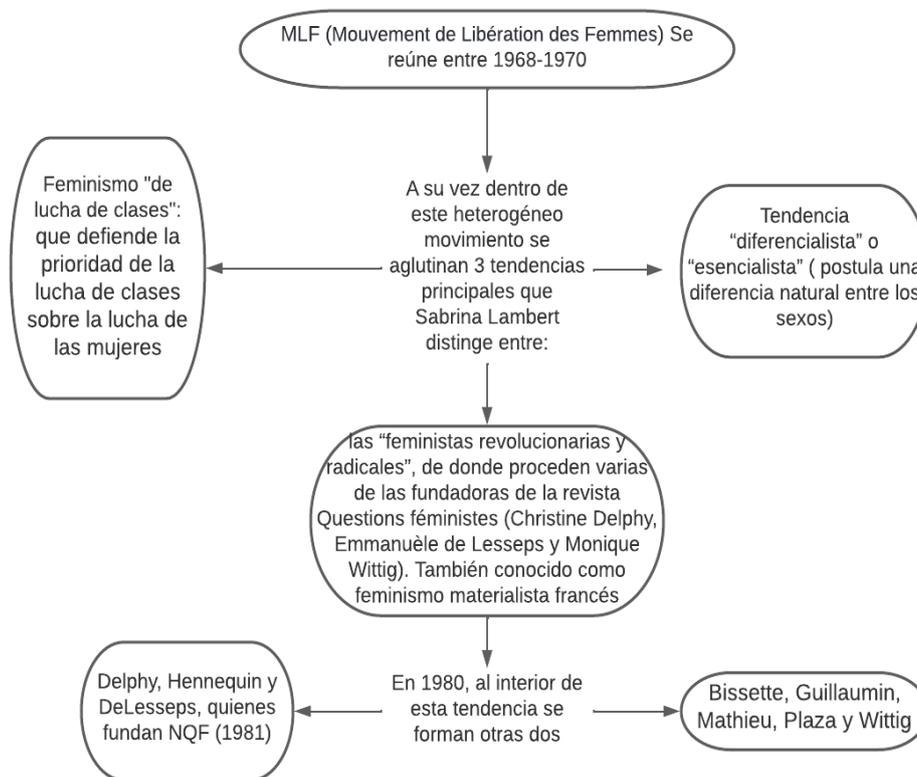


Figura 1: Tres tendencias al interior del *Mouvement de Libération des Femmes* (MLF), en Francia entre 1970-1980. **Fuente:** elaboración propia en base a Lambert (2013) y Charpenel (2017).

Sumado a esto, el movimiento surge en un país que ya posee una tradición feminista. Al realizar una reconstrucción del feminismo en Francia, Françoise Picq (2002), militante del MLF durante estos años, comenta que hay que hacer una vinculación entre aquella primera ola del feminismo que pujó por una igualdad de derechos civiles para las mujeres y este MLF nacido en los años '70, al calor del mayo francés. Picq remarca que, sin desconocer sus raíces en la primera ola⁴¹, el MFL proclamaba a 1970 como “el año zero” de liberación de las mujeres⁴². En efecto, si bien hay un vínculo entre estas dos olas del feminismo francés, se

⁴¹ Recordemos que la primera ola supo conquistar el derecho al voto para las mujeres francesas en 1944.

⁴² Esto puede verse en el título que lleva el artículo de la revista *Partisans* de 1970, el cual actúa como “bautismo” al movimiento: “*Libération des femmes, année zéro*”. Cuestión que se confirma en 1980 cuando desde la revista QF se conmemoran los 10 años del movimiento utilizando la misma portada que *Partisans* en 1970. “*Libération des femmes, année zéro*”, *Partisans*, 1970:54-55; Basch, Françoise et al. (Eds). *Vingt-cinq ans d'études féministes: L'expérience Jussieu*, París: CEDREF, 2001.

encuentran ciertas diferencias: si la primera ola puso toda su energía en la conquista de la igualdad de derechos, la segunda en cambio se apoyó en estas conquistas, pero manteniendo en el horizonte nuevos desafíos que excedían aquella “igualdad civil” exigida por la primera. En palabras de Falquet: el *“feminismo de la segunda ola, dominado por mujeres de clase media viviendo en grandes ciudades”* (2006: 31), estuvo más vinculado a “El segundo sexo” (1949) que la primera ola, porque retomó lo propuesto por Simone de Beauvoir en cuanto a la otredad del sexo femenino (Picq, 2008). En síntesis, las militantes del MLF aceptaron al *“feminismo del pasado”* como parte de su historia, aunque rechazaron algunos aspectos del mismo como la prudencia y el comportamiento moderado mediante el cual éste trataba de convencer para que se les otorgasen derechos a las mujeres. Por el contrario, en la estela del mayo del 68, esta segunda ola planteará la cuestión feminista en términos de liberación y de fiesta revolucionaria (Picq, 2002).

En este sentido, al marcar su vínculo con la primera ola feminista, Wittig [1980] (2006) dirá: *“Elegimos llamarnos ‘feministas’ hace diez años, no para apoyar o fortalecer el mito de la mujer, ni para identificarnos con la definición que el opresor hace de nosotras, sino para afirmar que nuestro movimiento tiene una historia y para subrayar el lazo político con el primer movimiento feminista”* (p.37) ⁴³. Algo en esta cita nos permite inferir cierta tensión al interior del MLF en aquel entonces.

Cuando Wittig dice que no es feminista para fortalecer o apoyar el *“mito de la mujer”* hace referencia a una rispidez inherente al MLF entre lo que la historiografía ha denominado como el “feminismo de la igualdad” vs. el “feminismo de la diferencia” (Fougeyrollas-Schwebel, 2005). De un lado, el feminismo “universalista o igualitario” sostiene que la diferencia no preexiste a la opresión y que crea al sexo, el cual es efecto de las relaciones de dominación y por ello conciben que *“si el feminismo quiere ser lógico, debe trabajar para obtener una sociedad sin sexos”* (Atkinson, 1974: 6). Esta cita de Atkinson será retomada por Wittig (partidaria de la tendencia universalista), en “No se nace mujer” (1980):

La ambigüedad de la palabra “feminista” resume toda la situación. ¿Qué significa “feminista”? Feminismo contiene la palabra “fémina” (“mujer”), y significa: alguien que lucha por las mujeres. Para muchas de nosotras, significa alguien que lucha por las mujeres como clase y por la desaparición de esta clase. Para muchas otras, esto quiere decir alguien que lucha por la mujer y por su defensa —por el mito, por tanto, y su fortalecimiento. (Wittig, [1980] 2006: 37)

Con la ironía que la caracteriza, Wittig deja claro que el rol de las mujeres como clase en la lucha política, no es otro que el de desaparecer junto con todo rasgo tanto de la feminidad como de la masculinidad. Para la corriente universalista perpetuar y reivindicar la diferencia sexual, luchando por el reconocimiento de una “maravillosa feminidad,” implicaría naturalizar la historia de la opresión: *“Al admitir que hay una división “natural” entre mujeres y*

⁴³Destacado propio.

hombres, naturalizamos la historia, asumimos que “hombres” y “mujeres” siempre han existido y siempre existirán. No sólo naturalizamos la historia, sino que también, en consecuencia, naturalizamos los fenómenos sociales que manifiestan nuestra opresión, haciendo imposible cualquier cambio (Wittig, 2006: 33) ⁴⁴.

Por otro lado, las feministas diferencialistas sostienen que es necesario luchar por el reconocimiento y la revalorización de lo femenino. Françoise Collin (1992) muestra que las teorizaciones sobre la representación de la diferencia de género, y en particular, la oposición entre universalismo y diferencialismo, tienden a construir un punto de vista formal del feminismo y a *“recaer, nos guste o no, en una cierta metafísica de los sexos”* (p.271). Además, agrega que, como movimiento político, el feminismo no puede reducirse a una postura puramente teórica porque la teoría y la práctica interfieren constantemente (Collin, 2004).

Tal como comenta Vic Sfrizo (2021), M. Wittig termina exiliándose a Estados Unidos junto a su pareja Zande Seig, por los conflictos al interior del MLF con la tendencia diferencialista. Sin embargo, es importante aclarar que la oposición entre feministas universalistas y diferencialistas abarca sólo un enfrentamiento que tuvo lugar a principios de los años 70 entre distintos grupos activistas: las Feministas Revolucionarias, por un lado, y el grupo Psicoanálisis y Política, por otro. Ahora bien, esta oposición deja en la sombra a múltiples grupos informales que convivieron dentro del movimiento. Como hemos mencionado, el MLF no fue un partido, sino la convergencia de varios grupos basados en una gran autonomía de iniciativa. Cierto, la historiografía da un lugar predominante a estas dos tendencias: “diferencialistas” y “universalistas”, a las que se añade toda una serie de grupos reunidos bajo la tendencia de la “lucha de clases” (diversos grupos pertenecientes o no a los partidos de extrema izquierda que hacían de nexo entre el movimiento obrero y el feminismo). Al referirse a estos últimos, Louise Turcotte dirá que *“Los grupos que, con su ternura por la teoría de la ‘lucha de clases’ y su colaboración con grupos políticos mixtos, ponen ampliamente en segundo plano la lucha contra el patriarcado”* (AHLA, 1982:20)⁴⁵. En efecto, un rasgo común de estos grupos al interior del movimiento, según Fougeyrollas-Schwebel (2005), es que se autodenominan revolucionarios y se sitúan principalmente en relación con los análisis marxistas.

En suma, el MFL (multifacético y abierto), aglutina diversas tendencias que con los años se volverán irreconciliables e incluso violentas. Al respecto, Michelle Perrot recuerda *“las batallas que se libraron en torno al año 1975 por la sigla MLF (Mouvement de Libération des femmes) entre Psych et Po (Psychanalyse et Politique, de Antoinette Fouque) y la mayoría de*

⁴⁴Wittig muestra cómo esta “diferencia de los sexos” constituye un postulado subyacente no sólo al sentido común, sino al conjunto de las “ciencias” occidentales, desde el psicoanálisis hasta la antropología. Sin embargo, esta hipótesis oculta nunca se busca probar, ni siquiera está sometida al análisis (Falquet, 2004: 11).

⁴⁵ Traducción propia.

las otras” (Perrot, 2003) ⁴⁶. Estamos en el momento de apogeo de Lacan y el grupo *Psych et Po* se identifica con el psicoanálisis que Antoinette Fouque aspiraba a liderar. A tal punto era variado el espectro de los diferentes grupos que aglutina el MLF que, por un lado, aparece este grupo identificado con el psicoanálisis, caracterizado como un grupo de “autoconciencia”, cuya finalidad era la de articular el inconsciente con la lucha política bajo una mirada que pretendía “*hacer emerger al sujeto femenino*” a partir de una relectura de Freud, y adscribiendo al feminismo de la diferencia⁴⁷. Y, por otra parte, encontramos a M. Wittig, quién tiene una gran preocupación por criticar fuertemente, y desde la teoría feminista, al psicoanálisis. A pesar de sus diferentes posturas, gracias a la entrevista que Wittig dio en el año 1979, sabemos que se vinculó inicialmente con Antoinette porque ambas compartían el interés por formar un movimiento específicamente de mujeres en el año 1970. Sin embargo, la misma Wittig hará explícita la diferencia de posiciones respecto a la psicoanalista:

Nos peleamos tanto dentro del grupo que finalmente Antoinette dijo "hagan su propio grupo, no volveremos". Eso es lo que hemos hecho (...) Y a principios de los 70, se supo que había una reunión nacional de feministas en algún lugar cerca de Londres, Inglaterra, que reuniría a todas las feministas, delegadas de todo el país. Así que fue la primera reunión nacional de las inglesas, y yo tuve tantos problemas de poder con Antoinette, problemas de relaciones imposibles, me acusaron de querer ir a la reunión nacional como escritora, como una figura política o algo así. Y fue tan duro que prácticamente me obligaron, por su actitud - porque no quería pasar un mal momento -, a no asistir a esta asamblea nacional en Oxford, lo que para mí fue muy difícil. (Entrevista a M. Wittig por Josy Thibaut (2008 [1979]))⁴⁸

Allí también comenta su interés inicial por realizar una crítica feminista y fulminante al psicoanálisis y su espanto al enterarse de las intenciones analíticas de Fouque:

Una cosa que me sorprendió mucho fue que un día después de la reunión, en el café, después de que todo el mundo se había ido, escuché a Josiane y Antoinette frente a mí, diciéndome: "Desde un punto de vista psicoanalítico, el funcionamiento de este grupo es muy interesante. Por otra parte, tomamos nota de todo lo que se dice en el grupo para interpretarlo analíticamente. Para dar una interpretación analítica". ¡De verdad! ¡En los términos freudianos más clásicos! Así que tuve un ataque. Dije que era asqueroso hacer eso, que era realmente manipular a la gente sin que lo supieran. Que mientras yo asistiera a las reuniones, algo así no iba a pasar. Tuvimos una discusión violenta, y parecieron renunciar (...) No era ninguna instancia psicoanalítica o marxista la que iba a dictarme lo que iba a ser mi conducta y mi manera de pensar, no me parecía justa desde un punto de vista feminista (Entrevista a M. Wittig por Josy Thibaut (2008 [1979]))⁴⁹.

Estos eventos, así como la disputa por la sigla MLF en diferentes ocasiones (1975; 1980), son signos representativos de lo que el MLF ha sido desde sus inicios en 1970, y durante toda la década: un espacio de lucha y contención de las mujeres, de formulación de

⁴⁶ Esta entrevista data de julio de 1999, y fue publicada en el vol. 8, número 2 de Arenal (julio-diciembre de 2001), revista de historia de las mujeres, editada por el Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad de Granada. También se encuentra disponible en *Página Abierta*, nº 140, septiembre, 2003.

⁴⁷ Ver más en *ProChoix. La revue du droit de choisir*, nº 48, diciembre 2008.

⁴⁸ Traducción propia.

⁴⁹ Traducción propia.

reclamos, de expresión de sus necesidades y exigencias ante la sociedad; y al mismo tiempo, un espacio de disputa interna, de configuración de consignas políticas feministas opuestas, de teorización para el futuro, de ensamblaje de diferentes utopías posibles ⁵⁰.

Dominique Fougeyrollas-Schwebel (2005) plantea que diversos grupos, pertenecientes o no a los partidos de extrema izquierda, definían sus prioridades políticas por los vínculos necesarios entre el movimiento obrero y el feminismo. Y es que la teoría marxista es un punto de referencia obligado para los grupos de activistas políticos feministas de la época. En este marco, la oposición planteada entre los grupos bajo el único argumento del “universalismo” frente al “diferencialismo”, oculta el hecho de que *“las escisiones que se producen (al interior del MLF) responden también a diferentes posiciones tomadas dentro de los debates marxistas de la época”* (Fougeyrollas-Schwebel, 2005: 2) ⁵¹. Cabe recordar que el marxismo al mismo tiempo que tiene su auge como teoría, está siendo muy cuestionado, especialmente los dogmas instalados durante la etapa estalinista pues, Francia es uno de los países más críticos del dogmatismo pro soviético ⁵². En suma, varios de estos grupos tenían relación con la izquierda, aunque no se tratara de una vinculación necesariamente partidaria o dogmática sino más bien crítica.

Particularmente, dentro del FMF el vínculo con el marxismo estuvo caracterizado por un activismo que retomó ciertos conceptos como clase, lucha de clases, relaciones de producción, conciencia de clase, abolición de las clases, entre otros, y algunos de sus ideales de cambio más provocativos, pero siempre lo hizo de una manera poco ortodoxa. Es notorio que, aunque las feministas materialistas retomaron al marxismo para sus análisis, siempre lo hicieron con reservas e incluso, la mayoría de las veces, desde un punto de vista crítico. Así, la propia M. Wittig, quien supo afirmar que: *“Ninguna teoría marxista le iba a decir que hacer”*, sin embargo, en la misma entrevista dos páginas abajo, dirá que para la primera reunión de mujeres: *“Me sentí muy conmovida, muy nerviosa ya que fui yo quien convocó esta reunión. Tenía que prepararme, pero ¿qué? ¿De qué se trata? ¡No puedo llegar allí sin estar preparada! Así que releí febrilmente “El origen de la familia”, releí tantos Marx como pude, me hice mi pequeña teoría feminista y marxista... ¡muy bien por cierto!* (Entrevista a M. Wittig por Josy Thibaut, (2008 [1979]) ⁵³.

⁵⁰Algunas de las disputas hacia el interior del movimiento se evidencian en que, a partir de 1980, en diferentes proclamas y revistas feministas (incluida QF), aparecía la firma “MLF no registrado”, para diferenciarse de aquel que había sido registrado por Fouque: *“El 18 de octubre de 1979, Antoinette Fouque, Marie-Claude Grumbach y Sylvina Boissonnas (del movimiento diferencialista) registraron en comisaría una asociación denominada “Mouvement de libération des femmes - MLF” y unos días más tarde registraron el mismo nombre como marca en el Instituto de la Propiedad Industrial y Comercial. Aunque el objetivo del registro era proteger las siglas para que no las utilizaran los partidos políticos, otras participantes en el MLF lo interpretaron como una traición”* (Charpenel, 2017: 1042-1043) - Traducción propia.

⁵¹ Traducción propia.

⁵² Algunos representantes franceses de esta corriente crítica se encuentran en la revista *“Les temps modernes”*, donde participan Sartre y de Beauvoir.

⁵³ Traducción propia.

En síntesis, el caso de Wittig y del FMF es representativo de la ambigüedad entre crítica y valoración de sus herramientas teóricas para el análisis político, característica de la vinculación del movimiento con el marxismo durante esta etapa. Aunque otros grupos dentro del MLF tomaban una postura menos crítica, lo cierto es que estas militantes feministas se vinculan con la izquierda del momento de manera particular. Zancarini-Fournel (2019) comenta que el grupo “Feminismo, Marxismo, Acción” (FMA)⁵⁴ constituye la base genealógica del MLF y, sin embargo, existía un prejuicio de parte de los partidos de izquierda contra el movimiento ya que lo consideraban como “*burgués y contrarrevolucionario*” y como “*avatar de la burguesía*”.

A su vez, por estos años otro proceso acrecienta las filas de la izquierda, es que “*la cambiante y cada vez más difusa frontera entre lo que era y no era trabajo “manual”, difumina y disuelve los contornos, hasta entonces nítidos, del ‘proletariado’*” (Hobsbawm, 1998: 312). Esto permitió que sectores que antes no eran considerados como parte del mundo del trabajo, como las mujeres o las juventudes estudiantiles de clase media, ahora tomaran una postura de izquierda y con intenciones de cambio, que anteriormente no tenían. Como ya vimos, muchas de las mujeres del MLF son parte de estos grupos que tuvieron la oportunidad de formarse y profesionalizarse e ingresar al mundo laboral por fuera del hogar. Sin embargo, aunque para 1974 el partido socialista adopta un discurso feminista, no le alcanza para captar el voto femenino y ganar las elecciones. Más adelante, entre 1977 y marzo de 1978, tras la ruptura de la Unión de la Izquierda, con el ascenso electoral de los ecologistas, la derrota en las elecciones legislativas de 1978 y la proximidad de las elecciones de 1981, el Partido Socialista (PS) multiplicó sus manifestaciones de interés por los temas feministas. En el PS, Yvette Roudy, se convirtió en secretaria nacional de acción femenina y organizó una convención nacional sobre los derechos de las mujeres en enero de 1978 (Zancarini-Fournel, 2019).

Al mismo tiempo, la presión feminista al interior de la sociedad consigue las leyes por la anticoncepción (1974) y el aborto (1975) “*que se ganaron gracias a los votos de la oposición, y la presión de las feministas en los sindicatos CFDT y CGT y en los partidos de izquierda*” (Zancarini-Fournel, 2019: 9). Aun así, las elecciones de 1978 también fueron un fracaso para los candidatos del PS y tras las elecciones legislativas de 1978, el partido inició una nueva fase de apertura hacia los reclamos de las mujeres. Esta evolución refleja la creciente conciencia de las reivindicaciones feministas en la sociedad.

Finalmente, en 1979 el MLF entra en crisis y las feministas se dividen al tiempo que el manifiesto sobre los derechos de las mujeres reconoce “*la doble explotación, capitalista y patriarcal, que sufren*”. Ante esto, en el período 1980-1981 emerge con más fuerza la cuestión

⁵⁴ La FMA, afiliada durante un tiempo al Mouvement Démocratique Féminin (MDF), fue dirigida por Marie-Thérèse Eyquem, Colette Audry y Yvette Roudy, de orientación socialista y miterraniana.

electoral y mucho tendrá que ver aquí el candidato François Mitterrand quien dedicó un apartado a la igualdad de derechos para las mujeres: diez propuestas (de las 110) del candidato, les conciernen directamente, refiriendo a un conjunto de derechos económicos y sociales. Sin embargo, el interés mostrado por el PS en los temas feministas no condujo a la consecuente transformación de las estructuras del partido que algunos de sus militantes deseaban (Zancarini-Fournel, 2019). Vale aclarar que François Mitterrand había obtenido el apoyo de muchas feministas, entre ellas algunas del MLF: Simone de Beauvoir y Antoinette Fouque, incluso el candidato socialista llegó a *“comprometerse para crear un ministerio para promover la igualdad de género”* (Zancarini-Fournel, 2019: 13). De todas formas, luego quedará en evidencia que esto se debió más que nada a sus intenciones por captar el voto de las mujeres ya que tras la victoria de 1981, no cumplirá con sus promesas.



Imagen 4: Christine Delphy con Simone de Beauvoir y Yvette Roudy el 15 de mayo de 1984, una fotografía de la feminista Rosette Coryell. Dictionnaire des féministes France – XVIIIe-XXIe siècle. Christine Bard con la colaboración de Sylvie Chaperon (2017: 434).

Ahora bien, retomando el vínculo entre el MLF y el marxismo, Fougeyrollas-Schwebel (2005) plantea que tanto para entender la ruptura del colectivo QF como en el caso de las polémicas entre el grupo Psicoanálisis y Política y las Feministas Revolucionarias, es necesario comprender el trasfondo teórico dominante en la época y resituar estos debates dentro de la teoría marxista. Al referirse específicamente a la posición de M. Wittig, esta autora dirá: *“toma las teorías marxistas de la vanguardia proletaria al pie de la letra y las aplica a las prácticas lésbicas”* (Fougeyrollas-Schwebel, 2005: 6). En tal sentido, nos preguntamos ¿qué ocurrió con el lesbianismo al interior de este movimiento?, ¿cuál fue el vínculo entre el MLF y el lesbianismo político del que participaba M. Wittig?, ¿Qué cuestiones compartía respecto al movimiento y cuáles eran los puntos de tensión?

Consensos frágiles: la relación entre el MLF y el lesbianismo

Si bien el eclipse feminista de la primera ola no fue demasiado fructífero para las lesbianas, se reconoce en “El segundo sexo” (1949) un capítulo dedicado a “*La lesbiana*” que sugiere que vivir tal vida no se reducía sólo a una preferencia sexual. Es cierto que se puede reclamar a Beauvoir haber reproducido ciertos estereotipos contra las lesbianas empero, su mirada visionaria en este sentido, como comenta Bard (2017) “*todavía choca con aquellos que piensan que uno ‘nace’ lesbiana*” (p.159). Aquí es importante aclarar que, durante la década del 70, tanto en Francia como en Estados Unidos (ambos lugares por donde transcurrió Wittig), se distinguía entre la “homosexualidad femenina” y lo que se entendía como “lesbianismo”: si el primer término hacía referencia a una práctica sexual, el lesbianismo remitió a un estilo de vida independiente de los hombres. Al respecto Bard (2017) sostiene que “*Una nueva visión de la homosexualidad femenina pasó a primer plano. La novedad más evidente era su expresión política, que iba acompañada de un nuevo nombre: lesbianismo*” (p.161).

En los años ‘60, la identificación lésbica feminista era frágil, pero mayo del 68 pareció cambiar los términos de esta identificación, aunque no por completo. Si bien en 1970 se fundó el *Front homosexuel d’action révolutionnaire* (FHAR) de gays y lesbianas, ya en la primavera de 1971, éstas últimas se apartaron denunciando misoginia. Meses más tarde, algunas de ellas entre las que se encontraba M. Wittig, fundaron *Gouines Rouges*⁵⁵, e ingresaron al MLF. Sin embargo, las lesbianas nunca se sintieron del todo contenidas allí. Se trató de un período marcado por una fuerte estigmatización de la homosexualidad, no sólo en cuanto a la censura moral o médico-psiquiátrica, también se las juzgaba peligrosas para el orden público. A su vez, al interior del feminismo, la homosexualidad femenina era poco visible y sólo fue tolerada mientras permaneciera oculta, en el mejor de los casos era tabú y, en el peor, objeto de temor y reprobación (Bard, 2017). Diferentes activistas lesbianas de la época denuncian el prejuicio que vivieron por estos años. Ya vimos como Wittig comenta sus difíciles experiencias al interior del MLF. Así mismo, Danielle Charest, otra reconocida militante lesbiana de la época y pareja de Nicole Claude Mathieu, en el dossier especial de la revista *Amazones d’Hier, Lesbiennes d’Aujourd’hui*” (1982) ⁵⁶ arguye:

No se puede negar que el feminismo ha sido una vía de acceso al lesbianismo y al lesbianismo político al constituir un terreno favorable para el devenir lésbico y la adición de un énfasis político a una experiencia hasta entonces separada de la política (...) Sin embargo, un grupo importante de lesbianas (y se las olvida demasiado a menudo) no se adhirieron o militaron dentro del feminismo porque no se sentían directamente

⁵⁵ La traducción en castellano es “tortas rojas” o “tortilleras rojas”.

⁵⁶ Amazonas de ayer, lesbianas de hoy. En adelante AHLA.

afectadas por las acciones planteadas. Y porque nunca se hablaba de lesbianismo. Otros (de los cuales soy parte) *ya no se sienten incluidos en el feminismo* (p.10 - 11)⁵⁷.

A principios de 1973, los “Gouines Rouges” desaparecen, y en 1975 se forma un grupo de lesbianas en París, esta vez la palabra “lesbiana” aparecía (“Grupo de Lesbianas Feministas”), adquiriendo una connotación “revolucionaria” ya que cuestionaba aspectos de la sociedad como la familia, la reproducción, la economía. Si bien este grupo también se disuelve en 1979, el malestar de las lesbianas se hace visible nuevamente en diversas reuniones donde denuncian “la negación” y la “invisibilidad” bajo el pretexto de *“no querer asustar a la mayoría de las mujeres”*. Dando cuenta de estas reiteradas exclusiones, en 1980 las lesbianas radicales de Jussieu del movimiento de Lesbianas Radicales dirán que: *“Ya no queremos ocultar nuestro lesbianismo con el pretexto que ‘asustaría a la masa de las mujeres’ (...) Queremos luchar contra todas las violencias -incluso las más discretas- hechas a las mujeres, y organizar nuestros territorios de resistencia: ¿es esto lo que ustedes llaman ‘Desolidarización’?”* (AHLA, 1982: 23).

Para este momento M. Wittig se encuentra hace varios años viviendo en Estados Unidos, aunque su trabajo teórico sobre el lesbianismo sigue generando fuertes repercusiones en Francia. Muestra de ello es la disputa que se genera al interior del FMF a raíz de sus artículos: “El pensamiento Straight” (1978), publicado en QF en 1980, y “No se nace mujer” (1980) que llevarán un conflicto sobre el lesbianismo político o radical que culminará con la ruptura de la revista. Tal es la conmoción que estos textos de la teoría lésbica generan al interior del feminismo norteamericano y francés que, años más tarde, la militante Louise Turcotte (2006) recuerda:

En 1978, durante la conferencia anual de la Modern Language Association en Nueva York, cuando Monique Wittig concluyó su conferencia “El pensamiento heterosexual” con la frase “las lesbianas no son mujeres”, la calurosa acogida del público fue precedida por un momento de estupefacción y de silencio. Cuando este ensayo fue publicado dos años más tarde en la revista francesa *Questions Féministes*, esta perplejidad se había transformado, incluso entre las feministas más radicales, en una presión política para que se añadiera una nota que “suavizara” la conclusión⁵⁸. El sorprendente punto de vista de Wittig era inimaginable en aquella época. En realidad, se había pasado una página en la historia del Movimiento de Liberación de las Mujeres, y por alguien que había sido una de sus principales promotoras en Francia. ¿Cuál era exactamente esa página? ¿Por qué ya no era posible seguir viendo el Movimiento de Liberación de las Mujeres de la misma manera que antes? Precisamente porque el punto de vista se había desplazado (p.10).

Estas tensiones se relatan en *“París, la política”* (Wittig, 1983), un texto de enojo visceral, lleno de reclamos, quejas y rencores donde la autora manifiesta los conflictos que se viven al interior del feminismo en esta época. Por cierto, y dado que el lesbianismo político es sumamente amplio y su desarrollo se dio en diferentes épocas y lugares, especificamos que

⁵⁷ Traducción y destacado propios.

⁵⁸ Esta nota finalmente apareció en la versión francesa de “El pensamiento Straight” en 1980, agregando: *“las lesbianas no son mujeres, como tampoco es mujer ninguna mujer que no esté en relación de dependencia personal con un hombre”* (Wittig, 1980, p.53).

el lesbianismo al que nos referimos es aquel que se conoce como “lesbianismo radical”, también nominado como “lesbianismo político”, diferente del “lesbianismo feminista” y del “lesbianismo separatista” (Falquet, 2006). La diferencia principal es que el *“lesbianismo político o radical desconecta por completo al lesbianismo de las prácticas sexuales para encararlo en su dimensión meramente política”* (Falquet, 2009: 10).

Recordemos que en la posición teórica que considera que las mujeres y los hombres no existen en la naturaleza o por fuera de la sociedad, éstas etiquetas son entendidas como categorías políticas y dialécticas que no pueden existir la una sin la otra. De aquí se desprende que las lesbianas, al negar volverse (o seguir siendo) heterosexuales, más que rechazar meramente las relaciones sexuales con los hombres, se niegan a entrar o a quedarse en las relaciones de obligaciones personales y físicas hacia ellos, es decir, rechazan la relación que las vuelve “mujeres” y, por tanto, cuestionan la misma existencia de las mujeres y de los hombres. Aun así, no basta con *“huir una por una”* del mundo heterosexual. Para existir, las lesbianas deben llevar a cabo una lucha política que haga desaparecer a las mujeres como clase destruyendo el “mito de la mujer” y aboliendo a la heterosexualidad (Falquet, 2009). En palabras de Wittig:

Nuestra supervivencia (de las lesbianas) exige que nos dediquemos con todas nuestras fuerzas a destruir esa clase —las mujeres— con la cual los hombres se apropian de las mujeres. Y esto sólo puede lograrse por medio de la destrucción de la heterosexualidad como un sistema social basado en la opresión de las mujeres por los hombres, un sistema que produce el cuerpo de doctrinas de la diferencia entre los sexos para justificar esta opresión (Wittig, (2006): 43) ⁵⁹.

Tal como se ha destaca en la cita, la autora no plantea que su meta política pueda lograrse mediante una conversión de todas las mujeres al lesbianismo o mediante la creación de mundo amazónico lésbico o algo similar, lo cual diferencia al lesbianismo político o radical del lesbianismo separatista. Con esta aclaración, podemos volver a la caracterización de Falquet (2006):

El lesbianismo radical —tendencia marcadamente francófona que se articula en torno al pensamiento de Monique Wittig y de la revista quebequense *Amazones d’Hier, Lesbiennes d’Aujourd’hui* (AHLA, Amazonas de Ayer, Lesbianas de Hoy) — por su parte, retoma entre otros los trabajos de la feminista materialista francesa Colette Guillaumin sobre el sexaje (Guillaumin, 1992 [2005]) para articular progresivamente un análisis más complejo de la opresión de las mujeres. Para esta corriente, las lesbianas ciertamente escapan a la apropiación privada por parte de los hombres, pero no se libran de la apropiación colectiva, *lo que las vincula a la clase de las mujeres e implica luchas conjuntas* (Turcotte, 1998; Causse, 2000) (p.29) ⁶⁰.

En todo caso, la teoría lésbica radical que se desarrolla en este momento en Francia puede vincularse con los planteos de Adrienne Rich, lesbiana y teórica del feminismo de EE.

⁵⁹ El destacado es propio.

⁶⁰ El destacado es propio.

UU contemporánea a Wittig, que apunta contra la heterosexualidad como causa de la opresión en *“Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana”* (1980):

A menudo se presentan estas dos teóricas como opuestas, sin embargo, ambas realizaron un reposicionamiento particularmente heurístico del lesbianismo, por medio de una triple operación. Primero, sacaron al lesbianismo del estrecho campo de las prácticas estrictamente sexuales. Luego, desplazaron la atención de esta práctica “minoritaria” (siempre sospechosa) hacia la práctica “mayoritaria” (que nunca se puede poner en tela de juicio), es decir: enfocaron los proyectores sobre la heterosexualidad. Finalmente, y sobre todo, demostraron que lo que está en juego tanto en el lesbianismo como en la heterosexualidad no radica tanto en el campo de la sexualidad como en el del poder (Falquet, 2009: 9-10).

Ahora bien, resulta paradójico que este novedoso lesbianismo radical, el lesbianismo político, cobra fuerza para volverse autónomo (con todos sus planteos, incluso en vinculación con la teoría marxista), en el mismo momento que el MLF está agonizando. El clima de época ha cambiado y ya no estamos al inicio de la década de 1970, con el recuerdo vivo de la radicalidad política del mayo francés. De la mano de un gobierno socialista que ha triunfado en 1981, se produce una vuelta al conservadurismo: la etapa utópica o revolucionaria encuentra su final. Al respecto, Traverso (2012) afirma: *“la transformación en Francia se hizo a la sombra del mitterranismo que, tras haber despertado grandes esperanzas, dio a luz una década marcada por el conformismo político y el descubrimiento de las virtudes del capitalismo”* (Traverso, 2012:13).

A la par, el lesbianismo lograba ser más visible en la sociedad y la cultura, entrando en una fase de autonomía definida entre los años 1981 a 1984. Muestra de ello es que Wittig (1982) en un texto titulado irónicamente: *“Las cuestiones feministas no son cuestiones lesbianas”* (*Les questions féministes ne sont pas des questions lesbiennes*), dirá: *“el lesbianismo no tiene nada que ver con el feminismo. Hoy, la cuestión pasa por definir una línea rígida del feminismo en tanto que heterofeminismo. Es uno de esos numerosos golpes de fuerza contra las lesbianas cuya historia de los últimos años sale raramente muda y purificada* (p.11)⁶¹.

Además, se asiste a un clima general de desencanto del activismo en el cual *“el MLF se agota y las feministas se dividen”* (Zancarini-Fournel, 2019: 11). Al respecto, Falquet (2006) alude: *“De hecho, es notable que a la vez que se desarrolló el movimiento, se ha institucionalizado considerablemente. Sus contenidos se han homogeneizado y han perdido radicalidad”* (p.36). A pesar de ello, algunas lesbianas permanecieron pues, el movimiento sufría, pero aún no moría. Otras, se unieron a grupos exclusivamente de lesbianas, y otras permanecieron en grupos de homosexuales. Algunas de las organizaciones surgidas por estos años en París fueron: El Movimiento de Información y Expresión de las Lesbianas (MIEL) (*Mouvement d'information et d'expression des lesbiennes*) que se formó en 1981, la

⁶¹Traducción propia.

mensual de Lesbia en 1982 (de Christiane Jouve y Catherine Marjollet) y el Archivo de lesbianas, en 1984. Las lesbianas empezaron a abandonar los grupos de mujeres mientras que el uso de la palabra “lesbiana” aumentó con esta definición del MIEL: *“Afirmación de nuestra identidad, afirmación hacia una mayor visibilidad. En las relaciones entre mujeres, esta visibilidad no debe expresarse sexual o emocional, sino igualmente desafiando y luchando contra la sociedad sexista y patriarcal y la heterosexualidad obligatoria. El MIEL se consideraba así parte del movimiento feminista”* (Bard, 2017:168).

En suma, después de una eclosión espectacular, particularmente en Francia en los setenta, el movimiento feminista experimentó un largo retroceso durante los años ochenta. La sociedad asimilaba lo ocurrido y reestablecía un equilibrio que integraba los logros de la lucha y a la vez trataba de compensarlos o de reducir su alcance: *“el triunfo de la ideología “post-feminista” (...) reconocía que el feminismo había sido útil, había hecho progresar la situación de las mujeres y había modernizado la sociedad, pero había alcanzado su legítimo objetivo y cualquier otra reivindicación sería excesiva y peligrosa”* (Picq, 2002: .2). En una suerte de balance resignado y nostálgico de los ‘70, Picq (2002) reflexiona:

Aquellas esperanzas descabelladas de acabar de golpe con la opresión, de abolir el patriarcado en el marco de una generación fue formidablemente eficaz en un clima político abierto al cambio para denunciar un consenso frágil, desestabilizar las antiguas relaciones de género y forjar nuevas representaciones. Pero es poco probable que un movimiento tan radical se desarrolle en una Francia que se ha vuelto razonablemente reformista, que ha perdido el gusto de la ruptura y de la protesta y que ya no cree en los grandes sistemas ideológicos de liberación. (p.5)



Imagen 5: 20 de noviembre de 1971, Primera manifestación por el derecho al aborto © C. Deudon.
Fuente: ProChoix: la revue du droit de choisir, N° 46 dic (2008: 62).

Así como el auge de la etapa revolucionaria en Francia repercutió fuertemente en la formación del MLF y acompañó sus reclamos, sus conquistas, sus desarrollos teóricos y disputas políticas; de la misma manera, el conservadurismo tendrá sus repercusiones: el proceso de crisis y división al interior del movimiento y la autonomización de las lesbianas. Por estos años de crisis interna, las militantes del lesbianismo político o radical que editan AHLA en 1982, se posicionan de una manera crítica y distante del feminismo alegando que *“el feminismo ataca a la consecuencia de la opresión y no a su causa. Las lesbianas feministas no buscan la destrucción del patriarcado, sino ser aceptadas e incluidas en él, adaptándolo”* (AHLA, 1982: 1). Ya en 1982, la revista QF se ha disuelto en Francia y las relaciones entre el MLF y el lesbianismo han quedado sumamente tensionadas. Como notamos en el dossier especial de la revista canadiense AHLA, esta discusión excede las fronteras francesas. Además, para ese entonces las lesbianas radicales que la editaban distinguen entre lesbianas feministas y lesbianas radicales y consideran que tal distinción radica en que: *“Las lesbianas radicales cuestionan el término mujer al querer la abolición de la clase mujer por la cual los hombres se apropian de las mujeres. El lesbianismo radical es querer la destrucción del sistema social de la heterosexualidad”* (AHLA, 1982: 1).

Como hemos remarcado, si las mujeres que participaron del MLF tenían intenciones de un cambio total en la sociedad, para 1982 son las lesbianas radicales quienes profundizaron en aquel objetivo cuando se propusieron destruir a la heterosexualidad como sistema social. Para decirlo con una representante actual de la corriente materialista como Falquet (2006):

En este contexto, la palabra lesbiana refiere a un lesbianismo político, que se plantea como una crítica en actos y un cuestionamiento teórico al sistema heterosexual de organización social. Según el análisis lésbico-feminista, dicho sistema heterosexual descansa sobre la estricta división de la humanidad en dos sexos que sirven de base para construir dos géneros rigurosamente opuestos y forzados a mantener relaciones desiguales de “complementariedad”. Esta supuesta complementariedad no es otra cosa que *la justificación de una división sexual del trabajo* rígida, que se basa en una despiadada explotación de las mujeres en lo doméstico, en lo laboral, en lo reproductivo, en lo sexual y en lo psicoemocional. En este sentido, al problematizar y criticar el sistema heterosexual, el lesbianismo en su dimensión política cuestiona profundamente el sistema dominante, representa una ruptura epistemológica fundamental e invita a una revolución cultural y social de gran alcance (pp.22- 23).⁶²

Sin dudas, el lesbianismo político excedía el reclamo por un reconocimiento identitario ya que pedía un cambio en las relaciones sociales de producción entre las clases de sexo, es decir, una modificación radical en la división socio-sexual del trabajo tal y como fue establecida por lo que denominaron como el sistema social heterosexual. Este es uno de los

⁶² El destacado es propio.

objetivos del lesbianismo materialista que M. Wittig intentará profundizar. Por ello, a continuación, analizamos el trabajo teórico-político desde nuestra autora vinculado a la tendencia feminista materialista surgida al interior del ecléctico MLF, presentado a lo largo de este capítulo.

CAPÍTULO 2:

El lesbianismo radical de M. Wittig al interior del FMF

“las mujeres de hoy están a punto de destronar el mito de la feminidad; empiezan a afirmar concretamente su independencia; pero no sin grandes esfuerzos consiguen vivir íntegramente su condición de seres humanos. Educadas por mujeres en el seno de un mundo femenino, su destino normal es el matrimonio, que las subordina todavía prácticamente al hombre; el prestigio viril está muy lejos de haberse borrado: todavía descansa sobre sólidas bases económicas y sociales. Por consiguiente, es necesario estudiar cuidadosamente el destino tradicional de la mujer. Cómo hace la mujer el aprendizaje de su condición, cómo la experimenta, en qué universo se encuentra encerrada, qué evasiones le están permitidas (...) entonces podremos comprender cuáles son los problemas que se les plantean a las mujeres que, herederas de un duro pasado se esfuerzan por forjar un nuevo porvenir. Cuando empleo las palabras "mujer" o "femenino" no me refiero, evidentemente, a ningún arquetipo, a ninguna esencia inmutable; detrás de la mayoría de mis afirmaciones es preciso sobreentender 'en el estado actual de la educación y las costumbres'. No se trata aquí de enunciar verdades eternas, sino de describir el fondo común sobre el cual se alza toda la existencia femenina singular” (De Beauvoir, [1949] (2007): 205)

Tal como adelantamos en la introducción, al adentrarnos en la lectura de los ensayos más controversiales de M. Wittig, se hace evidente la recuperación de diferentes pensadoras y activistas francesas para formular su propuesta teórica. En el año 1991, en una conferencia

realizada en Tucson, Estados Unidos, donde vivía por entonces nuestra autora, así lo explicitaba:

Daré aquí una lista de nombres, nombres sin los cuales yo no hubiera estado capacitada para abordar conceptualmente el mundo heterosexual. Por orden de publicación de su obra, Nicole-Claude Mathieu, Christine Delphy, Colette Guillaumin, Paola Tabet, Sande Zeig representaron para mí la influencia política más importante durante la época en que escribí estos ensayos. Cada una de ellas merece un capítulo (Wittig, 2006 [1991], p.16)⁶³.

En virtud de ello, el presente capítulo se abocará a recuperar los argumentos de M. Wittig en diálogo con Nicole-Claude Mathieu, Christine Delphy y Colette Guillaumin, analizando la relación entre diferentes conceptos entendidos como nodales en las obras de cada una de dichas integrantes del FMF, y seleccionados en función de la vinculación que notamos en el desarrollo del enfoque político y filosófico que Wittig denominó: “*lesbianismo materialista*” (Wittig, 2006 [1991]: 15). Así, para el caso de Nicole-Claude Mathieu se recupera su *definición sociológica del sexo y de la diferencia sexual*; en el caso de Christine Delphy, la idea de mujeres como *clase social*; y en el de Colette Guillaumin, los conceptos de *sexaje y apropiación (privada y colectiva)*. Luego, y dado los análisis practicados, proponemos que la perspectiva teórico- política de M. Wittig, entendida en vinculación al resto de integrantes del FMF, se presenta como un marco teórico posible y enriquecedor para los proyectos de investigación que se realicen desde la perspectiva de género.

En tal sentido, tal como indicamos en la introducción, recientemente varias autoras renegaron de una historia de género “light” que pudiese quedar anexada a la historia “general”, dejando el resto de la historiografía en su lugar, inmutable (Halperin y Acha, 2000). *¿Cómo se podría sortear este problema al producir conocimiento histórico con perspectiva de género?* Animadas por esta inquietud, encontramos en la tradición de pensamiento de la lesbiana radical M. Wittig (1935-2003) una teoría innovadora que enriquecería los análisis así pensados pues, se trata de una autora que reflexiona acerca de la naturalización sutilmente implícita de la diferencia sexual. De esta forma, el acápite recupera la teoría de Wittig para pensar qué implicancias tiene un análisis histórico que cuestione la naturaleza de la diferencia sexual, especialmente, en los análisis historiográficos.

Una caracterización del FMF

La tradición de pensamiento denominada FMF surgió en Francia, entre los años 1970 a 1980, y de ella formó parte un grupo de feministas y activistas militantes de renombre, a saber:

⁶³Por razones de tiempo y extensión nos abocaremos a los tres primeros nombres mencionados por Wittig: Nicole-Claude Mathieu, Christine Delphy, Colette Guillaumin. Queda pendiente para futuras investigaciones explorar la vinculación de la propuesta wittigiana a los nombres de Paola Tabet y ZandeSeig.

Christine Delphy, Monique Wittig, Colette Guillaumin, Nicole Claude Mathieu, Paola Tabet, Emmanuelle de Lesseps. Al mismo tiempo, y como hemos advertido, este grupo de mujeres se nuclea en torno a la revista QF (1977-1980) y comparte un bagaje conceptual que no ha sido muy difundido por fuera del espacio francófono. Dado que el vínculo que reconstruimos involucra a M. Wittig y a diferentes integrantes del FMF, se comenzará con una caracterización de dicha corriente en relación con el Mouvement de Libération des Femmes (MLF), analizado en el capítulo anterior.

En palabras de Curiel y Falquet (2005) lo que se dio a conocer como “feminismo materialista francés” y que aquí denominamos “feminismo materialista francófono” (FMF)⁶⁴, *“es un pensamiento bastante fecundo, original y radical, que se desarrolló en Francia a partir de los años 70 (...) que tiene una gran coherencia interna y forma un conjunto histórico-político específico”* (p.3). Es claro que el FMF nació en estrecha ligazón al MLF y luego se nuclea alrededor de la revista QF, donde las integrantes publican gran parte de sus ensayos teóricos y políticos. En esta dirección, al igual que Falquet y Curiel, Luisina Bolla (2019) sostiene que el FMF se trata de una corriente, ya que, aunque podamos encontrar matices entre sus integrantes, éstas comparten un núcleo común que permite identificar al conjunto: *“El FMF constituye una corriente caracterizada por una fuerte homogeneidad interna. Sus principales teóricas, Nicole-Claude Mathieu, Paola Tabet, Christine Delphy y Colette Guillaumin construyen colectivamente un corpus de conocimiento dotado de coherencia interna y basado en las remisiones recíprocas”* (p.94). Así, Maira Abreu reconoce:

Si tomamos el término “materialismo” como sinónimo de “marxismo”, podemos reconocer la existencia de una pluralidad de análisis “materialistas” dentro del feminismo de la década de 1970 (...) en el contexto francés, el término se usa comúnmente para referirse a un grupo muy específico de escritoras y a un enfoque particular. Los nombres de Delphy, Guillaumin, Mathieu, Tabet y Wittig se citan casi invariablemente. Plaza y Lesseps aparecen con menor frecuencia en esta lista. A excepción de Tabet, todas las demás han aparecido en la revista Questions Féministes (Abreu, 2017: 70)⁶⁵.

Por esta razón se entiende que, si bien entre las integrantes del FMF existen diversas posiciones que no se pueden homogeneizar, hay un marco común de surgimiento y un camino compartido que permite encontrar vínculos teórico- prácticos, materializados a su vez, en la revista QF (tanto en su nacimiento y desarrollo como en su ruptura, tal como analizaremos en el capítulo siguiente). Además, estas activistas comparten una premisa central: su autodenominación como radicales, materialistas, y feministas, sumado al fuerte

⁶⁴ Consideramos más acertado referirnos como feminismo materialista francófono en lugar de feminismo materialista francés porque, como explica Falquet (2017), no se trata de un grupo que se sienta identificado con un sentimiento de tipo nacionalista, sino todo lo contrario, se encuentra en ellas un fuerte espíritu crítico hacia un país colonizador, exportador de armas, etc. Sumado a esto, la denominación “materialismo francés” excluye tanto a Paola Tabet, que es italiana, como a las militantes que seguían al feminismo materialista desde otros países como las de la revista Québécoise AHLA. Al respecto, Luisina Bolla utiliza la denominación “feminismo materialista francés”, fundamentando su elección. Véase: Bolla, 2019: 19.

⁶⁵ Traducción propia.

vínculo que se evidencia entre ellas.

De esta forma, Lambert (2016) relata que muchas de las integrantes de la corriente se conocen durante la Sorbona ocupada en el mayo francés de 1968 y posteriormente, integran el *Front homosexuel d'action révolutionnaire* (FHAR), pero luego de varios desacuerdos y tensiones, se alejan de este grupo e ingresan al MLF, movimiento multifacético y sólo de mujeres (Cfr. Capítulo 1). Diferentes autoras como Bolla (2019); Femenías (2019); Abreu (2017) coinciden en que “*materialistas*” y “*radicales*” es una autodenominación conjunta, la cual formó parte de un proyecto interdisciplinario donde cada una de las autoras aportaba desde la especificidad de su área de conocimiento, y poniendo en diálogo sus perspectivas para la construcción del FMF.

Como hemos advertido, a partir de 1977 las integrantes de la corriente se nuclean y dan a conocer sus argumentos teóricos y políticos mediante la revista QF fundada por Colette Capitan Peter, Christine Delphy, Emmanuèle de Lesseps, Nicole-Claude Mathieu y Monique Plaza. Para ese año, producto de los conflictos suscitados al interior del MLF entre el feminismo diferencialista y el universalista, M. Wittig ya no se encuentra en Francia, sino en Berkeley, Estados Unidos, donde trabaja como catedrática. Sin embargo, fue invitada a formar parte del proyecto de QF, aunque recién fuera a partir de 1978, una vez que éste ya había editado sus tres primeros volúmenes. Cuando M. Wittig rememora dicho proyecto en 1991, lo hace en los siguientes términos:

En aquel momento estaba preparando una serie de seminarios en el Departamento de Francés de la Universidad de California, en Berkeley. Estaba intentando promover por mi cuenta una revolución epistemológica en el enfoque sobre la opresión de las mujeres. Fue entonces cuando me uní con entusiasmo a este grupo, cuyos miembros estaban trabajando en la misma dirección (Wittig, [1991] 2006: 19)⁶⁶.

En este sentido, el aporte de Wittig y su intención por una revolución epistemológica en el enfoque de la opresión de las mujeres, forma parte de las características iniciales y centrales del FMF. Sin embargo, como menciona Bolla (2019) a pesar de esta relevancia teórica, política y epistemológica: “*las teóricas del FMF permanecen en un relativo anonimato en las historizaciones y relatos hegemónicos del feminismo*” (p.86). Para la autora, esto se explica debido a su “*heterodoxia y difícil clasificación*” (p.5) por un lado, y a la “*norteamericanización*” de la teoría crítica, por el otro. Respecto a lo segundo, la consolidación de los Estados Unidos como centro académico trae aparejada una importante consecuencia y, desde mediados del siglo XX en adelante, la historia del feminismo comienza a narrarse – en términos de hegemonía - desde y en los Estados Unidos: “*El carácter eurocentrado de un relato particular del feminismo que se vuelve universal, muestra también su limitación a la hora de comprender procesos y acontecimientos en otras latitudes*” (Bolla, 2019: 87)⁶⁷.

⁶⁶ El destacado es propio.

⁶⁷ Como especifica Bolla, el neologismo eurocentrado o “*eeurocentrado*” pertenece al teórico Walter Porto-Gonçalves (2018) que propone la designación “*eeurocentrismo*” para visibilizar la doble coalición, europea y

Ahora bien, interesa dejar planteado que se trató de una corriente que surgió en Francia a finales de la década de 1960 y principios de los 70, y que sus integrantes, todas mujeres, se nuclearon alrededor de la revista QF con ambiciones de un cambio político-social feminista que denominaron: radical. Además, dicha corriente adhirió a la tendencia “igualitarista” o “universalista” que se opuso a la metafísica de los sexos o al esencialismo que *“afirma una diferencia esencial, incluso natural, entre las mujeres y los hombres, y define sus especificidades respectivas. O más precisamente la de las mujeres, pues la de los hombres es implícita o explícitamente asimilada a la generalidad”* (Collin, 1993: 320).

En relación a *las perspectivas teórico- políticas* adoptadas por el grupo, como hemos analizado, la tendencia universalista se distancia del *“feminismo de la diferencia”* porque mientras éste último lucha por una igualdad dentro de la diferencia y por la re-valorización de una “auténtica” feminidad; la *“tendencia universalista”* plantea que la misma diferenciación sexual ha sido creada para sostener a la opresión y por tal motivo, el feminismo debe luchar por su abolición. Ello explica que en el primer volumen de la revista QF, cuando se presentan ante la audiencia como feministas materialistas y radicales, las pensadoras del FMF dirán: *“Destruir la diferencia de sexos significa suprimir la jerarquía que actualmente existe entre dos términos, uno de los cuales designa al otro y lo inferioriza en la comparación. No se puede reivindicar el ‘derecho a la diferencia’, porque en el contexto actual eso significa reivindicar el derecho a la opresión”* (QF, 1977: 5)⁶⁸.

A esto se refiere Wittig cuando insta al feminismo a decir que *“uno de cada dos hombres es una mujer y que lo universal nos pertenece, aunque hayamos sido desposeídas y expoliadas a ese nivel, al igual que en los niveles político y económico”* (Wittig, [1990] 2006: 82). Recordemos que la misma frase: *“uno de cada dos hombres es una mujer”*, fue utilizada en agosto de 1970 durante la conmemoración por el soldado desconocido, acto que pasó a la historia como el de fundación del MLF. Es decir, las premisas feministas universalistas se pueden encontrar en los propios inicios del MLF y desde aquí debe entenderse la preocupación latente por la abolición de la diferenciación sexual, presente en todo el trabajo wittigiano, al igual que en la revista QF.

Las integrantes del FMF no sólo cuestionaron la naturalización de la diferencia sexual, además plantearon que la misma era el producto histórico de relaciones sociales de explotación, por lo que su enfoque se expresó en términos políticos, lo cual también supuso una novedad para la época. Provenir de una tradición materialista y considerar a la diferenciación sexual de la población como un hecho histórico y social producto de relaciones de explotación, implicó asumir que la transformación de estas relaciones requería una lucha política.

norteamericana, de las hegemonías de poder. Ella mantiene, sin embargo, la expresión habitual de “eurocentrismo”.

⁶⁸ Traducción propia.

En este sentido, como plantea Bolla (2019) la corriente surge en la intersección de dos tradiciones: el marxismo y el feminismo, aunque retoma estas tradiciones de una manera heterodoxa o “sui géneris”, como analizaremos aquí: *“precisamente, la opción por el calificativo ‘materialista’ busca colocar en el centro de la discusión el problema de las bases materiales de la opresión de las mujeres, apuntando a las relaciones sociales estructurales que la sostienen, entendidas en términos fundamentalmente económicos”* (p.85). A nuestro modo de ver, el materialismo histórico dialéctico, no fue solo una característica innovadora de la corriente, sino también el método de análisis que empleó, dado que se mostró interesado por las raíces materiales: esto es, las estructuras económico-sociales de la opresión. Este enfoque considera que el sexo no es una categoría natural, sino una categoría social, cuya jerarquía es previa a la diferenciación. Los grupos sociales “hombres” y “mujeres” son, desde esta perspectiva, el producto histórico de una relación social generada por una particular división sexual del trabajo (Sophie Noyé, 2017)⁶⁹.

Ahora bien, recordemos que las feministas materialistas francesas retoman categorías del materialismo marxiano, pero diferenciándose en el análisis de muchas de las premisas que éste contenía en algunos conceptos claves. Falquet y Curiel (2005) adelantan que las teóricas del FMF *“se apoyan mucho en el método del materialismo histórico y dialéctico. Pero también (...) son muy críticas frente al marxismo en sí y a las organizaciones políticas que lo reivindican”* (p.9). Wittig escribe al respecto: *“La dialéctica nos ha fallado”* (2006:16) porque considera que desde el esquema materialista era posible y necesario desnaturalizar al sexo, pero que Marx y Engels no lo habían hecho y de aquí provino su crítica y su denuncia al marxismo (Femenías, 2019). De esta forma, dos elementos que permiten comprender la crítica del FMF hacia el marxismo serían: en primer lugar, que estas feministas provienen de la corriente universalista y por lo tanto entienden que la diferencia sexual es un hecho sociohistórico, producto, a su vez, de la división sexual del trabajo que perjudica a quienes son producidas como mujeres y sustenta su explotación. En segundo lugar, se trata de feministas materialistas, por lo cual consideran que todo hecho social debe ser analizado en el terreno de la historia, de una manera materialista y dialéctica. Entonces, lo que el FMF reprocha a Marx y Engels y a los partidos marxistas de la época, es que no apliquen el método del materialismo histórico porque analizan a la división social- sexual del trabajo por fuera de la historia, como si se tratase de un hecho “natural” (y no social), que debe ser explicado en términos biológicos. En otros términos, lo que el FMF cuestiona es que sigue considerando a hombres y mujeres como si de grupos biológicos o naturales se tratase, esquivando el hecho político de que “mujeres” y “hombres” son grupos de carácter social, que surgen en base a

⁶⁹ De aquí en adelante utilizaremos el término “sexo” y no ya “sexo social” o “género” por ser la más coherente para comprender el pensamiento del FMF. En esta perspectiva, especialmente siguiendo a Nicole Claude Mathieu, no existe otro sexo que no sea el social; de la misma manera que no existe una mujer que no sea la social y tampoco existe un hombre que no sea el social.

una relación de explotación. De aquí que para las teóricas del FMF “mujeres” y “hombres” sean entendidos en términos de clases sociales-sexuales y no ya en términos de naturaleza.

En síntesis, para estas activistas el materialismo marxista había dejado fuera de la historia a un hecho social clave para el análisis feminista: la diferenciación sexual de la población. Cuando Marx y Engels analizan la situación de las mujeres, hablan de una diferencia sexual *natural*, un proceso que pertenece al ámbito de lo pre-social, y que por tanto no es analizado históricamente y como producto de un conflicto social.

Historiadoras como Collin (1993) plantean que la *“filosofía política íntegramente articulada en torno a la cuestión marxista de las clases, incluso de las razas, evita el problema de los sexos”* (p.320). Sin embargo, la misma autora reconoce que en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1884), Engels realiza un aporte al problema de la diferencia de los sexos, en tanto llega a *“plantearlo en términos histórico-políticos”* (Collin, 2000: 332). Collin también advierte una asimilación entre clase social y sexual que es problemática y que no analiza la especificidad de la explotación de sexo. En esta dirección, otros autores sostienen que *“Para los marxistas, y los revolucionarios en general, el combate puramente feminista es una desviación burguesa que impide la unidad y retrasa la Revolución (...) Así pues, en la izquierda no se produce un verdadero debate sobre la cuestión femenina”* (Navailh, 2000: 288).

Si bien es válido reconocer que Engels en dicha obra realizó un gran trabajo de honestidad intelectual, reflexionando principalmente que la familia es una institución opresiva para las mujeres, premisa que luego compartirán las integrantes del FMF, acordamos con Luisina Bolla (2018) que evidencia ciertas ambigüedades en sus planteos. La perspectiva del FMF *“desde la década de 1970, denuncia los silencios sintomáticos de la teoría marxista clásica en relación con la opresión de las mujeres, al cuestionar los supuestos biologicistas del sistema sexo/género, para proponer una desnaturalización radical del sexo”* (p.118). La discrepancia principal entre las integrantes del FMF y el trabajo de Engels radica en que éste se refiere a una división sexual del trabajo, pero sigue considerando a la misma como dato natural, pre- social:

El concepto de “división sexual natural” del trabajo se enuncia por primera vez en los escritos de Marx (Manuscritos económico-filosóficos; El Capital) y en algunos escritos de Marx y Engels, especialmente en *La ideología alemana* [1845/6] y *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado* [1884]. En aquellas obras, la categoría se utiliza de modo aislado en ciertos pasajes, donde aparece como una condición previa (en sentido lógico-ontológico y cronológico) de la división social del trabajo. Sin embargo, el concepto de división sexual natural del trabajo no es objeto de un abordaje específico (Bolla, 2019: 29).

Así, la crítica es que Engels dio por supuesto que existía un vínculo aparentemente natural entre un cuerpo con capacidad de gestar y el trabajo que socialmente se le asigna.⁷⁰ En contraposición, para las feministas del FMF la división socio-sexual del trabajo no podía explicarse por una “*predisposición natural a la crianza*” o alguna otra explicación de tipo anatómico o biológico, sino que era producto de relaciones sociales, forjadas históricamente.

Veamos entonces cuál es la vinculación crítica que logran las teóricas del FMF, y especialmente Wittig, entre feminismo y marxismo. En *No se nace mujer* (1981) M. Wittig se apoya en Beauvoir para decir que: “*las lesbianas cuestionamos ‘la-mujer’, algo que, para nosotras —como para Simone de Beauvoir— es sólo un mito. Ella afirmó: ‘no se nace mujer, se llega a serlo’. No hay ningún destino biológico, psicológico o económico que determine el papel que las mujeres representan en la sociedad* (Wittig, [1981] 2006: 31). Sin embargo, tal como advierte Bolla (2019) “*en Simone de Beauvoir, la idea de que ‘no se nace mujer’ coexiste sintomáticamente con la afirmación del cuerpo femenino como aspecto no pasible de ser trascendido*” (p.21). Son estos supuestos biologicistas, implícitos tanto en el feminismo beaivoriano como en el marxismo, los que “*mantienen a las mujeres en los límites de la dialéctica, ancladas en un plano de naturaleza*” (p. 21). Así entendidas, las palabras de Wittig toman sentido: “*la dialéctica nos ha fallado, la comprensión de lo que es el ‘materialismo’ y la materialidad nos corresponde a nosotras*” (Wittig, [1991] 2006: 16). Para completar esta tarea, desde una perspectiva feminista y materialista, nuestra autora retomará la influencia política de cada uno de los autores y autoras hasta aquí mencionadas, para formular su teoría que denominó *lesbianismo materialista*.

Hasta aquí hemos desglosado los aspectos que las integrantes de FMF comparten, es decir, su adscripción a la tendencia universalista en contraposición a la tendencia diferencialista al interior del MLF, su materialismo y feminismo críticos, y su autodenominación como radicales. En las páginas que siguen se destacan los elementos teóricos de N. C. Mathieu, Ch. Delphy y C. Guillaumin que se vinculan a M. Wittig y permiten comprender la formulación de su propuesta lesbiana materialista. Asimismo, se evidencian ciertos matices en los desarrollos particulares entre cada una, respectivamente.

Wittig - Mathieu: la definición sociológica del sexo y la crítica a la naturaleza de la diferencia sexual

⁷⁰ Conviene aclarar que no fue solamente Engels o el marxismo quienes dieron por sentado este supuesto, pero a nuestras autoras les interesa esta corriente porque se consideran a sí mismas influenciadas por el materialismo marxista y es el tipo de análisis que les interesa enriquecer en torno a las mujeres.

M. Wittig menciona en primer lugar a Nicole Claude Mathieu⁷¹, y afirma: “fue la primera en concebir a las mujeres en las ciencias sociales como una entidad sociológica y antropológica, es decir, no como un apéndice de los hombres, sino como un grupo propio. Ella fue la promotora de lo que llamó ‘la antropología de los sexos’” (Wittig, [1991] 2006: 16).

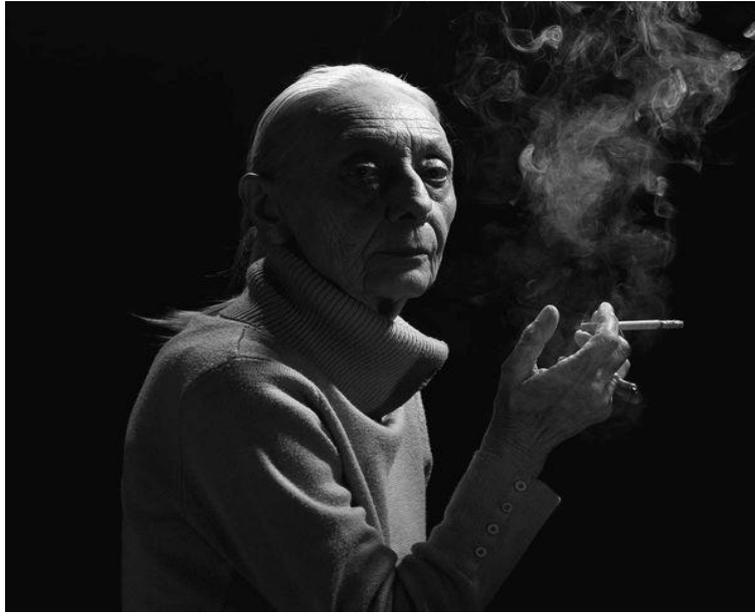


Imagen 6: Nicole-Claude Mathieu. Fuente: Dictionnaire des féministes: France XVIII - XXI, (2017:995).

Sumamente reconocida en el mundo francés y también en el mundo anglosajón, tiene trabajos pioneros y bien conocidos entre expertos de la sociología y la antropología. Basándose en la premisa Durkheimiana - “lo social se explica por lo social” en “Notas para una definición sociológica de las categorías de sexo” (*Notes pour une définition sociologique des catégories de sexe*)-(1971), Mathieu realiza una teorización sociológica de la noción de sexo cuestionando que sea una categoría biológica para proponer que se trata de una categoría social. La autora llega a esta conclusión a partir de una serie de estudios etnográficos mediante los cuales demuestra el carácter místico, mitológico y diferenciado que el sexo adquiere en diversas culturas. Sin embargo, lo novedoso es que Mathieu interroga a su propia cultura y se pregunta cómo funciona en ella la categoría social de sexo, logrando mediante el concepto de relaciones estructurales de sexo⁷², referirse a la relación dialéctica y

⁷¹Nació en Vendée, Francia (1937-2014), fue socióloga y antropóloga. “Entre 1966 y 1969, fue redactora de la revista de Unicef *Les Carnets de l'enfance/Assignment Children*. Desde 1971, jefa de trabajos en el Laboratorio de Antropología Social (EHESS) dirigido por Lévi-Strauss y luego, maestra de conferencias en el EHESS. Secretaria de redacción de la revista *L'Homme* y de la colección *Cahiers de L'Homme*. Cofundadora de la revista *Questions Féministes*. En 1996 obtuvo el título de Doctora en Ciencias Sociales honoris causa por la Universidad Laval, en Québec. Se destacan sus trabajos pioneros sobre el sexo social” (Bolla, 2019: 15).

⁷² Vale aclarar que, de acuerdo a Falquet: “El concepto de relaciones sociales, de inspiración marxista, designa relaciones sociales de poder estructurales, abstractas, que atraviesan la sociedad y la estructuran alrededor de

antagónica que encarnan “hombres” y “mujeres” en tanto categorías sociales. He aquí lo que nos interesa de la vinculación entre Mathieu y Wittig por cuanto dicho concepto se encuentra en la base de lo que esta última plantea cuando propone que “hombres” y “mujeres” constituyen categorías políticas (y no ya biológicas), y de oposición dialéctica: *“Para nosotras no hay ser-mujer ni ser hombre. ‘Hombre’ y ‘mujer’ son conceptos políticos de oposición. Y, dialécticamente, la cópula que los reúne es al mismo tiempo la que preconiza su abolición, es la lucha de clases entre hombres y mujeres la que abolirá los hombres y las mujeres. No hay nada ontológico en el concepto de diferencia”* (Wittig, [1978] 2006: 53)⁷³.

De igual forma, M. Wittig sostiene: *“La categoría de sexo es una categoría política que funda la sociedad en cuanto heterosexual. En este sentido, no se trata de una cuestión de ser, sino de relaciones (ya que las “mujeres” y los “hombres” son el resultado de relaciones) (...) La categoría de sexo es la categoría que establece como ‘natural’ la relación que está en la base de la sociedad (heterosexual)”* (Wittig, [1976/1982] 2006: 26).

Ambas autoras se refieren al “sexo”, y no al “género” o al “sexo social” porque estos últimos términos caen en una redundancia, ya que no existe un sexo que no sea social para Mathieu. Notemos que esta manera de concebir al sexo evita la dicotomía natura/cultura que se presenta ante la dupla sexo/género dado que no hay una parte que remita a la naturaleza (el sexo) y otra que remita a la cultura (el género). Por el contrario, el sexo y la diferencia sexual en sí mismos, se piensan como constructos sociales e históricos. Esto es algo que tanto Mathieu, como Dlephy, Guillaumin y Wittig comparten: el sexo existe y no existe, existe en términos de relaciones sociales, como categoría social, pero niegan su “realidad” natural (Bolla, 2019).

Asimismo, a partir del concepto de *“anatomía política”* Mathieu analiza los diferentes mecanismos sociales por los cuales se creó al sexo como natural: mecanismos de acostumbamiento, prácticas repetitivas y cotidianas, hasta el dominio de procesos fisiológicos desde la biología y la medicina. Tal como menciona Bolla (2019): *“El cuerpo, el sexo, la fisiología, la psicología; en términos generales, la construcción social de la persona, pasa a ser entendida como una política de los sexos. De ahí que el título de la obra que recoge los trabajos de Mathieu sea: La anatomía política. Ello supone plantear una historia de la*

algo que está en juego, generalmente la organización del trabajo (...) La división sexual del trabajo descansa sobre los relaciones sociales de sexo” (2017: 13).

⁷³Como remarcan Curiel y Falquet (2005), en los planteos del FMF *“ni los varones ni las mujeres son un grupo natural o biológico, ni poseen ninguna esencia específica ni identidad que defender y no se definen por la cultura, la tradición, la ideología, ni por las hormonas, sino que simple y sencillamente, lo hacen por una relación social, material, concreta e histórica. Esta relación social es una relación de clase, ligada al sistema de producción, al trabajo y a la explotación de una clase por otra. Es una relación social que las constituye en la clase social de las mujeres frente a la clase de los varones, en una relación antagónica (ni guerra de los sexos, ni complementariedad, sino que llanamente una oposición de intereses cuya resolución supone el fin de la explotación y la desaparición de las mujeres y de los varones como clase)”*. (p.8)

subjetividad sexuada, que explicita la construcción social de la categoría “mujer” o persona sexuada” (p.113)⁷⁴.

Así, las feministas del FMF van a plantear que es la sociedad la que moldea aquello que llamamos naturaleza; tanto para Mathieu como para Wittig, el “peso” de la historia es un condicionante fundamental, difícil de evadir o interrumpir, y sólo se revertirá mediante una lucha de clases⁷⁵. De aquí que no sólo piensan al sexo como categoría social forjada históricamente, sino que plantean que dicha categoría nace para perpetuar relaciones de opresión dialécticas: *“La categoría de sexo es la categoría política que funda la sociedad en tanto que heterosexual (...) La categoría de sexo es la categoría que establece como ‘natural’ la relación que está en la base de la sociedad (heterosexual), y a través de ella la mitad de la población —las mujeres— es ‘heterosexualizada”* (Wittig, [1989] 2006: 69-70). Esto equivale a decir que una modificación de esas relaciones de opresión es posible mediante una confrontación o una lucha que abolirá al sexo en el terreno de la política.

Desde este marco conceptual, debemos entender que cuando se refiere a la lucha de clases, Wittig no está planteando una guerra entre los sexos (hombres y mujeres), sino una guerra contra el sexo como categoría social y fundante de la heterosexualidad como régimen político. Para Wittig, el sexo en sí mismo, es el problema y por eso le interesa abolirlo mediante una lucha política, descartando la opción de *“reemplazar un patriarcado por un matriarcado”*: *“El matriarcado no es menos heterosexual que el patriarcado: sólo cambia el sexo del opresor”* (Wittig, [1980] 2006: 32). Su objetivo va más allá:

Nuestra lucha intenta hacer desaparecer a los hombres como clase, no con un genocidio, sino con una lucha política. Cuando la clase de los “hombres” haya desaparecido, las mujeres como clase desaparecerán también y lo que desaparecerá junto a hombres y mujeres será la categoría de sexo, el sujeto sexuado (...) la sociedad heterosexual no es la sociedad que oprime solamente a las lesbianas y a los gays, oprime a muchos otros/diferentes, oprime a todas las mujeres y a numerosas categorías de hombres (Wittig, [1978] 2006: 52)⁷⁶.

Recordemos que para Wittig el sexo es una “formación imaginaria” que reinterpreta los rasgos físicos a partir de la lupa del *pensamiento straight*. De aquí que, haciendo uso de una analogía entre racismo y sexismo, dirá: *“nociones como raza y sexo son entendidas como un ‘dato inmediato’, ‘sensible’, un conjunto de ‘características físicas’, que pertenecen a un orden natural. Pero, lo que creemos que es una percepción directa y física, no es más que una construcción sofisticada y mítica”* (Wittig, [1980] 2006: 34). Es esta construcción que Wittig

⁷⁴ Bolla (2019) también advierte que *“en este punto los trabajos de las feministas materialistas francesas corren en paralelo, e incluso anticipan, los estudios de otro francés: Michel Foucault, quien por la época comenzaba a dedicarse a los estudios sobre la historia de la sexualidad, denunciando el dispositivo de sexo”* (p. 113).

⁷⁵ Esa lucha es, asimismo, una proposición dialéctica: por un lado, los opuestos que se involucran en una relación, y, por el otro, la negación de la negación (Engels, 1968). Especialmente, esto último se aplica en el caso de M. Wittig quien plantea una instancia superadora.

⁷⁶ De nuevo se evidencia aquí otro “eco” de Marx: hacer imposible la contradicción: negar la negación, lo cual involucra algo superador, no el simple intercambio de lugares de explotación y de dominio, sino la creación de un sistema completamente nuevo (Marx y Engels, 1979).

denomina: *pensamiento straight*⁷⁷, la que involucra “*un pensamiento que produce la diferencia de los sexos como dogma filosófico y político*” (Wittig, [1978] 2006: 50). Es decir, aquel que sostiene ideológicamente al régimen político heterosexual, y que plantea como un principio evidente a la ineluctabilidad de la relación heterosexual. De acuerdo a nuestra autora, tal construcción:

Se entrega a una interpretación totalizadora a la vez de la historia, de la realidad social, de la cultura, del lenguaje y de todos los fenómenos subjetivos. No puedo sino subrayar aquí el carácter opresivo que reviste el pensamiento heterosexual en su tendencia a universalizar inmediatamente su producción de conceptos, a formular leyes generales que valen para todas las sociedades, todas las épocas (Wittig, [1978] 2006: 51).

Se trata de un pensamiento dogmático que sostiene a la diferencia sexual como dato pre-social, como un a priori incuestionable que se resiste a todo análisis. Así, cuando Mathieu analiza al sexo, ya no como dato biológico, intenta desafiar “*aquello que no osa decir su nombre*” (Wittig [1982] 2006: 87): la heterosexualidad. Al problematizar la supuesta naturaleza de la noción de sexo y colocarla en el ámbito de las categorías sociales, podemos afirmar que lo que Mathieu hizo fue examinar aquello que se resistía al análisis: “*Y por mucho que se haya admitido en estos últimos años que no hay naturaleza, que todo es cultura, sigue habiendo en el seno de esta cultura un núcleo de naturaleza que resiste al examen, una relación excluida de lo social en el análisis y que reviste un carácter de ineluctabilidad en la cultura como en la naturaleza: es la relación heterosexual* (Wittig, [1978] 2006: 52)⁷⁸.

En síntesis, en el vínculo entre lo propuesto por Mathieu y el lesbianismo materialista de M. Wittig, se puede establecer que la antropóloga le permite cuestionar y desnaturalizar la supuesta evidencia biológica de aquello que está en la base de la sociedad heterosexual y que se presenta como un dogma⁷⁹, rechazando todo análisis de tipo social: la diferencia sexual y su consecuente división social- sexual del trabajo.

⁷⁷Preferimos evitar la traducción de “pensamiento straight” como “pensamiento heterosexual” o “pensamiento heterocentrado” porque consideramos que la idea no tiene una traducción exacta al castellano, o pierde su originalidad en la traslación.

⁷⁸ Vale aclarar que utilizamos las palabras: “pensamiento” y “dogma”, en lugar de “ideología”. Esta decisión se fundamenta en las críticas que realizó nuestra autora a tal concepto y que desarrollaremos más adelante: “*Cuando se recubre con el término generalizador de ‘ideología’ todos los discursos del grupo dominante, se relegan es tos discursos al mundo de las Ideas Irreales. Se desatiende la violencia material (física) que realizan*” (Wittig, [1978] (2006): 49).

⁷⁹ Dogma en tanto su pretensión de ser indiscutible. También podría pensarse que dicha *evidencia biológica* se presenta como un axioma de la sociedad heterosexual, es decir, como una verdad evidente que como tal invalida su puesta en duda.

Wittig – Delphy: modo de producción doméstico y clases sociales de sexo

Christine Delphy⁸⁰, es una socióloga francesa, escritora y feminista materialista reconocida tanto en el mundo francófono como en el anglófono, y aunque tardíamente, muchos de sus trabajos se tradujeron al español. Cuando se refiere a ella, Wittig menciona que es de su autoría la expresión “feminismo materialista”, modificando el concepto marxista de clase al mostrar su obsolescencia, “*ya que no tiene en cuenta un tipo de trabajo que no tiene valor de cambio, un trabajo que representa dos tercios del trabajo mundial, según datos recientes de Naciones Unidas*” (Wittig, [1991] 2006: 16).



Imagen 8: Christine Delphy. Recuperada de: <https://www.vandaedizioni.com/christine-delphy/>

En efecto, M. Wittig se refiere al desarrollo que Ch. Delphy realizó bajo el seudónimo de “Christine Dupont”, en un texto que hoy es símbolo del feminismo materialista francés de los años ‘70: “El enemigo principal” (*L’ennemi principal*) (1970), publicado por primera vez en el número especial de la revista francesa *Partisans*, llamado “Liberación de mujeres. Año cero” (*Libération des femmes. Année Zéro*). En dicho ensayo pionero, Delphy evidencia una “*laguna teórica*” en los estudios marxistas sobre la situación de opresión de las mujeres. Su crítica es que no analizan la especificidad de esta situación como un análisis materialista: “*se prescinde pura y simplemente de analizar las relaciones específicas de las mujeres con la producción, es decir, que no se realiza un análisis de clase*” (Delphy, [1970] 1985:11).

⁸⁰Nacida en París en 1941, *Doctora en Sociología por la Universidad de Québec (1998) e investigadora del CNRS francés (Centro Nacional de Investigación Científica) desde 1966, del cual fue declarada directora de investigación emérita. Co-fundadora, junto con Simone de Beauvoir, de la revista Questions Féministes (1977) y posteriormente directora de la Nouvelle Questions Féministes. Sus primeras investigaciones sobre sociología rural –bajo dirección de Pierre Bourdieu, quien se opuso a que investigara ‘sobre mujeres’ alegando que ‘nadie estudiaba eso’ (Delphy, 2013: 7) - le permitieron demostrar que existía una explotación económica específica soportada por las mujeres: el trabajo doméstico, realizado por las mujeres de manera gratuita (impaga) en el marco del contrato matrimonial, en la familia. En este sentido, una de las principales categorías teorizadas por Delphy es la de “modo de producción doméstico” (Bolla, 2019: 15).*

Ahora bien, esta crítica de Delphy se enmarca en las tensiones y relaciones de ambigüedad que mencionamos en el capítulo anterior pues, la autora remite al vínculo que existía entre el marxismo y el MLF, sosteniendo que desde su nacimiento el punto de vista marxista *“ha estado representado por una línea elaborada fuera del movimiento”* resultando *“insatisfactoria tanto en términos de teoría como en términos de estrategia”* para el MLF (Delphy, [1970] 1985: 11). Delphy considera que la carencia de un análisis materialista de la situación de las mujeres hace que su situación no sea explicada en su especificidad, sino sólo de manera secundaria o como consecuencia de las relaciones de explotación de tipo capitalistas. Para entender esta denuncia de Delphy hay que considerar que la misma espera: *“proporcionar al movimiento algo que en este momento le es crucialmente necesario, a saber: los fundamentos de un análisis materialista de la opresión de las mujeres”* (Delphy, [1970] 1985: 12).

En el icónico ensayo de 1970, desde una perspectiva materialista, Delphy se propone y logra demostrar que todas las mujeres casadas tienen la misma relación de producción y por lo tanto se pueden considerar como una clase social específica. A su vez, la autora demuestra que en esta relación de producción media un tipo de trabajo particular: el trabajo doméstico, que no posee valor de cambio en el mercado y, sin embargo, es el trabajo por el cual las mujeres satisfacen sus necesidades materiales, es decir, es la relación mediante la cual las mujeres producen sus vidas. Por eso argumenta que existe una coexistencia entre el modo de producción doméstico⁸¹, y el modo de producción capitalista en el cual la familia funciona como una unidad económica de producción y explotación de las mujeres.

En síntesis, Delphy le reprocha al marxismo no utilizar el método del materialismo histórico para explicar la situación de las mujeres, es decir, no considerar el análisis del trabajo que produce la vida del grupo social “mujer”. Según Delphy, un estudio feminista radical basado en principios marxistas:

rechaza las pseudo teorías que presentan la familia en primer lugar y sobre todo como el centro de adoctrinamiento ideológico de los “futuros productores”, destinada a mantener *indirectamente* la explotación únicamente capitalista, e ignoran su función económica, estos estudios demuestran que la familia es el centro de una explotación económica: la explotación de las mujeres. Después de poner de relieve que las tareas domésticas y la crianza y educación de las criaturas son: 1) responsabilidad exclusiva de las mujeres y 2) tareas no remuneradas, estos estudios llegan a la conclusión de

⁸¹ Aquí el planteo de Delphy coincide con la tesis de la “articulación de modos de producción” propia del marxismo estructuralista (o “vulgar”) de Althusser y Balibar (2004 [1969]) con su definición abstracta sobre las formaciones económico-sociales así como en el intento de establecer las bases para una teoría general de los procesos de transición (Palerm, 1989). Exponentes de esta línea desde la antropología fueron Rey (1971) y Meillassoux (1977) en sus trabajos sobre las sociedades del África Occidental y Austral, pioneros en analizar dicha problemática. Sin embargo, Marx no se dedicó a estudiar en profundidad el carácter de la relación entre el capital y los sectores productivos domésticos, y ello se debe a su interés secundario en el tema y a su creencia de que estos últimos no constituían más que vestigios destinados a desaparecer, condenados a ser absorbidos por la proletarianización. En efecto, no se trataría de un modo de producción doméstico sino de la reproducción de la fuerza de trabajo, que a su vez, descansa en la labor femenina y que no es pagada por el capital, pero los sectores productivos domésticos están subsumidos en forma directa al capitalismo y, por consiguiente, son una parte integrante de su dinámica global de dominación sin constituir un modo de producción independiente (Marx, 1974 y 2006).

que las mujeres mantienen portanto una relación específica con la producción, relación que es asimilable a la servidumbre (Delphy, [1970] 1985: 13)⁸².

Delphy dirá entonces que las mujeres son una *clase social de sexo* con características específicas y propias, independientemente de la clase social a la que pertenezca su marido. Por eso, en el debate que sostiene con D. Lager, cuando la interroga sobre sus críticas a los análisis marxistas que subsumen la lucha de las mujeres a la lucha contra el capitalismo, Delphy dirá:

La mujer no tiene la misma relación de producción, es decir, la misma relación con su pan, que su marido (...) Evidentemente se trata de averiguar dónde reside la especificidad de la situación económica de las mujeres. Pero ese modelo [el marxista] no lo explica. El capitalismo no explota simultáneamente a la mujer por el hecho de comprar y explotar la fuerza de trabajo del marido. Eso es absolutamente falso. La mujer, como es obvio, está explotada por su relación de producción, no por la de su marido (Delphy, 1976: 5).

De la cita anterior se desprende que para Delphy las mujeres necesitaban una explicación específica sobre la explotación de las que eran objeto y nos advierte:

Todas las sociedades actuales, incluidas las sociedades "socialistas" se basan en el trabajo gratuito de las mujeres para la crianza de las criaturas y los servicios domésticos. *Estos servicios sólo pueden ser prestados dentro del marco de una relación particular con un individuo (marido)*; están excluidos del dominio del intercambio y en consecuencia carecen de valor. No están remunerados. Las prestaciones que reciben las mujeres como contrapartida son independientes del trabajo aportado y no se ofrecen a cambio de éste, es decir, como un salario a cuya percepción da derecho el trabajo efectuado, sino como un donativo. La única obligación del marido que obviamente sirve a sus intereses es subvenir a las necesidades de su mujer, dicho en otras palabras, ocuparse del mantenimiento de su fuerza de trabajo (Delphy, [1970] 1985:13)⁸³.

De esta forma, el planteo de Delphy considera que el enemigo principal de las mujeres no es el capitalismo, sino el matrimonio y la familia como unidad de explotación. A esto se refiere irónicamente al decir: "*Si el concepto de capitalismo es tan amplio que también engloba la explotación familiar, ¡muy bien! ¡al luchar por su liberación, las mujeres atacarán infaliblemente al capitalismo, aún sin proponérselo!*" (1976: 4). Vale destacar que el análisis de Delphy de las mujeres como clase se circunscribe a las *mujeres casadas*:

Yo personalmente analizo la situación de las mujeres considerando que se trata de una situación común, una situación de clase. Me refiero a las *mujeres casadas*, es decir, a una clase social, no una clase biológica. Esta clase puede incluir perfectamente ciertos hombres biológicos: los menores de edad, los viejos, los niños pertenecen a la misma clase. Las mujeres, los viejos, los niños, etc. constituyen una clase porque tienen la misma relación de producción, es decir la misma forma de ganarse la vida. Creo que esta conclusión es inevitable si no se retuerce, si no se deforma el sentido del concepto "relación de producción" (Delphy, 1976: 3)⁸⁴.

⁸² Para explicar esto la autora propone la coexistencia de varios modos de producción y postula que la familia (unidad de explotación de las mujeres) no funciona únicamente al servicio del capitalismo: continúa cumpliendo funciones que no son útiles para este (Delphy, 1976).

⁸³ El destacado es propio.

⁸⁴ El destacado es propio.

Claro que para el caso de las mujeres que también son asalariadas, las feministas materialistas reconocen que la explotación es doble: en el mercado de trabajo capitalista y en la unidad familiar. El punto que intentan descifrar es *¿Cuál resulta la relación de producción común que agrupa a la mitad de la población que representan las mujeres?* Delphy argumenta:

Quando se dice que la mujer pertenece a la clase del marido, en general (...) “se” plantea (esto es, la izquierda plantea) el problema en términos de nivel de vida, de consumo, cuando el problema es el de la producción: *relaciones de (...)* al explicar las relaciones entre capitalismo y patriarcado en virtud del control capitalista sobre la circulación de la fuerza de trabajo sólo se explica la situación de una parte de las mujeres: aquellas casadas con los asalariados (...) no se explica en absoluto la situación de las mujeres casadas con trabajadores autónomos - artesanos o agricultores- o con burgueses (...) es preciso encontrar una explicación que dé cuenta de la explotación del trabajo doméstico sin hacer referencia a la venta de la fuerza de trabajo del marido. (Delphy, 1976: p.4-5)

En este sentido, los planteos de la autora al igual que los de M. Wittig, siguen la primera premisa materialista, a saber: considerar que *“Tal y como los hombres manifiestan su vida, así son. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción. Lo que los individuos son depende, por lo tanto, de las condiciones materiales de su producción”* (Marx y Engels, [1845/6] 1974: 19). Aunque Marx y Engels dicen “hombres” e “individuos” y debemos suponer que incluyen a las mujeres en esa generalidad, Delphy advierte la trampa. Según la autora, el marxismo sólo explica lo que los hombres “son”, es decir, sólo explica la manera en que los hombres producen su vida. Según Delphy ha demostrado, estos análisis no aplicaron la premisa materialista para estudiar a las mujeres, sino que las analizaron como grupo biológico, natural, si percibir lo que se trataba, según la autora, de una clase social, un modo específico en que las mujeres producían su vida, por consiguiente, estuvieron lejos de explicar lo que ellas “son”.

De igual manera, la icónica frase: *“las lesbianas no somos mujeres”* de Wittig, ([1978] 2006: 56), a nuestro modo de ver, remite a esta premisa materialista en tanto las lesbianas no producen su vida *“dentro del marco de una relación particular con un individuo (marido)”* (Delphy, [1970] 1985: 13). Esto es, las lesbianas no producen su vida como mujeres y por lo tanto no son mujeres. A la par, se entiende que para formular el enunciado acerca de las lesbianas, Wittig utiliza adscribe al planteo beauvoiriano: *“no se nace mujer, se llega una a serlo”* (De Beauvoir, [1949] 1989:240). Así, siguiendo el sentido articulacionista sobre los modos de producción planteado por Delphy, Wittig plantea que las lesbianas no han llegado a ser mujeres porque *no se producen como tales*. La posdata que Wittig agregó a la versión francesa de *“El pensamiento straight”* (1980), luego del debate que su ensayo suscitó al interior del FMF, afirmaba: *“las lesbianas no son mujeres, como tampoco lo es mujer ninguna mujer que no esté en relación de dependencia personal con un hombre”* (Wittig, 1980: 53). Aquí nos surgen algunas interrogantes: las lesbianas que hacen trabajo doméstico y/o las que

están proletarizadas, ¿por qué no serían mujeres?, ¿Porque no trabajan para un marido?, y si trabajan tanto dentro como fuera de la casa para otra mujer, ¿tampoco serían mujeres?

Es importante aclarar que Wittig se refiere aquí a las “lesbianas políticas”, y recordemos que más allá de si son homosexuales o no, lo que las caracteriza es que no participan de la relación contractual matrimonial y de hecho sostienen consignas políticas en contra del matrimonio, de la familia, entre otras. Es decir, cuestionan fuertemente una serie de instituciones que consideran opresivas y luchan por un mundo en donde la diferencia entre homosexuales y heterosexuales carezca de sentido porque, consecuentemente a los planteos del FMF, es la sexuación por sí misma lo que cuestionan al tiempo que luchan por un mundo donde: *“En el plano de las prácticas sexuales, la distinción entre homo y heterosexualidad no tendrá más sentido, porque los individuos se encontrarán a partir de su singularidad (individuo específico con tal o cual historia) y no a partir de su identidad de sexo”* (QF, 1977: 5).

En definitiva, las lesbianas políticas son un grupo que rechaza a la heterosexualidad *como régimen político* empero, no es posible extrapolar la situación de lo que actualmente se considera como “lesbiana” al marco teórico wittigiano, en tanto constituiría un anacronismo. Como detalla Falquet (2009): *“El lesbianismo tal como es definido hoy en el pensamiento occidental dominante es una categoría reciente”* (p.3)⁸⁵, lo que resulta evidente es que Wittig le otorgó un sentido completamente innovador a la palabra, dotándola de un contenido inédito.

Por otra parte, es preciso considerar que en el contexto que Delphy y Guillaumin escriben, el matrimonio asume las características específicas de su contexto histórico y las mismas no pueden extrapolarse en el tiempo. El matrimonio que Delphy y Guillaumin analizan y en el cual se basan para desarrollar sus teorías sobre las clases de sexo y la apropiación privada respectivamente, aunque se mantenga en sus aspectos fundamentales, es un fenómeno histórico mutable que fue sufriendo transformaciones en el tiempo. Sería erróneo presuponer que el matrimonio del que hablan las feministas materialistas es el mismo que acontece en nuestros días (albores del siglo XXI), porque se trata de una institución social que se ha modificado en el tiempo, aunque por supuesto, aún mantiene muchos de sus aspectos generales⁸⁶. En este sentido, muchas características que describe Delphy acerca de las mujeres casadas: que no podían disponer de los bienes materiales en el matrimonio, ni ser propietarias, ni disponer de su administración, son cuestiones que a día de hoy se han

⁸⁵Falquet argumenta que el significado que el lesbianismo político le dió a la palabra lesbiana cuestionó postulados *“que han sido instalados paulatinamente en el imaginario de las diferentes sociedades. Algunos son ampliamente compartidos más allá del mundo occidental —por ejemplo, la creencia en la existencia de ‘mujeres’ y ‘hombres’, y que est@s ‘mujeres’ y ‘hombres’ son tales con base en un ‘sexo’ que les habría sido asignado por la Naturaleza. Otras son más específicamente occidentales y no tienen más de un siglo: atribuirles a las personas una identidad sexual con base en prácticas sexuales, afirmar que dicha identidad es estable y permanente (o incluso innata) y finalmente, hacer coincidir esta «identidad» con un tipo de carácter, de personalidad e incluso a veces, de cuerpo”*(2009:3).

⁸⁶ Incluso, aquí podemos mencionar que las uniones de hecho, por un lado, tienen el mismo estatuto legal y, por el otro, pueden registrar el mismo régimen de dominación. Y, finalmente, las uniones homosexuales, tanto legales como las de hecho, tampoco están exentas de estos elementos.

modificado y obligan a reevaluar los presupuestos de su teoría para quienes quieran aplicarlas a la actualidad⁸⁷.

Ahora bien, no se puede pasar por alto una discrepancia fundamental entre Delphy y Wittig respecto al concepto de patriarcado: la primera lo utiliza para referirse al modo de producción doméstico en el que se enmarca la explotación específica de las mujeres, mientras que la segunda considera que “patriarcado” al igual que “matriarcado” son ambos conceptos que naturalizan el dogma de la diferencia sexual que se debe abolir. En otras palabras: para Wittig, el patriarcado es una relación donde básicamente se pretende naturalizar y dogmatizar la diferencia sexual, y, en definitiva, la práctica heterosexual. Y, en tal dirección, otra manera, aunque inversa de sostener la diferencia sexual y la heterosexualidad, es el matriarcado:

Patriarcado: Otra palabra más que me molesta desde hace tiempo: concepto que pretende referirse solamente a una explotación. Supone que hay padres y madres, un poder de los padres sobre las madres. Se esquivo a la producción por otra parte natural. Se esquivo la heterosexualización, la heterosexualidad como sistema de dominación (...) “Patriarcado” supone un orden natural. Por detrás de “patriarcado” está “matriarcado”, otro orden supuestamente natural. Porque en el espíritu de la mayoría de las personas, solamente podemos estar en uno u otro sistema. Pero el matriarcado no es menos heterosexual que el patriarcado. Los dos dividen al mundo en dos sexos (Wittig, 1983: 12)⁸⁸.

Por último, para completar “el círculo materialista” nos quedan pendientes los análisis de Colette Guillaumin (1978) quien como veremos, le dará otro giro al asunto mediante el concepto de apropiación privada y colectiva, argumentando que la explotación de las mujeres no se circunscribe a su sola fuerza de trabajo.

Wittig – Guillaumin: la apropiación privada y colectiva de las mujeres en el sexaje

Para Colette Guillaumin⁸⁹, socióloga e investigadora feminista francesa, cuando se analiza y describe la explotación de las mujeres, la noción de “fuerza de trabajo” no debe ocupar un lugar central porque no describe correctamente la situación de explotación de las mujeres ya

⁸⁷ En esta línea se encuentra el trabajo *L'évolution des formes de l'appropriation des femmes: des religieuses aux mères porteuses* de Juteau D. y Laurin N. (1988) quienes analizan como, por ejemplo, la figura de la viuda que dispone de bienes materiales propios y quizás explota a otras personas, no pertenecería a la clase de sexo mujer en los términos de Delphy.

⁸⁸ Traducción propia.

⁸⁹ Nació en Thiers (1934-2017). “*Doctora en Sociología por el CNRS (1969), con una tesis titulada: Un aspect de l'altérité sociale: le racisme: genèse de l'idéologie raciste et langage actuel (dirigida por Roger Bastide). Integrante del Comité de redacción de la revista Questions Féministes, desde la década del '80 se desempeñó como profesora en la Universidad de Montréal. Sus trabajos sobre el racismo fueron pioneros en el campo de las ciencias sociales. Uno de sus principales aportes teóricos fue el concepto de “apropiación”, que profundizó la perspectiva de las relaciones sociales de sexo mediante el análisis del “sexage”, es decir, la esclavitud de las mujeres en tanto que clase. El sexage se caracteriza por la apropiación de los cuerpos de las mujeres, es decir, de su corporalidad como un todo y no sólo de ese aspecto dissociado que sería la fuerza de trabajo*” (Bolla, 2019: 15).

que la fuerza de trabajo es presentada como *“la única cosa que el obrero tiene para vender, su capacidad de trabajar. Esto, que es efectivamente exacto para el obrero-hombre, no es verdad para el obrero-mujer o para cualquier otra mujer, hoy. Este significado de la fuerza de trabajo que representaría la última cosa de la que se dispone para vivir es inadecuado para la clase entera de las mujeres* (Guillaumin, [1978] 2005: 23-24). Así, para esta autora: *“Si bien las relaciones de apropiación en general implican efectivamente el acaparamiento de la fuerza de trabajo (...) haber conseguido vender SOLAMENTE su fuerza de trabajo y no ser uno mismo apropiado es el resultado de un largo y duro proceso”* (p. 25)⁹⁰. Veamos.

El tercer nombre al que Wittig hace referencia es al de Colette Guillaumin quien durante sus primeros años de carrera se dedicó a estudiar el racismo y especialmente, se preocupó por desnaturalizar la noción de raza uniendo sus planteos con relación al sexo (Lacoue-Labarthe, 2017). También fue fundadora de QF. y en 1978, escribe en la revista uno de sus ensayos teóricos fundamentales: “Práctica de poder e idea de naturaleza”, dividido en dos partes: “La apropiación de las mujeres” (1) y “El discurso de la Naturaleza” (2)⁹¹.



Imagen 8: Colette Guillaumin (14 junio 1997, jornada de estudios organizada por L'Anef, Paris, Reid Hall Center) Fotografía de Nicole Décuré.

Como vimos, Delphy hablaba de una relación de producción específica de las mujeres como grupo social al cual se le explota mediante el uso de su fuerza de trabajo en la unidad familiar. Ahora bien, aunque Wittig comparte esto con Delphy, se verá que la postura de nuestra autora se asemeja más a la de C. Guillaumin: ni Wittig ni Guillaumin circunscriben la

⁹⁰ El destacado en mayúsculas pertenece al original.

⁹¹ Este texto ha sido publicado inicialmente en QF, n° 2 y 3, febrero y mayo de 1978. También se encuentra en Guillaumin, Colette (1992) *Sexe, Race et Pratique du pouvoir. L'idée de Nature*. Paris: Côté-femmes, pp. 13-48. La primera parte del ensayo ha sido traducida al español en Falquet y Curiel (2005) *El patriarcado al desnudo: tres feministas materialistas*.

opresión de las mujeres al ámbito estrictamente doméstico o matrimonial. Además, coinciden en que, en el caso de las mujeres, no es sólo la fuerza de trabajo la que es apropiada, si no el cuerpo en su totalidad, la “*máquina-fuerza-de-trabajo llamada mujer*”. Esta conclusión fue desarrollada por la autora en la primera parte de “*Práctica de poder e idea de Naturaleza: La apropiación de las mujeres*” (1978), allí analizó el concepto de “sexismo” (sexaje) en analogía al de racismo, argumentando que dicha relación:

se basa en una apropiación material del cuerpo; diferente a la apropiación de la fuerza de trabajo por un cierto número de rasgos entre los cuales el esencial, común con la esclavitud, es que no existe en esta relación ningún tipo de medida al acaparamiento de la fuerza de trabajo: esta última, contenida al interior de los únicos límites que representa un cuerpo individual material, es tomada como un todo, sin evaluación. El cuerpo es una reserva de fuerza de trabajo, y es en tanto que tal que es apropiado. No es la fuerza de trabajo, distinta de su soporte/productor, dado que puede ser medida en “cantidades” (de tiempo, de dinero, de tareas), la que es acaparada, sino su origen: la máquina-de-fuerza-de-trabajo (Guillaumin, [1978] 2005: 25).

Así mismo, Guillaumin también argumenta que la apropiación física directa no es una forma de explotación exclusiva de las relaciones de sexo, si no que caracteriza a otras relaciones de explotación como la esclavitud colonial por ejemplo, que no desapareció del mundo industrial hasta 1865 en Estados Unidos o 1890 en Brasil. Otra forma de apropiación física fue el vasallaje, que si bien desapareció al final del siglo XVIII en Francia persiste largo tiempo más en ciertos países de Europa (Guillaumin, [1978] 2005). Así, la autora concluye:

La relación de apropiación física directa no es por lo tanto una forma que sería propia a las relaciones de sexo (...) ciertas formas de esclavitud que limitaban la duración de dicha apropiación (a tantos años de servicio por ejemplo, como fue el caso en la sociedad hebrea, en la Ciudad ateniense bajo ciertas reservas, o en los Estados Unidos del siglo XVII...); ciertas formas de vasallaje que fijaban también límites al uso del siervo (en número de días por semana, por ejemplo) *son formas transicionales entre la apropiación física y el acaparamiento de la fuerza de trabajo*. Lo que nos interesará aquí es la apropiación física misma, la relación en la que es la unidad material productora de fuerza de trabajo la que es poseída y no la sola fuerza de trabajo. Denominada “esclavitud” y “vasallaje” en la economía fundiaria, este tipo de relación podría ser designado bajo el término de “sexaje” en lo que respecta a la economía doméstica moderna, cuando atañe a las relaciones de clases de sexo. (Guillaumin, [1978] 2005: 24-25)⁹².

En síntesis, para Guillaumin es el cuerpo mismo, la máquina-fuerza-de-trabajo llamada mujer la que es apropiada, lo que conlleva que la persona sea privada de sí misma (Bolla, 2019). La diferencia en el caso de los asalariados es que éstos firman un contrato de trabajo, perciben un salario y “pasan tarjeta”, tienen horarios de trabajo delimitados y establecidos; esta serie de pautas actúan como “mediadoras” entre la explotación de la fuerza de trabajo y la apropiación física directa del cuerpo. En el caso de las mujeres, estas mediaciones no existen, el trabajo no tiene límites horarios ni contractuales y ni siquiera etarios, tampoco hay un percibimiento de salario, el trabajo es “24/7”, “a demanda” y el pago es a voluntad. Por eso, Guillaumin [1978] (2005) planteó que la explotación que ocurre en el

⁹² El destacado es propio.

caso de las relaciones sociales de sexo (sexaje) implica que una clase entera: las mujeres, *“soporta no solamente el acaparamiento de la fuerza de trabajo sino una relación de apropiación física directa”* (p.24). Es decir, en palabras de Guillaumin, en el caso de la mujer es su individualidad toda, el “cuerpo-máquina-de-trabajo” llamado “mujer” lo que es apropiado mediante una relación de dominación específica con un “hombre”, relación que designará, en analogía al racismo, como sexismo o *“sexaje”* (Guillaumin: [1980 o 1978] 2005: 44). Este “sexaje” se ejerce mediante: *“a) la apropiación del tiempo; b) la apropiación de los productos del cuerpo; c) la obligación sexual; d) la carga física de los miembros inválidos del grupo (inválidos por la edad —bebés, niños, ancianos— o enfermos y minusválidos) así como los miembros válidos de sexo masculino”* (p. 26). Notemos que estos planteos de Guillaumin son retomados por Wittig para delimitar lo que constituye (lo que hace) a “la mujer”:

una relación social específica con un hombre, una relación que hemos llamado servidumbre, una relación que implica obligaciones personales y físicas y también económicas (asignación de residencia, trabajos domésticos, deberes conyugales, producción ilimitada de hijos, etc.), una relación de la cual las lesbianas escaparon cuando rechazaron volverse o seguir siendo heterosexuales” (Wittig: [1981] 2006: 43).

El “sexaje” como forma social de apropiación física directa, comprende a su vez, una *“apropiación privada que se da por medio del matrimonio y una apropiación colectiva que se perpetúa por la familia, vida religiosa, prostitución, etc.”*(Guillaumin: [1980 o 1978] 2005: 46), y aunque algunas puedan escapar a su condición de clase evitando ciertas obligaciones que remiten a la apropiación privada (como las lesbianas, las monjas o las prostitutas), seguirán perteneciendo a la clase de las mujeres por medio de la apropiación colectiva. Aquí el análisis de Guillaumin es más global que el análisis de Delphy dado que permite analizar la situación de otras mujeres que aun escapando a la relación de apropiación privada (como las monjas, las viudas, las prostitutas y las lesbianas, entre otras), siguen siendo apropiadas colectivamente por medio de otras instituciones sociales (mientras que el análisis de Delphy estaba circunscripto a las mujeres casadas). Por esta razón, cuando Wittig dice que las lesbianas no son mujeres, también dice que no lo son de una manera precaria, porque no han logrado escapar a la apropiación colectiva: *“Lo sepan las lesbianas o no (...) prácticamente son desertoras de su propia clase (la clase de las mujeres), aunque sea de forma parcial y precaria”* (Wittig, [1990] 2006: 73). Como explica Falquet (2006) refiriéndose a activistas del lesbianismo político: *“las lesbianas ciertamente escapan a la apropiación privada por parte de los hombres, pero no se libran de la apropiación colectiva, lo que las vincula a la clase de las mujeres e implica luchas conjuntas* (Turcotte, 1998; Causse, 2000)” (Falquet, 2006: 7).

Cuando menciona a Guillaumin, Wittig advierte: *“transformó nuestro punto de vista sobre el materialismo y la materialidad hasta tal punto que después de ella es irreconocible”* (Wittig, [1991] 2006: 16). ¿A qué se refiere con esta afirmación? Pues, como se dijo en el capítulo uno, en el contexto que Wittig y Guillaumin escribieron el materialismo se encuentra vinculado al marxismo y éste atravesaba un proceso de profunda renovación y crítica. En este

sentido, Bolla (2019) argumenta que *“el particular materialismo guillaumiano permite reformular la relación entre lo material y lo ideológico (...) su enfoque se distancia de las versiones marxistas mecanicistas y del determinismo de la teoría del reflejo, al reconocer cierta eficacia propia de las superestructuras”* (p.262)⁹³. En efecto, Guillaumin se despegó del determinismo económico cuando plantea que las relaciones sociales y las categorías conceptuales son parte de un mismo fenómeno, es decir, no concibe a una como causa y a la otra como efecto, sino que piensa en ambas de una manera dialéctica:

El efecto ideológico no es de ninguna manera una categoría empírica autónoma, sino la forma mental que toman determinadas relaciones sociales; el hecho y el efecto ideológico son las dos caras de un mismo fenómeno. La una es una relación social en que ciertos actores son reducidos al estado de unidad material apropiada (y no de simples portadores de fuerza de trabajo). La otra, la cara ideológico-discursiva, es la construcción mental que hace de estos mismos actores elementos de la naturaleza: “cosas” en el pensamiento mismo (Guillaumin, [1978] 2005: 23).

Sumado a esto, la autora deja de comprender a la ideología como una formación imaginaria que oculta la realidad, y la entiende como productora de esa realidad que a su vez la produce. Es decir, Guillaumin trata de dar cuenta de los efectos materiales de la ideología (Bolla, 2019). Por eso Wittig dice que el materialismo ya no es el mismo después de Guillaumin, porque no sólo el nivel de lo económico es “material”, sino que lo ideológico también lo es. Esto es lo que Guillaumin aborda en la segunda parte de *“Práctica de poder e idea de naturaleza: El discurso de la naturaleza”* (1978). Aquí resulta notoria la coincidencia entre Guillaumin y M. Wittig, lo que permite explicar su interpretación materialista del lenguaje. En *“El pensamiento straight”* [1978] (2006), nuestra autora realizó una contundente crítica a la teoría psicoanalítica y al discurso pornográfico bajo el siguiente argumento:

Quando se recubre con el término generalizador de “ideología” todos los discursos del grupo dominante, se relegan estos discursos al mundo de las Ideas Irreales. Se desatiende la violencia material (física) que realizan directamente sobre los y las oprimidos/as (...) Para nosotras, sin embargo, este discurso no está divorciado de lo real, como lo está para los semiólogos. No sólo mantiene relaciones muy estrechas con la realidad social que es nuestra opresión (económica y política), sino que él mismo es real, ya que es una de las manifestaciones de la opresión y ejerce un poder preciso sobre nosotras (...) Este poder que tiene la ciencia o la teoría de actuar material y realmente sobre nuestros cuerpos y mentes no tiene nada de abstracto, aunque el discurso que produzcan sí lo sea. Es una de las formas de la dominación, su verdadera expresión. Yo diría más bien uno de sus ejercicios (49-50).

Asimismo, en *homo-sum* afirma: *“El orden simbólico participa de la misma realidad que el orden político y económico. Hay una continuidad en su realidad, una continuidad en la cual la abstracción actúa con fuerza sobre lo material y forma tanto el cuerpo como el espíritu de aquellos a quienes oprime”* (Wittig, [1990] 2006: 83).

⁹³La denominada “teoría del reflejo” hace referencia a aquellos análisis marxistas que consideraban que el campo de lo ideológico o “superestructural” se encontraba determinado por las relaciones económicas o la “base”. Una crítica temprana a de la denominada “teoría del reflejo” se encuentra en Lukács (1966).

Como analizamos hasta aquí, se advierte un fuerte vínculo entre M. Wittig y Guillaumin y que a su vez separa a ambas de Delphy, quien se despegará del “economicismo puro” más tardíamente. De acuerdo a Delphy, la situación específica de explotación de las mujeres se circunscribe a la relación de manutención que la esposa tiene con el marido dentro del vínculo familiar y, como vimos, para Guillaumin esta relación matrimonial contractual sólo constituye una de las formas de la apropiación: la privada. El matrimonio es en Delphy una relación fundamental, lo que homogeniza a las mujeres como clase. Si bien en Guillaumin el matrimonio también es cuestionado: *“no es, no obstante, sino la expresión restrictiva de una relación social; él no es en sí mismo dicha relación. Legaliza y confirma una relación social que existe antes y por fuera de él”* (Guillaumin: [1980] 2005: 43-44). En síntesis, si Delphy logra aplicar la primera premisa materialista a las mujeres como grupo social particular que es objeto de una explotación en sí, independiente de la que sufren los asalariados; Guillaumin es capaz de ver la complejidad material de la opresión del sexaje que se apropia de algo más que la sola fuerza de trabajo.

De esta forma, vimos dos saltos fundamentales de la teoría de Guillaumin respecto al materialismo que la precede: 1) su replanteo a la insuficiencia del concepto de explotación de la fuerza de trabajo para el análisis de la opresión de las mujeres y; 2) su crítica a la manera de concebir la ideología como parte y productora de la realidad material. Como argumentamos, ambos aspectos son pilares fundamentales en la obra de Wittig.

Otro de los temas que trabaja Guillaumin es el racismo y M. Wittig se apoya en estos estudios (y en su analogía entre la raza y el sexo), para desarrollar sus análisis: *“Colette Guillaumin ha demostrado que, antes de la realidad socioeconómica de la esclavitud negra, el concepto de la raza no existía, o por lo menos, no tenía su significado moderno, pues designaba el linaje de las familias. Sin embargo, hoy, nociones como raza y sexo son entendidas como un “dato inmediato”, “sensible”, un conjunto de “características físicas”, que pertenecen a un orden natural* (Wittig [1980] (2006: 33). En este sentido, la analogía entre el racismo y el sexismo es que ambos funcionan mediante un sistema de *marcas somáticas*: el color de la piel, los genitales:

La categoría de sexo es una categoría que determina la esclavitud de las mujeres, y actúa de forma muy precisa por medio de una operación de reducción, como en el caso de los esclavos negros, tomando una parte por el todo, una parte (el color, el sexo) por la cual tiene que pasar todo un grupo humano como a través de un filtro. Hay que señalar que, en lo referente al estado civil, tanto el color como el sexo deben ser “declarados”. Sin embargo, gracias a la abolición de la esclavitud, la “declaración” del “color” se considera ahora una discriminación. Pero esto no ocurre en el caso de la “declaración” del “sexo”, algo que ni siquiera las mujeres han pensado en abolir. Yo me digo: ¿a qué esperamos? (Wittig, [1980] 2006: 27-28).

Esto les permite ver que una no es diferente, una está marcada como diferente y eso sostiene ciertas relaciones sociales de opresión. Por eso Wittig ([1990] 2006:84), escribe irónicamente sobre el “pensamiento de la diferencia” o “filosofía de la diferencia” y dice que realizan una *“exaltación formidable de eso que llaman alteridad en todas sus formas (...)*

nunca el otro había sido tan magnificado y celebrado". Critica esto porque entiende que ser vistos como otros: negro, mujer, esclavo, es un efecto de la diferenciación que se realiza para sostener determinadas relaciones sociales de opresión y dicha diferenciación enmascara intenciones políticas. De aquí que: *"Ellas son vistas como negras, por eso son negras; ellas son vistas como mujeres, por eso son mujeres. No obstante, antes de que sean vistas de esa manera, ellas tuvieron que ser hechas de esa manera (...)* En efecto, la sociedad heterosexual está fundada sobre la necesidad del otro/diferente en todos los niveles (...) Ahora bien, ¿qué es el otro/diferente sino el dominado?" (p.52). Esto evidencia que a Wittig no le interesó enaltecer o enarbolar la diferencia, si no abolirla.

"History"⁹⁴: la teoría lésbica radical de M. Wittig y el análisis histórico con perspectiva de género

Este apartado comienza con un breve recorrido desde la historia de las mujeres a la historia con perspectiva de género porque consideramos que dicha reconstrucción nos permitirá entender el problema planteado por la historia de mujeres primero, y por la historia con perspectiva de género luego, a la "historiografía general".

Diversas autoras como Halperín y Acha (2000); Andújar (2012); Scott (2008); Perrot (2008), sitúan el nacimiento de la historia de las mujeres entre las décadas de 1960 y 1970. Estas son décadas de álgida convulsión política y fuertes reclamos, no sólo de parte del movimiento feminista, sino también por la descolonización, en contra del racismo, en contra de la guerra de Vietnam, entre otros. Es decir, *"ninguna tradición historiográfica surge porque sí ni de la nada. Por el contrario, emerge en un momento singular, estimulada por un contexto histórico que le otorga posibilidades y sentido"* (Andújar, 2012). Ergo, estamos en condiciones de afirmar que este contexto de ebullición política posibilitó gran parte del surgimiento de una "historia de las mujeres". La misma surge vinculada al movimiento feminista que sostenía reclamos por igualdad de salarios, acceso al divorcio, reconocimiento de la doble jornada de trabajo, incluso en algunos lugares como Francia se llegó a luchar y obtener el derecho al aborto legal (Cfr. Capítulo 1). Es sabido que la historia como disciplina, incluso en aquellos momentos de mayor testarudez objetivista cuando decía no serlo, es siempre una herramienta política poderosa. Lo cual explica que el movimiento de mujeres de los años '70 tuviera interés por rastrear la presencia y la acción femenina en el pasado, para legitimar las demandas y las luchas de su presente, y ello ha fomentado la emergencia de la Historia de las Mujeres.

⁹⁴His-tory, que en inglés significa: la historia de ellos, es un término utilizado por Danielle Charest en AHLA: *"la aparición de la 'her-story' (término que proviene de las lesbianas) demuestra hasta qué punto es importante no confiar en el 'his-tory'"* (AHLA, 1982, P.10).

Sin embargo, en esa década aún había un “prejuicio antipolítico” muy arraigado en la historiografía. La idea de “utilizar a la historia” para legitimar ciertos reclamos fue uno de los argumentos que se empleó al desacreditar a la incipiente historia de las mujeres, calificándola como “historia ideologizada”. Estaba en auge una historia social fuertemente crítica de los usos políticos que, bajo pretendida objetividad, el positivismo había hecho de la historia. En la actualidad, por fortuna, el debate acerca de la elaboración del conocimiento científico como producto de consensos móviles de la comunidad científica, ha sido mejor integrado al ámbito académico de la historia, lo cual permitió matizar prejuicios en torno a aquella tan supuestamente despolitizada objetividad (Scott, 2008).

Ahora bien, el auge de la historia social se presenta más positivo para la historia de las mujeres en otros aspectos ya que se trata de un momento de renovación donde comienzan a interesarse por rescatar a los “silenciados” de aquella “historia de grandes hombres”. Además, es una renovación que posibilita la apertura hacia nuevas temáticas, que intenta involucrar a la “gente corriente” en sus condiciones cotidianas de vida, etc. Tanto la escuela de los annales como el marxismo británico, sumos representantes de la historia social en auge por estos años, buscaban correr el foco de esa historia positivista que había privilegiado como protagonistas de la historia a aquellos diplomáticos, reyes, ministros, militares, gobernantes (es decir: varones), propiciando un abordaje histórico más amplio. Así, otros lugares del espacio social empezaron a tener relevancia para el estudio histórico: la familia, la sexualidad, la crianza, la educación, lugares donde era, o parecía que iba a ser, más fácil encontrar a las mujeres. Esto no resultó tan simple porque las huellas de las mujeres eran difíciles de hallar en las fuentes con las que los historiadores usualmente trabajaban: documentos oficiales y estatales escritos por quienes dominaban el espacio público, es decir, en su gran mayoría: hombres. Por lo tanto, fue necesario recurrir a nuevas fuentes: correspondencia privada, literatura femenina, recetarios de cocina, entre otros.

Si ésta fue una manera de saldar el problema de la visibilidad de las mujeres en la historia, luego las mismas historiadoras que habían denunciado su invisibilidad van a plantear que en el afán por visibilizarlas se había prestado menos atención a otra cuestión central: *¿por qué la historia las había olvidado?* Fue Kelly Gadol quien en 1977 se preguntó: *¿tuvieron las mujeres renacimiento?* y demostró que lo que había sido glorificado como el momento de mayor “progreso” y “avance” de la humanidad, sólo lo había sido para los varones de los sectores dominantes, ya que incluso para las mujeres de esos mismos sectores las condiciones desencadenadas por el renacimiento eran adversas en muchos sentidos. Lo que Gadol demostró es que las valoraciones que se hacían de la historia dependían de una manera androcéntrica de pensar históricamente.

Esto llevó a que diferentes historiadoras, como Gisela Bock (1989), propusieron que, para hacer historia de las mujeres, era necesario trastocar las jerarquías entre lo históricamente relevante y lo trivial. No se trataba sólo de visibilizar a las mujeres en la historia

sino de modificar la propia manera en la que se había hecho historia hasta ese entonces, las decisiones a partir de las cuales se consideraba como problemas históricos relevantes a unos y no a otros, en base a las cuales se periodiza, y/o se caracteriza una etapa como de “progreso”. Y esta renovación no se había hecho ya que como remarcan Halperín y Acha (2000: 17), sin desestimar el mérito de la visibilización y la legitimación de un objeto de estudio antes olvidado, esta etapa de la historia de las mujeres tuvo el efecto paralelo de replegarse a un estante de las bibliotecas y de las bibliografías *“conservando el resto de la historiografía en su lugar y siendo funcional a ella”*, tal como fuera advertido en nuestra introducción.

Esta relegación a un estante dentro de la historiografía “general” responde a una serie de razones de índole conceptual pero también de índole política. En cuanto a estas últimas, nos encontramos ya en los años ‘80 y, si durante los ‘60/ ‘70 existía una fuerte ebullición y reclamos políticos, en esta década se asiste a un agotamiento de tales procesos, lo cual implicó un recorte del potencial crítico de los esfuerzos feministas por narrar de un modo distinto la historia, y más bien fueron integrados a las instituciones académicas como “sectores” - “institutos” - “grupos de investigación”, anexos y especialidades.

Ahora bien, una serie de preguntas fundamentales surgen en torno al sujeto histórico de la historia de las mujeres. Y es que historizarlas: ¿implicaba asumirlas como un grupo homogéneo sin diferencias ni contradicciones entre ellas? y, sobre todo: *¿quiénes eran “las mujeres”?* Hasta ahora lo que se había hecho era una descripción y visibilización de aquello que hacían las mujeres, pero fue necesario pasar a cuestionar cómo se constituían de otro modo, en tanto se seguía pensando en “mujeres” como categoría autoevidente, desprovista de historia, y se continuaba naturalizando aquello contra lo que el feminismo luchaba, es decir, la determinación naturalista, biologicista (Halperin y Acha, 2000).

En este marco surge el concepto de género, tal como es desarrollado por Joan Scott (1986) para ir en contra de esta naturalización y evitar saldar con explicaciones biológicas, procesos históricos y sociales. Así, para responder a la pregunta por el sujeto histórico “mujer”, primero fue necesario cuestionar las diferencias que eran atribuidas a lo masculino y femenino de manera “natural”. En efecto, *“ya no se trataba de recuperar las experiencias pasadas de unas mujeres definidas por ciertos órganos, sino de preguntar por las condiciones en que la feminidad, la masculinidad, los caracteres ‘femeninos’ eran construidos”* (Halperin y Acha, 2000, p.17). Y como es notable, esto implicaba una historización de la diferencia sexual en sí misma (tal fue la propuesta y la intencionalidad de la categoría de género en sus comienzos).

Sin embargo, en 2008 es la propia Scott (2008:100) quien escribe: *“El género: ¿todavía una categoría útil para el análisis?”* aduciendo que el concepto de género que proponía en 1986 era: *“un llamado a trastornar el poderoso influjo de la biología al abrir todo aspecto de la identidad sexuada al cuestionamiento, incluyendo la pregunta de si hombre/mujer, o masculino/femenino era el contraste que se invoca”*. Incluso retomará a Riley

(1988) para recordarnos que la insistencia en la fijeza de esa oposición (masculino/femenino - macho/hembra) y la misma “verdad” esencial de la diferencia sexual, es en sí misma cuestionable porque *“se trata del producto de una cierta historia y no de una distinción que debamos considerar inviolable”* (p.100). En efecto, Scott realiza esta aclaración porque, aunque el “género” había prometido una renovación de la historia de las mujeres, se produjo una desradicalización del concepto que no permitió dicha translocación:

El género se entendió como los atributos culturales correspondientes a los sexos. De este modo, se trató de hacer historia cultural de unos sexos cuya diferencia considerada más profunda, es decir, la biológica, quedaba libre de crítica. La tarea se reducía a mostrar cómo los poderes de turno, la discriminación, el patriarcalismo de lo público, no permitían a las mujeres expresarse o hablar de literatura, política, ciencia, etc. Pero ¿qué era una mujer?, era dejado como un implícito que reforzaba la clasificación genérica existente. (Halperin y Acha, 2000: 19).

Así mismo, al utilizar la categoría “mujer” sin previa historización se cometió el anacronismo de extrapolar lo que la sociedad actual entendía por “mujer” a todas las épocas y todas las sociedades, eternizando y esencializando dicha categoría. Como afirman Halperin y Acha (2000):

La mujer actual es una formación siempre neonata, una emergencia de un sistema de fuerzas ideológicas en vigencia. ¿Qué tendría en común esta mujer actual que en realidad es muchas cosas y que consiste bajo la condición de excluir muchas otras inasimilables para la heterosexualidad compulsiva, con “las mujeres” del imperio egipcio de la dinastía XVIII? Se diría que un cuerpo es capaz de engendrar y desarrollar una criatura durante una cantidad de tiempo y parirla. ¿Encontramos allí lo común, lo básico y definitorio que nos posibilita hablar de que mujeres hubo siempre? Responder afirmativamente a esta pregunta sería cometer un profundo anacronismo (p.18).

En palabras de Gisela Bock (1989) el *género* jugó justamente el papel contrario al que se esperaba ya que, si el concepto surgió para desnaturalizar la diferencia sexual y evitar la atribución de explicaciones biológicas a procesos históricos, lo que sucedió fue que el género se dicotomizó del sexo, repitiendo para el sexo/género la dicotomía natura/cultura que volvía a naturalizar la dimensión del sexo. También Scott (2008) reflexiona que a menudo el género connota un enfoque programático o metodológico en el cual los significados de “hombre/ mujer” se toman como fijos y donde el objetivo parece ser describir roles diferentes, pero no cuestionarlos. La autora afirma que el *género* sigue siendo útil sólo si va más allá de este enfoque, de lo contrario, a pesar de las importantes distinciones que insisten en la particularidad de las mujeres: obreras o campesinas; lesbianas o medievales; judías o afro-americanas; musulmanas o latinas; europeas del este o africanas; casadas, solteras o viudas; madres, putas o monjas; etc. y por más que se tomen en cuenta las vidas cotidianas de poblaciones diversas, estas diferencias nunca dejarán de dar por supuesta una *“continuidad subyacente de mujeres reales sobre cuyos cuerpos constantes danzan descripciones aéreas y cambiantes”*

(Riley, 1988 en Scott, 2008: 8).

Así, paradójicamente se había mantenido a las “mujeres” fuera de la historia ya que se reinscribían como un fenómeno natural particular en tanto la diferencia sexual y la categoría de sexo continuasen en su lugar, como datos pre-sociales (Bock, 1989). En este sentido es que nos preguntamos: *¿qué aportes pueden surgir del feminismo materialista francófono para sortear este problema y evitar reinscribir a las mujeres como fenómeno natural particular dentro de la historia “general”?*

Tal como evidenciamos a lo largo de este capítulo, tanto Wittig y Mathieu, como Delphy y Guillaumin abren un camino para analizar a las mujeres no como grupo biológico-anatómico, sino como grupo social y a través de la historización, ya que comprendieron que la historia es el terreno donde se analizan los grupos sociales (habiendo establecido previamente que mujer es un grupo social y no natural). En este sentido, se puede sostener que la vinculación a la corriente del FMF de la que proviene la propuesta de M. Wittig, proporciona un marco teórico que posibilita aquello que Halperin y Acha (2000: 15) definen como: *“Una historia de las mujeres desde la perspectiva de género consecuente (...) la historización de la diferencia sexual. Implica por ello lo político, lo social, lo económico, lo cultural”*. Es que, *“ya no se trataba de recuperar las experiencias pasadas de unas mujeres definidas por ciertos órganos, sino de preguntar por las condiciones en que la feminidad, la masculinidad, los caracteres ‘femeninos’ eran construidos”* (p.16).

El marco teórico wittigiano permite historizar no sólo a hombres y mujeres como categorías políticas, si no, lo que es aún más novedoso: permite historizar al sexo y a la heterosexualidad porque los concibe como construcciones socio-históricas. Es decir, desde este esquema de pensamiento, realizar una crítica a la mirada que supone la “naturaleza” eterna de la diferencia sexual es una posibilidad real en términos de análisis y comprensión. Mediante su propuesta lésbica materialista, Wittig nombra a la sociedad heterosexual y la analiza, por “ende” la particulariza, quitándola del universal a-histórico donde se ubicaba *“resistiéndose a todo análisis”*. Por esta razón, nuestra autora intenta contextualizarla, situarla, definir la categoría política donde se funda (la categoría de sexo), darle carácter histórico para evitar (como dice en el “Pensamiento *Straight*” citando a Barthes) *“ver la naturaleza y la historia confundidas a cada paso”* (Wittig, [1978] 2006: 54).

Así, su apuesta es mostrar que la heterosexualidad como régimen político, como dogma de la diferencia sexual, organiza la sociedad actual en la que vivimos, pero además, nos posibilita a pensar que ésta no es eterna ni universal y mucho menos es la única sociedad posible que podemos imaginar. Al tratarse de una corriente que busca explicar lo social por lo social, da por tierra con aquella ideología del determinismo biológico que nos hacía pensar que éste era el único mundo posible en el que podíamos

vivir dado que eran las cualidades biológicas e inmutables de nuestras anatomías las que explicaban nuestra asimetría social (Lewontin, Rose, Kamin, 2009).

Por el mismo motivo, la dicotomía sexo/género desde la que se realizan muchas investigaciones en ciencias sociales hoy, es problemática para ser consecuente con una perspectiva de género. Como resalta la historiadora G. Bock (1989: 12): *“Esta distinción de sexo/género no resuelve, sino que repite, para los sexos, la polémica más amplia de ‘naturaleza contra crianza’. Y es ambivalente y arriesgada porque, al mismo tiempo que propone el género como categoría sociocultural, reduce el sexo a una categoría ‘biológica’ y, por lo tanto, confirma las ideas tradicionales del género”*. A su vez, en términos historiográficos, este paradigma dicotómico nos impide historizar al sexo como categoría de conflicto social porque lo aísla de su contexto de producción y lo relega al dominio exclusivo de la biología, de la naturaleza, de lo “pre-social” (Halperin y Acha, 2000). Como ya vimos, Guillaumin (1978) plantea que primero hay una relación de dominación y luego se utilizan marcas somáticas (los genitales, el color de la piel) a partir de las cuales se legitima dicha dominación. Es decir, primero hay una relación social e histórica y luego la biología sirve como un instrumento más, entre otros, que justifican la desigualdad.

En términos de Falquet, aunque las reivindicaciones identitarias son muy importantes, éstas suelen dejar a un lado el aspecto material que el FMF rescata. En este sentido, la autora considera que uno de los aportes más interesantes del lesbianismo de M. Wittig (y también del de Rich) fue sacar *“al lesbianismo del estrecho campo de las prácticas estrictamente sexuales (...) demostraron que lo que está en juego en el lesbianismo como en la heterosexualidad no radica tanto en el campo de la sexualidad como en el del poder”* (Falquet, 2009: 10).

Así entendida, la política cobra pleno interés en las investigaciones realizadas desde una perspectiva de género. Por este motivo, en la conferencia titulada *“Del feminismo materialista francés al feminismo interseccional latinoamericano: relaciones ambidiestras”* tanto Falquet como Ochy Curiel acuerdan en que las categorías no son sólo categorías si no que tienen impactos políticos y utilizan el concepto de *“imbricación”* para referirse a los estudios que se proponen exceder la descripción de la interrelación entre las relaciones de sexo, raza y clase. Curiel plantea que le interesan aquellos estudios que puedan aportar a un *“proyecto de liberación”*, permitan explicar y se propongan modificar la cuestión estructural, sistémica y material de la desigualdad. En este sentido, tanto Falquet como Curiel, cuestionan el concepto de intersección porque consideran que se trata de una descripción y un intento de conciliación o *“inclusión”* que no se interesa por fomentar un cambio en las cuestiones materiales y sistémicas que abarcan a la imbricación de las relaciones de sexo, raza, clase, entre otras⁹⁵.

Finalmente, reflexionamos que por el mismo motivo que no se utiliza la categoría

⁹⁵Ver más en WebTV. (2021, 18 de noviembre). Del feminismo materialista francés al feminismo interseccional latinoamericano: relaciones ambidiestras [video]. YouTube. <https://youtu.be/P4p5gLX9C0U>

de *raza* como dato a-histórico (pre-social, natural), en tanto se la reconoce como una categoría esencialista, pseudo científica y nacida para justificar la expansión europea y la opresión⁹⁶, tampoco deberíamos utilizar a la categoría de *sexo*, como supuesto dato objetivo y de modo a- histórico para hacer historia con perspectiva de género, porque como analizamos, se trata de una categoría producto de la diferenciación sexual sostenida durante siglos, que oprime a quienes fueron y son sexualizadas por ella. Como hemos argumentado, perpetuar el modelo dicotómico *sexo/género* lleva a esencializar categorías de conflicto social, obturando el análisis de la diferencia sexual como proceso histórico⁹⁷.

En nuestro criterio, Wittig junto a Mathieu, Delphy y Guillaumin nos brindan una manera de problematizar a la diferencia sexual, conceptualizando su especificidad en tanto construcción social, que deja de ser una categoría esencialista, y pasa a ser histórica y como tal, nos obliga a dejar de eternizarla; nos interpela a identificar qué constituye a la mujer en diferentes momentos y en términos de relaciones sociales concretas, es decir, con la categoría política con la cual nace dialécticamente: la de “hombre”. Por fin, consideramos que utilizar este marco teórico en la investigación historiográfica implica asumir otras perspectivas que nos permitan incluir a las mujeres en la historia poniendo bajo la lupa al *sexo* y a la diferencia sexual. Aun cuando ello implique, desde nuestro punto de vista, desenmascarar a toda la historia heterosexual, demostrando que, aunque se pretenda total, lo que conocemos como “historia universal”, es en realidad la *his-tory* particular de la opresión heterosexual.

⁹⁶ El fenómeno históricamente conocido como “racismo”; es un fenómeno que se inicia con la expansión colonial europea sobre diferentes partes del orbe a finales del siglo XV. De hecho, la noción de *raza* se difunde a partir del siglo XVIII (Wieviorka, 2009: 22). Según Menéndez, no debemos pensar que sólo hay racismos en el sistema capitalista, lo cual permite ignorar no sólo los racismos desarrollados por el sistema de castas de la India, por los sistemas esclavistas precapitalistas o por varios de los socialismos de estado, sino también los conflictos interétnicos de tipo racial que se dieron antes y durante el capitalismo en Asia, África, América y por supuesto Europa. Es por ello que “considero al racismo como una de las ideologías más utilizables y eficaces desarrollada por varios sistemas, incluido el capitalista en la ideología que más ha contribuido a establecer los criterios de inferioridad y superioridad con que se categoriza a los diferentes sujetos sociales, constituyendo uno de los más persistentes mecanismos de hegemonía/subalternidad, no sólo en términos de relaciones coloniales, sino también de clase social (Menéndez, 2017: 57).

⁹⁷ Fuera del campo historiográfico, la dicotomía *sexo/género* también reproduce este esencialismo. Según Curiel y Falquet (2005): “De Sur a Norte y de Este a Oeste, un espectro recorre nuestro movimiento feminista y lésbico: el esencialismo. (...) Muchas veces incluso muchas feministas y lesbianas más radicales caen en la tentación de creer que finalmente en el fondo, nuestra situación descansa sobre una base biológica: la famosa “diferencia de los sexos”, la capacidad que algunas tenemos de embarazarnos y parir las siguientes generaciones. Uno de los elementos que nos lleva a esta creencia es la famosa teoría “*sexo/género*”, que muchas hemos aprendido, y hartas veces enseñado, en decenas de talleres: detrás del género, que es social, queda lo biológico, que no deja de ser natural... ¡Qué alivio! La moral queda a salvo ya que después de todo, la heterosexualidad es la forma normal y lógica de relacionarse, aunque algunas se salgan de ella” (p.1).

CAPÍTULO 3:

La ruptura de la revista Questions Féministes (1977-1980)

*“una lesbiana debe ser cualquier otra cosa,
una no-mujer, un no-hombre,
un producto de la sociedad
y no de la ‘naturaleza’,
porque no hay ‘naturaleza’ en la sociedad”
Wittig, 2006: 35.*

Se recupera aquí el nutrido campo de estudios que en la actualidad se dedica al análisis de las revistas culturales y en el cual se enmarcan los trabajos de Altamirano y Sarlo (1997), Beigel (2003), Sorá (2004), Ciochetti (2011), Granados (2012), Pita (2014), Tarcus (2021), entre otros, que proponen dejar de entender a las revistas como meros depósitos de donde extraer textos ocultos o marginales de los grandes escritores, para pasar a reconocerlas y valorarlas como actrices colectivas que jugaron un rol relevante en la construcción de las tramas culturales y por tanto, constituyen objetos de estudio legítimos por sí mismos (Beigel, 2003: 105 y ss). Coincidiendo con Gustavo Sorá en que “los objetos son un condensador de formas de autoridad, de poder, de interés (...) el estudio de la materialidad de los objetos impresos lleva a unir un sistema de indicios sobre las formas de autoridad que recubren los actos de escribir, publicar y leer” (2004: 266). En virtud de ello, para este análisis se considera a las revistas no sólo como registro documental sino también como testigo activo de una época cultural determinada

pues como hemos advertido, la emergencia a fines del siglo XX de lo que ha dado en denominarse “nueva historia intelectual ” con su programa de “*historización radical de las ideas, ha favorecido un descentramiento del corpus tradicional instituido por las obras consagradas de autores consagrados. Cuando se trata de comprender la producción y la circulación de las ideas a través de las estrategias de colectivos intelectuales que tejen redes, las revistas adquieren especial relevancia* (Tarcus, 2021: 47-48).

En este marco, el trabajo se aboca al análisis de un punto de inflexión dado al interior de la revista Questions Féministes (QF), con el objetivo más amplio de reconstruir a partir de allí las características y disputas al interior de la tendencia feminista materialista francófona en una época histórica determinada. Entre 1977 y 1980 en la capital francesa, esta revista aparece como un soporte material dinámico que nuclea a un colectivo de intelectuales feministas y materialistas, el FMF. La revista como soporte material de consensos mutantes, dónde se mantienen ciertos acuerdos al mismo tiempo que se disputan, debaten y diferencian otros, dejará un registro rico en matices y tonalidades lo cual permite a las historiadoras profundizar y complejizar la mirada sobre los procesos históricos plasmados en sus páginas.

Específicamente, nos abocaremos al estudio de un acontecimiento que en octubre de 1980 llevó a la ruptura de QF. A tal fin, consideramos útil la mirada de Alexandra Pita (2014) cuando plantea que en el recorrido de las revistas culturales hay diferentes “momentos vitales” en los cuales los puntos de inflexión y quiebre son: “*un acontecimiento particular de carácter negativo fruto de una disputa que se genera al interior de una revista*” (Pita, 2014: 18). La disputa al interior del equipo editorial de QF involucró la publicación de dos ensayos de M. Wittig, en el anteúltimo y último volumen de la colección: “El pensamiento Straight” (“*La Pensée Straight*”) en QF n°7 (febrero, 1980), y “No se nace mujer” (“*On ne nait pas femme*”), en QF n°8 (mayo, 1980)⁹⁸. A partir de este año, se tornaron irreconciliables las posturas de las diferentes integrantes del comité editorial y eso llevó a la desaparición de una revista innovadora para su época.

En 1981 tras la ruptura, y ante la iniciativa de una parte del ex comité por lanzar otra revista con el nombre de: “*Nouvelles Questions Féministes*”⁹⁹, se intercambian cartas en marcado tono de enojo y reclamo pues, la otra parte no estaba de acuerdo con este lanzamiento y comenzó a denunciar “robos” y “mentiras”. Los registros de estos intercambios se publican en otra revista de la época: “*Amazonas de ayer, lesbianas de hoy*” (“*Amazones d'Hier, Lesbiennes d'Aujourd'hui*”)¹⁰⁰, y constituirán parte del corpus de fuentes que analizamos. Nuestro estudio se guía por algunas preguntas que atraviesan

⁹⁸ En adelante se citará de la siguiente manera: (QF, año, página) cuando la cita corresponda a un escrito que represente al colectivo editorial en su conjunto. Para citar artículos de autoría individual al interior de la revista se utiliza el siguiente formato: (Apellido, año: pag.)

⁹⁹ En adelante: NQF

¹⁰⁰ En adelante: AHLA

dicha problemática puntual, a saber: *¿Qué sentidos otorgan al feminismo estas dos tendencias en pugna? ¿Fueron los dos ensayos de M. Wittig los que iniciaron el conflicto? Y si fue así: ¿Qué era lo “tan polémico” en ellos?* Por consiguiente, el capítulo se compone de una caracterización de QF como revista cultural contrahegemónica, seguida de la reconstrucción del debate entre M. Wittig y Emmanuèle de Lesseps¹⁰¹, en QF n°7 (1980). Sumado a ello, se analizarán una serie de cartas que intercambian las dos partes en pugna durante los meses más álgidos del conflicto para reflexionar sobre el convulsionado final de QF.

Caracterización de la revista Questions Féministes

Analizamos el perfil de QF a partir de diferentes criterios que brinda Tarcus (2020) para el estudio de las revistas culturales. Según el autor, éstas constituyen la forma privilegiada de la militancia cultural y *“su vida es el despliegue periódico de un programa colectivo. Suelen nacer con un manifiesto programático y normalmente mueren cuando ese programa se consume”* (p.15). Es decir, las revistas son programáticas: se proponen intervenir en los debates culturales del presente, *“ya sea fijando posición sobre los tópicos establecidos, ya sea aspirando a establecer su propia agenda cultural”* (p. 16). Existen revistas de larga trayectoria que se constituyen como hegemónicas durante su tiempo y también las hay de brevísimas tiradas, como así también *“entre unas y otras, están aquellas que no logran superar los tres o cuatro años de vida, pero que sin embargo constituyen casos emblemáticos de publicaciones emergentes o contrahegemónicas”* (p. 17).

Éste último es el caso de QF, que desde su primer volumen está constituida por un grupo de feministas que la presentan como:

Este proyecto nace de la constatación de que el nuevo feminismo no tiene lugar para el debate teórico, cuando siente más que nunca su necesidad. La prensa feminista es prácticamente inexistente en este país, y no sólo necesitamos revistas teóricas, sino también mensuales de circulación masiva (como Sparerib en Inglaterra, Emma en Alemania, Effe en Italia). Necesitamos no uno sino varios periódicos militantes (como Le Torchon Brule, Les Femmes s'Entêtent, Les Pétoleuses, como Histoires d'Elles). Sería deseable que la prensa de información pura (como L'Information des Femmes) se desarrollara y multiplicara. Si hemos optado por dedicarnos al lanzamiento de una revista “teórica” es porque esta fórmula también nos parece necesaria, y no porque la consideramos prioritaria (QF, 1977: 3)¹⁰².

¹⁰¹ En adelante: E. de Lesseps.

¹⁰² Traducción propia.

Este novedoso proyecto colectivo editará ocho extensos volúmenes entre noviembre de 1977 y mayo de 1980¹⁰³. Alexandra Pita (2014) alude que cuando estudiamos a las revistas debemos tener en cuenta que *“el primer número es en realidad el fin de un proceso de esa etapa de inicio”* (p. 10). Para que la revista comience a publicarse primero se ha cerrado un ciclo, un ciclo de encuentro entre quienes constituyen el comité editorial, un ciclo de sentar cimientos, de forjar acuerdos que le darán al primer número una singularidad respecto de los otros volúmenes. A casi diez años del primer volumen de QF, Christine Delphy (1986) brindo una nota titulada *“Questions Féministes/Nouvelle Question Féministes, 1977-1985”*, para la *Women's Review of Books*, comentando los intereses e inquietudes que las llevaron a formar QF:

Un grupo de cuatro mujeres sintió que ya era hora de que el movimiento de mujeres francés tuviera un periódico. No había lugar para artículos de más de tres páginas en la prensa feminista de la época; largos artículos eran impublicables en las revistas masculinas (que es lo que eran todas), de ciencias, política o literatura, con alguna que otra excepción de *Les temps modernes*, gracias a la presencia de Simone de Beauvoir. Teníamos un número casi listo, de Beauvoir aceptó ser editora principal y el primer número de Questions Féministes se publicó en noviembre de 1977 (p. 16)¹⁰⁴.

En esta misma nota, también advierte la singularidad de aquel primer volumen: *“Los objetivos de la revista se detallaron en el editorial publicado en el primer número; titulado “Variaciones sobre un tema común” (...) Mientras yo discutía el papel que jugaría la revista como herramienta de comunicación y el tipo de artículos que recibiría, las demás se enfocaron especialmente en desarrollar una posición teórico-política, lo que hizo de este editorial una fuente básica de referencia futura”*(p.16)¹⁰⁵.

Ahora bien: *¿cuáles eran estos objetivos?* En el editorial de QF n°1 (1977), se pueden identificar tres grandes ejes sobre los que se desarrollan los objetivos de la revista: primero, se trató de proporcionar un espacio que actúe como foro de debate para las discusiones del movimiento, cuestiones de estrategia política y reflexión intelectual sobre las formas y mecanismos de opresión de las mujeres. En segundo lugar, y relacionado con el primero, se retomaron análisis existentes sobre mujeres en distintas disciplinas como psicología y sociología para analizarlos desde una perspectiva crítica feminista. Un tercer eje, es el que dedican a promover su postura política feminista radical y donde incitan a otras feministas a unírseles. Finalmente, también promueven el internacionalismo y mantienen un interés por compartir sus análisis más allá del espacio francés. En efecto, esta ambición internacionalista se revela en la participación

¹⁰³ Los ocho volúmenes de QF suman más de 1000 páginas. Cada volumen cuenta con 100 a 150 páginas aproximadamente. El volumen más extenso es el del n°5 (Questions Féministes, 1979) que cuenta con 147 páginas, lo cual era extenso en relación a otras revistas de la época. La propia *“Les Temps Modernes”* (1945-2018), también dirigida por Simone De Beauvoir en ésta época, tenía entre 200 y 300 páginas. Para tomar por ejemplo un número especialmente largo de esta icónica revista francesa, editada en julio -agosto de 1981: *“Argentine: entre Populisme et Militarisme”*, contó con 306 páginas.

¹⁰⁴ Traducción propia.

¹⁰⁵ Traducción y entrecorillado propios.

de autoras extranjeras en casi todos los volúmenes, así como en la variedad de artículos que son traducidos desde y hacia el francés.

Debido a este último punto, consideramos más acertado referirnos a feminismo materialista francófono en lugar de feminismo materialista francés, como ya hemos mencionado (Cfr. Capítulo 2). Tal como lo reconoce la socióloga Jules Falquet, quien es representante actual de la corriente materialista feminista, y a su vez editora de la revista NQF, al referirse a QF: *“La revista abre muchos debates, introduce autoras extranjeras y problemáticas: realiza un trabajo verdaderamente pionero (...) De este primer periodo quedan ocho números de una revista muy densa, atesorados por bibliotecas y coleccionistas, que sentaron las bases del análisis feminista radical y materialista francés, enraizado tanto en la reflexión teórica como en la lucha militante(2004: 2).*

En este sentido, caracterizamos a QF como una revista contrahegemónica porque desde sus primeras páginas las editoras nos advierten que se trata de un proyecto con intenciones políticas de intervenir y transformar la realidad que viven. Además, estas iniciativas logran plasmarse en las páginas de la revista por lo que la misma logró efectivizarse como una propuesta innovadora, crítica de su presente y con ambiciones de cambio. Así, cuando presentan a QF la denominan como una revista *“teórica feminista radical”*. Luego, desglosan estos adjetivos haciendo explícita la relación con la política en cada uno de ellos.

En primer lugar, se plantea una manera política de entender lo que denominan como “teórico”:

Nuestro objetivo es devolverle su verdadero sentido a la teoría y, al mismo tiempo, que sea asunto de todos, que todos puedan no sólo consumirla sino también producirla. Porque es teórico todo discurso, cualquiera que sea su lenguaje, que trata de explicar las causas y el funcionamiento, el por qué y el cómo de la opresión de la mujer en general o de uno de sus aspectos particulares” (QF, 1977, p.3)¹⁰⁶.

Se destaca así su deseo de “romper” la ecuación de que la teoría es equivalente al hermetismo, como si la incomprensión de un texto fuera prueba de su “carácter científico” o de su “seriedad”. En cuanto al sentido que otorgan al “feminismo radical” dirán que se trata de su perspectiva política, que implica una lucha contra la opresión de las mujeres por parte del sistema social patriarcal y *“para lo cual, es necesario romper la obvedad/la evidencia naturalista. Una empresa que las feministas comenzaron hace un tiempo”* (QF, 1977: 4)¹⁰⁷.

Si bien se trata de una revista de izquierda, se diferencian de otros grupos feministas de izquierda dentro del MLF. En tal sentido, desde el primer volumen de QF, Delphy se separa del “neofeminismo” y en diferentes ocasiones se dedica a diferenciarse y discutir con las tendencias comunistas y maoístas que consideran como

¹⁰⁶ Traducción propia.

¹⁰⁷ Traducción y resaltado propios.

“secundaria” a la lucha contra la opresión hacia las mujeres. Así mismo, las fundadoras de QF optaron entonces por sustituir el término “feminismo revolucionario” por el de “feminismo radical”, para no apropiarse de las acciones y reflexiones de los grupos “feministas revolucionarios”. La tendencia de las “feministas radicales” se caracteriza por su materialismo y antiesencialismo ya que postula que *“mujeres y hombres no son categorías evidentes y estáticas que provendrían de la naturaleza, sino que son categorías sociales, frutos de relaciones de poder dinámicas, organizadas en un sistema”* (Lambert, 2013: 6).

Como se puso de manifiesto, otro rasgo que las caracteriza es su tendencia de izquierda autónoma, ya que no se alían con el PC, ni con el maoísmo. Estos partidos con gran peso en la época en Francia, y como analizamos anteriormente, fueron criticados en reiteradas oportunidades y desde distintos ángulos por las integrantes del FMF. En sintonía con su vinculación a la política, QF no pretende ser una revista sobre mujeres sino una revista teórica para el feminismo y lo importante entre estas diferentes caracterizaciones consiste en que atraviesa tópicos diversos como la biología, la ideología y la política. La crítica a la evidencia biológica de la diferencia sexual, que ellas denominan como ideología de la dominación, es una de las apuestas más contundentes del FMF y se mantiene como eje transversal en todos sus números.

De acuerdo a Tarcus (2020), Saferstein (2013), Grafton (2007) el “giro material” que acontece recientemente en la historia intelectual abarcando al estudio de las revistas culturales, hace que las investigaciones desplacen sus focos de interés en diferentes sentidos: desde el editorial al índice, desde el texto hacia el paratexto, desde el texto a la imagen. Esto responde a que *“las revistas comenzaron a ser reconsideradas desde diversas disciplinas como artefactos culturales complejos, multidimensionales y no ya como meros soportes textuales”* (Tarcus, 2020: 53). Así, las revistas aparecen como un canal que posibilita la circulación de ideas y de grupos. Por ello su estudio supone un recurso útil en el pasaje desde la tradicional historia de las ideas, hacia una historia intelectual interesada por acceder al pensamiento de una época destacando el rol de las redes intelectuales en la construcción de ese pensamiento¹⁰⁸.

Desde esta renovada perspectiva, se trata de mostrar que las “grandes obras” más que “cumbres del pensamiento” producidas por un “gran talento individual”, son en realidad condensaciones, materializaciones singulares de procesos colectivos sumamente complejos. Y donde interactúan factores concomitantes que exceden por mucho una imagen sumamente arraigada en la tradicional historia de las ideas: la del genio autoral y su individualidad creadora. Por el contrario, el análisis de las revistas nos obliga a concebir una autoría colectiva, que es el fenómeno al que nos enfrenta QF

¹⁰⁸ La noción de red alude a los lazos (versátiles y variables) que constituyen un sistema de intercambios por el cual se manifiestan relaciones. La red será a la vez la fotografía de una realidad de lazos en un momento dado y el recorte de un tramo, una porción, de ésta (Bertrand, 2009).

como soporte material que nuclea a la tendencia materialista francófona. De esta forma, resulta clave para el análisis desarmar la unidad de QF, poniendo en tensión algunas homogeneidades (y pretendidas diferencias) entre sus creadoras, y acceder al contexto inmediato de su publicación. En virtud de ello, el apartado siguiente intenta reponer la semiología de la revista, preguntándonos por diversos elementos que hasta hace poco tiempo no eran considerados.

QF desde un análisis material y cultural

Los elementos materiales, semiológicos de la revista, hacen que podamos poner en tensión lo que ella dice de sí misma. Al tratarse de iniciativas programáticas colectivas, se entiende que, en más de una ocasión, lo que las revistas proponen en sus editoriales, luego no logra ser plasmado en sus páginas, de las cuales el índice es el testigo más fiel. Sin embargo, a partir de la revisión llevada a cabo, se puede aseverar que QF logra cumplir con lo que promete o con lo que se había propuesto “ser” a lo largo de sus ocho volúmenes y luego de tres años de edición.

Por ejemplo, los ejes temáticos que mencionamos como el foro de debate y reflexión, el de análisis críticos y estudios científicos del momento, de noticias, manifiestos y consignas políticas nacionales e internacionales, entre otros, se mantienen en los 8 números de la revista. Ciertamente, algunos se estructuran en torno a temáticas particulares que buscan profundizar en ellos, tal es el caso del n°2 titulado: “Les corps appropriés” (“Los cuerpos apropiados”)¹⁰⁹, donde Colette Guillaumin desarrolla el concepto de apropiación; o el n°3 titulado: “*Natur-elle-ment*” (“Naturalmente”)¹¹⁰, donde prosigue su análisis sobre los discursos de la naturaleza. Así, mediante diferentes artículos científicos, notas de opinión, ensayos, manifiestos, entrevistas, traducciones, y otras; QF aborda gran diversidad de temas: la “*mutilación sexual, violación, violencia, maternidad, virilidad, trabajo, justicia, sexualidades, medios de comunicación, racismo, prostitución, pornografía, etc.*” (Lambert, 2013: 16). La propia Christine Delphy (1986) dirá sobre los temas planteados en QF:

la variedad de campos abordados, desde la represión de la creatividad artística de las mujeres hasta el comentario de los productos ideológicos del patriarcado, pasando por la descripción de una opresión muy cotidiana, el parto y los métodos utilizados para producirlo, coincide con la variedad de géneros: crítica epistemológica, estudio sociológico, investigación histórica, etc. No ha habido, sin embargo, ninguna obra de ficción o puramente literaria en la revista -salvo una parábola de Monique Wittig, “*Un jour mon prince viendra*” (p.17)¹¹¹.

¹⁰⁹ Traducción propia.

¹¹⁰ Traducción y resaltados propios. Se decide citar el título con los guiones originales ya que se trata de una intervención en tono irónico de las feministas materialistas hacia la palabra francesa: “*Naturellement*” que es intervenida como “*Nature-elle-ment*” lo cual en francés significa: “*natura ella mente*”.

¹¹¹ Traducción y resaltado propios.

Otro aspecto material que analizamos es la estructura que organiza la revista y que sigue pautas regulares a lo largo de los 8 volúmenes, estas son: la presentación de un título general, un sumario con detalles de las secciones que integran el volumen, acompañado de las autoras que escriben, y al final del sumario, una nota detallada con el nombre de quienes forman el comité editorial en cada edición. En la observación de estos elementos, se logran advertir los cambios del comité editorial, mostrándonos que M. Wittig no integra el comité desde el primer volumen pues, se suma a partir del cuarto, en el año 1978. Sin embargo, escribe en la revista desde el segundo número la mencionada: "*Un jour mon prince viendra*" ("Un día mi príncipe vendrá") (Wittig, 1978).

Vol. 1: Noviembre 1977	Vol. 2: Febrero 1978	Vol. 3: Marzo 1978	Vol. 4: Noviembre 1978	Vol 5: Febrero 1979	Vol 6: Septiembre 1979	Vol. 7: Febrero 1980	Vol. 8 Mayo 1980
Colette Capitán Peter, Christine Delphy, Emmanuèle de Lesseps, Nicole- Claude Mathieu, Monique Plaza.	Colette Capitán Peter, Christine Delphy, Emmanuèle de Lesseps, Nicole- Claude Mathieu, Monique Plaza.	Colette Capitán Peter, Christine Delphy, Emmanuèle de Lesseps, Nicole- Claude Mathieu, Monique Plaza.	Colette Capitán Peter, Christine Delphy, Emmanuèle de Lesseps, Nicole- Claude Mathieu, Monique Plaza, Monique Wittig.	Christine Delphy, Claude Hennequin, Emmanuèle de Lesseps, Nicole- Claude Mathieu, Monique Plaza, Monique Wittig.	Christine Delphy, Colette Guillaumin, Claude Hennequin, Emmanuèle de Lesseps, Nicole- Claude Mathieu, Monique Plaza, Monique Wittig.	Christine Delphy, Colette Guillaumin, Claude Hennequin, Emmanuèle de Lesseps, Nicole- Claude Mathieu, Monique Plaza, Monique Wittig.	Christine Delphy, Colette Guillaumin, Emmanuèle de Lesseps, Nicole- Claude Mathieu, Monique Plaza, Monique Wittig.
Dirección: Simone de Beauvoir.	Dirección: Simone de Beauvoir.	Dirección: Simone de Beauvoir	Dirección: Simone de Beauvoir	Dirección : Simone de Beauvoir	Dirección: Simone de Beauvoir	Dirección : Simone de Beauvoir	Dirección : Simone de Beauvoir

Figura 2: Cuadro con las variaciones del comité de redacción y directora de QF (1977 a 1980).

Fuente: Elaboración propia en base a los ocho volúmenes de QF.

Asimismo, advertimos que está presente en la revista la estrategia de recurrir al uso de seudónimos: Colette Guillaumin es, en varias oportunidades, "Colette Capitan Peter". Esta práctica, que ya había sido utilizada por Delphy cuando firmaba como "Christine Dupont" en 1970, se debió al miedo a la persecución política. Tal situación evidencia el contexto que están viviendo quienes garantizan la publicación de QF, y que ellas mismas advierten: "*dada la coyuntura de represión, (proyecto Seguridad y libertad, Afganistán, 3ª guerra mundial*" (AHLA, 1982, p. 34)¹¹². Ahora bien, si el comité editorial

¹¹² Traducción propia.

sufre diferentes variaciones en estos tres años, llama la atención la permanencia de Simone De Beauvoir en la dirección a lo largo de los ocho volúmenes, así como también se mantendrá desde 1981 en la dirección de NQF.

La revista organiza sus números en cuatro secciones: “artículos” (en su mayoría escritos por quienes integran el comité editorial), “documentos”, “noticias” y “libros”. Excepcionalmente en QF n°3 (1978), hay una sección dedicada a la *“convocatoria sobre textos de feminismo, violencia y terrorismo”* lo cual nos habla de la relación que buscan forjar con el público lector, es decir, se trata de una relación interactiva, de invitación al diálogo y de apertura al debate. Esto revela que hay un interés por establecer un vínculo con la audiencia y que se apunta a un público militante. En sintonía, otro recurso que utilizan para llegar a un público más amplio es el humor y la ironía. Al respecto Lambert (2013) rescata el tono humorístico que adquieren diferentes artículos, como los que critican al freudismo, por ejemplo: *“Con estas autoras, nos reímos de lo que parecía evidente, de la explicación de lo impensado que subyace en las producciones científicas dominantes, y cuyo mero sacar a la luz produce cierto efecto cómico”* (Lambert, 2013: 9). La sección “noticias” está destinada a informar sobre la situación del feminismo en otros países: el n° 2 contiene información sobre Suiza, el n° 4 sobre el vecino país de España, en el n° 5 de Yugoslavia y en el n° 8 sobre Alemania, situación que afirma su internacionalismo y el esfuerzo por vincularse interactivamente con otras mujeres por fuera del espacio francófono.

A su vez, retomamos las nociones de P. Bourdieu (2003: 28) quien plantea que para entender el capital cultural dentro de un espacio social se deben considerar: *“las posiciones sociales (concepto relacional), las disposiciones (o los habitus) y las tomas de posición, las ‘elecciones’ operadas en los dominios de las diferentes prácticas”*. Según el autor, un espacio social se construye de acuerdo a la distribución de funciones y posiciones según principios de diferenciación que, en sociedades como la de Francia, son sin dudas: *“el capital económico y el capital cultural”*. En su diagrama de distinción, Bourdieu coloca en la primera dimensión a *“quienes poseen un fuerte volumen de capital global, como los miembros de profesiones liberales y los profesores de universidad”* (p. 29).

En este sentido, se destaca que quienes escriben y conforman el comité editorial de QF son, en su mayoría, sociólogas (Delphy, Guillaumin), antropólogas (Mathieu, Tabet) o literarias (Wittig, Lesseps) y, al mismo tiempo, investigadoras en diferentes centros de estudios como el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) o el laboratorio de Antropología Social. Es decir, se trata de profesionales que han accedido a una educación de tipo especializada, lo cual da cuenta de su posición de clase privilegiada. Esto muestra que quienes escriben lo hacen de manera profesional, aunque sus escritos tienen una estructura de manifiestos políticos típicos de la escritura y el “habitus” militante (en tanto *“unidad de estilo que atraviesa las prácticas y los*

bienes”) y, en congruencia con sus objetivos iniciales, este tipo de escritura favorece el vínculo con el movimiento feminista.

A la par, para facilitar este vínculo, en algunos números la revista deja al margen de las primeras páginas invitaciones a encuentros y reuniones que realizan para debatir sobre los tópicos que proponen en tal o cual volumen. Un ejemplo de ello es la invitación a tres encuentros que el comité organizó para debatir sobre los temas del vol.7:

- Le collectif de *Questions féministes* tiendra des réunions sur les thèmes du n°7 à Paris
 - le 7 mars - au Lieu-Dit, 171 rue St Jacques 75005 à 20 h précises
 - le 13 mars - à la librairie Carabosses 58 rue de la Roquette 75011 à 20 h précises
 - Et à Aix en Provence, le 21 mars à 20 h précises à « l'invitée », restaurant de femmes, 1 rue Brueys.

Figura 3: Extracto de QF. “El colectivo *Questions Féministes* realizará encuentros sobre los temas del número 7 en París: - 7 de marzo, en Lieu-Dit, 171 calle Si Jacques 75005 a las 20h en punto; -13 de marzo, en la librería Carabosses 58 calle de la Roquette 75011 a las 20 h en punto. Y en Aix en Provence, el 21 de marzo a las 20 en punto en l'invitée, un restaurante de mujeres, 1 calle Brueys”¹¹³. **Fuente:** Revista QF, nº8 , 1980: 2.

Más allá de estos encuentros, la revista era en sí misma un foro de debate, tal como se lo había propuesto. Por mencionar algunos, el que inicia las primeras páginas del vol. 7 titulado: “*El movimiento de liberación de las mujeres deviene la propiedad privada de un grupo*”¹¹⁴, donde se denuncia a “*Psychanalyse et Politique*” (*Psycho*) por querer apropiarse del MLF, y del cual las feministas materialistas se despegan diciendo que: “*si ellos son el movimiento, entonces nosotras no lo somos*”.¹¹⁵ Es decir, estamos frente a un contexto particular donde el MLF está en disputa ante la heterogeneidad de tendencias que lo integran.

En cuanto al aspecto paratextual: las contratapas, solapas, anuncios publicitarios, precios y talones de suscripción, aquellos elementos que permiten “*descifrar dimensiones tan vitales de la vida de una revista como las fuentes de financiamiento o su inserción en redes de intercambio y reconocimiento recíproco*” (Tarcus, 2020: 52), observamos (junto a las imágenes a continuación, como en otras al interior de diversos volúmenes), que en sus tapas y contratapas QF representaba su estilo irónico, crítico y militante:

¹¹³Traducción propia.

¹¹⁴ Traducción propia.

¹¹⁵ Traducción propia.



Figura 4: Dos imágenes que refuerzan con tono irónico la crítica de la revista al MLF. **Fuente:** QF, n° 7, 1980.

En cuanto a la editorial, la revista se editó por EDITIONS TIERCE¹¹⁶, la cual fue una propuesta original iniciada exclusivamente por mujeres, y que brindó la posibilidad de que las mismas controlen todas las etapas del proceso: producción, venta y distribución, entre otros. A su vez, tenían la posibilidad de dar a conocer y difundir los textos producidos mediante la reflexión en los grupos de mujeres, lo que les permitía abarcar amplias temáticas como proyección política del movimiento, críticas internas, su historia tanto en Francia como en el extranjero. Esto significa que las integrantes de QF eligieron un proyecto editorial verdaderamente original para la época, integrado sólo por mujeres, de manera independiente y autogestiva, crítico y con aspiraciones de rebasar el ámbito francés, razón por la cual, las intelectuales que participaron del proyecto resultan pioneras en el campo.

Por otro lado, se evidencia que cada número impreso financiaba al siguiente. Así, por ejemplo, observamos que al momento de publicación de los volúmenes 7 y 8 (1980), se encuentra una demanda por parte de sus lectoras reclamando el n° 1 (1977). Ante este pedido, el comité editorial responde que no disponían de fondos y que por ese motivo el número no había sido reeditado. Igualmente, instan a las suscriptoras a pagarlo por adelantado, prometiendo que, si no llegaran a juntar la plata suficiente para editar 1000 ejemplares en los próximos seis meses, se les reintegraría el dinero. Esto evidencia dos cuestiones importantes: en primer lugar, que QF es un proyecto autogestivo, financiado gracias a sus lectoras, y, en segundo lugar; que al momento del lanzamiento de los vol.7 y 8, la revista ya cuenta con suficiente trayectoria y reconocimiento entre sus seguidoras, lo que les lleva a querer consultar por el primer volumen de la misma:

¹¹⁶ Una editorial de Françoise Pasquier quien fue una figura del movimiento feminista que “comprendió muy pronto que un movimiento político que no puede dar a conocer sus iniciativas, sus análisis o su historia, está condenado a la esterilidad o, a la larga, a la desaparición y dedicó toda su competencia, su talento y una inusitada fuerza de convicción en la publicación de textos del movimiento feminista y grupos de investigación” (p.1). Además de Éditions Tierce, Pasquier participó en diferentes proyectos como: la coordinación de la sección “mujeres” del imponente “Catálogo de recursos” (ed. Parallèles, desde 1976), así como “Face à femmes”, primer número de la revista Alternatives y la editorial “Deux temps Tierce” (Kandel, 2001). Traducción propia. - Todos los derechos reservados ©.

Souscription pour Questions féministes n°1

Nous ne pouvons répondre aux demandes fréquentes qui nous sont faites de recevoir le n° 1 de *Questions féministes* parce que ce numéro est épuisé. La façon dont la revue tourne, chaque numéro finançant le suivant, ne nous permet pas de le rééditer. En revanche, nous pouvons le réimprimer en souscription. Ceci signifie que vous payez votre numéro d'avance et que, dès que nous aurons assez de commandes pour en imprimer 1000, vous recevrez votre exemplaire. Si nous ne recevons pas assez de commandes, votre argent vous sera retourné au bout de six mois.

Remplissez tout de suite, ou recopiez, la formule suivante :

Je commande ...exemplaire(s) de *Questions féministes* n° 1

Je joins la somme de 25 francs par exemplaire (par chèque bancaire, chèque postal ou mandat-lettre)

Nom.....Adresse.....Signature.....

Figura 5: Extracto de QF. “No podemos responder a las frecuentes solicitudes que se nos hacen para recibir el número 1 de *Questions Féministes* porque este número está agotado. La forma en cuya revista sale, cada número financiando al siguiente, no nos permite reeditarla. Por otro lado, podemos reimprimirlo en suscripción. Esto significa confiar en que pagues tu número por adelantado y que, en cuanto tengamos suficientes pedidos para imprimir 1.000, recibirás tu copia. Si no recibimos suficientes pedidos, su dinero le será devuelto después seis meses. Inmediatamente llene, o copie, el siguiente formulario: Solicito ...copia(s) de *Questions Féministes* n°1. Adjunto la suma de 25 francos por copia (por cheque bancario, cheque postal o giro postal). Nombre... Dirección... Firma...” (QF, 1980: 2)¹¹⁷.



Figura 6: Portada de la revista QF vol. 7 (febrero, 1980) y a su lado, portada de la revista *Partisans* (julio- octubre, 1970) diez años antes.

Respecto a las redes de intercambio y reconocimiento recíproco en las que se inscribe QF, el aspecto gráfico permite advertir el uso de imágenes tomadas de otras revistas francesas que se editaron antes de QF (como muestra la figura 6). La imagen elegida para la tapa del anteúltimo volumen es la misma que utilizó otra revista francesa: “*Partisans*”¹¹⁸, en un número especial. Mediante este gesto de recuperación, el séptimo volumen de QF conmemora en 1980, los “diez años del MLF”. La revista “*Partisans*” de

¹¹⁷Traducción propia.

¹¹⁸ La revista *Partisans* (1961/1973) comenzó a gravitar en los numerosos debates políticos previos y posteriores al mayo francés del 68. Véase: <https://www.moleculasmalucas.com/post/el-principal-enemigo>

tradición de izquierda autónoma, había sacado en julio de 1970 una edición llamada: “*Libération des femmes: année zéro*”, con el objeto de difundir en Francia los debates teóricos de las principales feministas estadounidenses y en la que Christine “Dupont” publica su reconocido “El enemigo principal” (1970). Dicha tapa en la portada de QF, es un gesto de continuidad con la tradición de revistas de izquierda autónoma surgidas al calor de los inicios de la segunda ola del feminismo francés luego del estallido político de mayo del ‘68.

Por cierto, la puesta en juego del campo revisteril implica la lectura de la revista, pero al mismo tiempo nos obliga a salir de ella para identificar su vínculo con otras publicaciones coetáneas. Mediante este análisis pudimos advertir la existencia de una red de revistas que de manera inorgánica forjaron un vínculo con QF. Hemos visto el caso de *Partisans* y *Les Temps Modernes*, en Francia. Y, aún separadas por el atlántico, aunque sin exceder el espacio francófono, es curioso lo que sucede con la revista quebequense AHLA, ya que la misma surge en 1981 luego de que QF desaparezca como tal. Sin embargo, se trata de una iniciativa de lesbianas canadienses que recuperan los debates dados al interior de QF. En efecto, el primer número de AHLA es un “*dossier*” que retoma la discusión que llevó a la ruptura de QF e incluso publica las cartas que se intercambian las integrantes del ex comité y las cuales utilizamos como fuentes para esta investigación. También se advierte que algunas de las integrantes del ex comité de QF continuaron luego de la ruptura, escribiendo artículos para AHLA, tal es el caso de M. Wittig.

Vol. I, n° 1, Juin 1982
 Dossier : lesbiennes vs Hétérosexuelles
 ou hétéro-féminisme vs lesbianisme radical ?

14
 DOSSIER : LESBIENNES VS HÉTÉROSEXUELLES ou HÉTÉRO-FÉMINISME
 VS LESBIANISME RADICAL ?

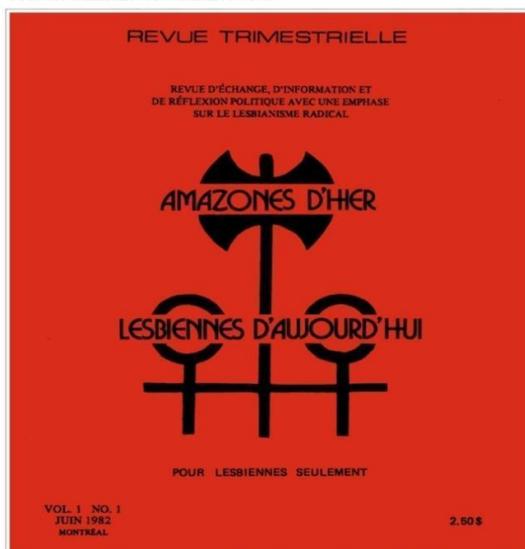


Figura 7: Portada de la revista AHLA n° 1 (1982).

Fuera del espacio francófono, es particularmente fuerte el vínculo que las integrantes del comité desarrollan con varias feministas estadounidenses, tales como:

Adrienne Rich, Kathleen Barry, Betsy Warrior, y Andrea Dworkin¹¹⁹. La propia Wittig [1991] (2006), al hablar de su propuesta materialista y sus intenciones por promover por su cuenta “*una revolución epistemológica en el enfoque sobre la opresión de las mujeres*” recuerda cuales son las revistas de diferentes países que se han visto involucradas: QF (París - Francia) , Feminist Issues (Berkeley - EE. UU) y AHLA (Montreal - Canadá):

Diferentes revistas se han visto implicadas en la publicación de textos sobre el nuevo materialismo. La primera fue *Questionsféministes*, cuyo colectivo me invitó a integrarme en el grupo cuando yo acababa de llegar a Estados Unidos (...) *Feminist Issues* comenzó en Berkeley unos años más tarde para abordar el concepto del materialismo feminista, y su colectivo me invitó a participar como asesora editorial. A pesar de los conflictos que habíamos tenido en Francia sobre la cuestión lesbiana, las redactoras americanas (Mary Jo Lakeland y Susan Ellis Wolf) decidieron que esa cuestión no sólo no dañaría la revista, sino que recibiría la atención que se merecía en un marco internacional. *Ama^onesd'hier; L^esbiennesd'aujourd'hui* se publicó en Montreal por iniciativa de lesbianas radicales como Louise Turcotte y Danièle Charest, que comprendieron el interés de una teoría del materialismo feminista, y la necesidad de ir más allá en la teoría y en las luchas que habían apoyado y desarrollado (Wittig, [1991] 2006: 19).

Estos elementos en conjunto, sumado al hecho de que no aparecen hombres en la edición de ninguno de sus volúmenes ni escribiendo artículos, constituyen el perfil de la revista. Se trata de un proyecto colectivo, que excedió las individualidades de quienes la conformaban, con intenciones explícitas de generar un cambio en la realidad, más allá de sus fronteras nacionales. Al decir de Delphy (1986):

Incluso si los escritores individuales al principio no pudieron reconocer abiertamente la unidad de su activismo y su pensamiento, la revista misma ha encarnado la unión de perspectivas políticas e intelectuales en varios niveles, como un principio epistemológico; en la elección de temas y tipos de artículos; y en el formato de la revista, que combina información y artículos sobre lo que sucede en el movimiento por un lado y sobre la situación general de las mujeres por el otro (p. 16)¹²⁰.

En síntesis, QF fue una revista teórica que entendía al feminismo como un objeto de debate en constante construcción: lejos de presuponer lo que el feminismo era, estas pensadoras trabajaron teóricamente y en conjunto para construirlo, debatiendo con otras tendencias, tanto dentro como fuera del MLF e incluso entre ellas mismas, disputando

¹¹⁹Recordemos que al momento en que M. Wittig escribe “The Straight mind”, y es invitada a participar del proyecto de QF, se encuentra desempeñándose como catedrática en Estados Unidos. Incluso posteriormente a la ruptura de QF publicó diferentes ensayos en “Feminist Issues”, una revista norteamericana de la época: “The Straight mind” (1980) - “No se nace mujer” (1981) - “La categoría de sexo” (1981) - “El caballo de Troya” (1984) - “La marca del género” (1985) - “A propósito del contrato social” (1989) - “Homo sum” (1990). Pero no sólo Wittig había viajado a Estados Unidos, otras integrantes del comité de la revista como E. de Lesseps y Ch. Delphy, también forjaron vínculos con el movimiento feminista anglosajón.

¹²⁰ Traducción propia.

el sentido de lo que se conoce como feminismo. Y a nuestro modo de ver, la ruptura de la revista forma parte (o es el corolario) de estas intrincadas discusiones.

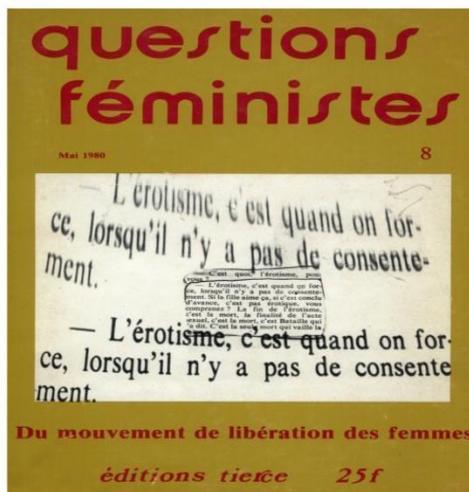


Figura 8: Portada del último número de QF. “Del movimiento de liberación de la mujer”. **Fuente:** QF, n° 8, 1980.

El conflicto del que nos ocuparemos a continuación y que involucra a la tendencia lesbiana radical, surge en la revista como un intercambio que pretende dar a conocer puntos de divergencia respecto a un tema particular. Si este debate llevaría luego a la ruptura del comité editorial de QF, y a la desaparición de la revista, resulta un desarrollo que no es posible predecir a lo largo del vol. n°7 donde, incluso, se incentiva a generar y aportar más artículos sobre la temática. Ahora bien: *¿cómo es que una publicación tan relevante para la época, innovadora y de larga trayectoria, decide la ruptura, y posterior disolución del proyecto, a raíz de este intercambio? ¿Qué pasó al interior de este grupo de intelectuales comprometidas? ¿Por qué cambió la forma de interpretación y acción para transformar el mundo que las rodeaba?*

El debate M. Wittig / E. DeLesseps¹²¹

En 1978 en la Modern Language Association Convention de Nueva York, M. Wittig le dedicó a las lesbianas americanas un ensayo titulado: “The Straight Mind”. El mismo ensayo, con algunas modificaciones, es publicado en febrero de 1980 en Francia en el

¹²¹ E. de Lesseps nació en junio de 1946 en La Chapelle-Gaugain en Sarthe y proviene de dos familias aristocráticas francesas. Su bisabuelo paterno es Ferdinand de Lesseps, diplomático y empresario que se hizo famoso por la construcción del Canal de Suez. Su padre era concertista de piano, discapacitado tras un accidente. Su madre crió a siete hijos mientras trabajaba: dio clases particulares, luego se convirtió en secretaria y finalmente en ejecutiva literaria en Editions Hatier. Emmanuèle creció en París, donde se mudó su familia. Obtuvo su bachillerato en filosofía y se matriculó a principios del año escolar 1964 en la Universidad de Nanterre. En 1965, durante el verano, realizó su primer viaje a Nueva York. Allí perfeccionó su inglés y descubrió una efervescencia de ideas, en particular la Women's Lib, y forjó lazos en el mundo literario (Pavard, 2017).

volumen 7 de QF bajo el título: “La pensée Straight”. Pocos meses después, y tras un último y octavo número, la revista QF desaparecerá “a raíz de cruentos debates y profundos desacuerdos políticos sobre la cuestión del lesbianismo radical” (Falquet, 2004: 2).

Dos notas aclaratorias a pie de página dan inicio al debate: la primera: “*Straight significa en inglés ‘derecho, justo, en orden’. La idea de ‘normalidad’ que está implicada hace utilizar esta palabra por el movimiento homosexual para designar peyorativamente lo que corresponde a la heterosexualidad*” (QF, 1980: 45)¹²². La segunda: “*Los dos artículos siguientes (‘El pensamiento straight’ y ‘Heterosexualidad y feminismo’) presentan puntos de divergencia, lo sabemos y lo asumimos. Y esperamos que esto genere más artículos a cambio*” (QF, 1980: 45)¹²³. Sin embargo, producto de estas divergencias la revista logró editar sólo un número más antes de desaparecer, al menos en los términos que era conocida hasta entonces (con el mismo comité editorial que le dio vida y el mismo título que llevó desde su nacimiento).

De acuerdo a nuestro análisis, si bien la idea principal que guía el debate gira alrededor del lesbianismo político, a medida que nos introducimos en las distintas posturas en “divergencia”, identificamos una diferencia de sentidos en lo que se entiende por tal concepto, en uno y otro artículo. En adelante, procedemos a reconstruir los argumentos centrales de cada uno de los artículos en cuestión, por orden de publicación, se leerá primero “*La pensée Straight*” (El pensamiento straight) de M. Wittig luego, “*Hétérosexualité et féminisme*” (Heterosexualidad y feminismo) de E. de Lesseps.

En cuanto al primer artículo: es un ensayo fundacional, innovador y revolucionario, en el que Wittig analiza como sistema político aquello que hasta el momento se había presentado como una naturaleza evidente: la heterosexualidad. La autora realiza un análisis político que abarca el terreno de las prácticas sexuales, en tanto son entendidas como una práctica política más. Ahora bien, esto no equivalía a decir que las relaciones amorosas interpersonales o coitales fueran determinantes a la hora de asumir una postura política feminista. Como sostiene Falquet (2017), las lesbianas de Wittig: “*Son seres humanos que se niegan a convertirse en, o a seguir siendo mujeres en el sentido que le da Guillaumin; [no rechazan] el conjunto de las relaciones interindividuales con los hombres y menos, todavía, el amor; sino, claramente, el estar vinculadas a los hombres por relaciones de apropiación*” (Falquet, 2017: 7)¹²⁴.

Como hemos puntualizado en el capítulo anterior, para entender la estrategia política del lesbianismo elaborada por Wittig, es preciso comprender que ésta se apoyó

¹²² Traducción propia.

¹²³ Traducción propia.

¹²⁴ Destacado en el original.

en diversas teorías y conceptos de la época: la de apropiación de las mujeres (privada y colectiva) de Colette Guillaumin (1978) y su crítica a la ideología naturalista, la antropología de los sexos de Nicole Claude Mathieu (1971), la postura materialista de Christine Delphy (1970) y, aunque de manera crítica, también sumó herramientas de Simone De Beauvoir (1949) y del marxismo. Es decir, se trata de una propuesta sumamente ecléctica que nos obliga a considerar cada elemento en su complejidad, para entender a que se refiere con lesbianismo político. En virtud de ello, Wittig elige el lesbianismo como postura política en rechazo de las relaciones (hetero) sociales de apropiación privada definidas por Guillaumin (1979) como asignación de residencia, trabajos domésticos, deberes conyugales, reproducción, cuidado de niños y ancianos, etc. que constituyen a la clase social de sexo “mujer”. Es importante advertir que, si bien las relaciones sexuales interpersonales tienen un papel importante en este esquema relacional, no es la única relación que se considera ni es la principal. Por lo tanto, no es posible reducir la propuesta wittigiana del lesbianismo político a dicha práctica.

Sin embargo, a nuestro criterio, aquí aparece un malentendido de la expresión de Wittig, puesto que en “Heterosexualidad y feminismo”, E. de Lesseps (1980) entendió al lesbianismo político como un separatismo basado en intereses sexuales lésbicos. Esto explica por qué al discutir contra lo que ella denomina “*el lobby de lesbianas separatistas*”, realiza un extenso desarrollo acerca del deseo sexual reprimido en las mujeres entendiendo que el rechazo a la heterosexualidad “*implica la represión de los deseos heterosexuales de las mujeres*” (De Lesseps, 1980: 58). Así, la autora pasa por alto que Wittig no habla del deseo heterosexual o el deseo lesbiano si no de la heterosexualidad y del lesbianismo en términos políticos.

Por su parte, E. de Lesseps en su artículo, revaloriza el deseo sexual reprimido de las mujeres y su posibilidad de afirmarse como sujetos activos mediante una liberación del mismo. Dicha argumentación responde a un debate en boga en la época y tiene como interlocutora y foco de crítica a la teoría freudiana, pero poco dialoga con la postura presentada por M. Wittig. Más bien, en “Heterosexualidad y feminismo”, E. de Lesseps habla con una idea que ella misma se formula acerca de lo que en reiteradas oportunidades denomina como “*lesbianismo separatista*”, e incluso admite que “*ha leído poco sobre el tema*”¹²⁵. Sumado a esto, su análisis se basa en un gran componente especulativo acerca de cuestiones que “no son dichas” pero que ella imagina:

Frente a una feminista para quien el lesbianismo es la “mejor opción política”, una mujer heterosexual siente que es tabú hablar de sus problemas de relación con los hombres, y sobre todo de los aspectos positivos de estas relaciones. En cuanto a los problemas, *sólo puede atribuir a su interlocutor* un pensamiento del tipo: “¿Sigues ahí? ¿A qué esperas para salir? Esta devaluación inhibe el discurso y por lo tanto el análisis de los problemas en cuestión. De hecho, *ninguna lesbiana feminista me ha dicho nunca esto*, pero esa desvalorización me

¹²⁵“Solo he visto algunos textos de lesbianas, y ninguno de heterosexuales sobre este tema. Solo recuperaré algunas citas de lo poco que he leído, después de lo cual trataré de exponer mi punto de vista” (De Lesseps, 1980: 56). Traducción propia.

parece implícita en la idea del lesbianismo como la “mejor” opción política. (De Lesseps, 1980: 56)¹²⁶.

E. de Lesseps siente que las lesbianas feministas han asumido que el lesbianismo es la “mejor” opción política y por ello las mujeres con deseos heterosexuales no pueden ser feministas, son “menos” o “peores” feministas que las lesbianas. Pero de nuevo, E. de Lesseps no dialoga aquí con Wittig, si no con una idea errónea que ella misma se formula acerca de las lesbianas feministas. Veamos, por ejemplo, del mismo modo que “lesbianismo político”, “mujer heterosexual” es otro término que adopta sentidos diferentes en Wittig y en De Lesseps. Constatar esta diferencia ayudará a comprender mejor el núcleo del malentendido que venimos desarrollando.

Ya hemos visto que para Wittig “mujer” es una clase política e histórica que “se hace” al establecer relaciones sociales de apropiación con los hombres (su clase política antagónica, en términos dialécticos) y que la heterosexualidad es el sistema que utiliza a “la mujer” para oprimir a las mujeres. Además, en Wittig la heterosexualidad es un sistema que caracteriza sólo a quienes pueden ejercer las relaciones de apropiación, y no a quienes son dominadas por éstas. Dado que las mujeres no pueden ser apropiadoras, tampoco pueden ser heterosexuales. En síntesis, son las relaciones sociales de apropiación las que constituyen a la mujer en este esquema; mientras que para E. de Lesseps las mujeres heterosexuales son entendidas como: *“toda mujer, incluso ‘bisexual’, que reconoce en ella el deseo de relaciones con hombres, emocionales, sexuales o más vagas, pero que las reconoce como una parte gratificante de su experiencia”* (1980: 56)¹²⁷.

Entre una y otra autora, la diferencia de acepciones es tajante porque “mujer heterosexual” es un sin sentido en la teoría wittigiana. Para ver esto, examinemos las respuestas de ambas autoras ante la pregunta formulada por E. de Lesseps al comienzo de su artículo: *“¿Se puede ser heterosexual y feminista a la vez?”* (1980: 55). Para la autora: *“no se puede responder negativamente a esta pregunta, por la buena razón, en mi opinión, de que tal respuesta (un heterosexual no puede ser ‘realmente’ feminista) eliminaría a la mayoría de las mujeres del movimiento feminista”* (1980: 55)¹²⁸. Unos años más tarde, Wittig responde irónicamente a la pregunta de DeLesseps de la siguiente manera: *“Sólo los hombres pueden ser heterosexuales (sexualidad dominante). ‘Mujer hetero’ es un término que nunca he usado y que me horroriza. Sin embargo, siempre me han acusado de las peores ignominias hacia estas pobres*

¹²⁶ Traducción del original y resaltado propios.

¹²⁷ Traducción y resaltado propios.

¹²⁸ Traducción propia.

mujeres 'heterosexuales' en las que ni siquiera creo" (Wittig, 1983: 12)¹²⁹. Wittig "no cree" en las mujeres heterosexuales porque considera que la heterosexualidad es un atributo masculino, un "privilegio" propio de la clase de los hombres, esto es: apropiarse de las mujeres. Un privilegio de clase que las mujeres (por haberse constituido como tales) no tienen. Esto con respecto a la caracterización de su presente, pero además, notemos que tampoco en el mundo "utópico" que Wittig se imagina existirían las mujeres heterosexuales por el hecho de que no existirían las mujeres, ni los hombres, ni los sujetos sexuados.

La respuesta de Wittig se comprende mejor al prestar atención a la frase que agrega al final de "La pensée Straight", y que no aparecía en el original en inglés, ya que dicho agregado anticipa lo que ella entiende por mujeres: *"las lesbianas no son mujeres, como tampoco es mujer ninguna mujer que no esté en relación de dependencia personal con un hombre"* (1980: 53)¹³⁰, haciendo alusión directa al concepto de apropiación de Colette Guillaumin. Si se tiene en cuenta que esta frase fue añadida después del debate generado por "The Straight mind" (1978), nos resulta llamativo que E. de Lesseps no haga ninguna alusión a ella, considerando que conoce el idioma inglés y que el texto con el cual discute en 1980 fue publicado dos años antes, sería ingenuo pensar que no leyó esta posdata o que no ha notado la relevancia de la misma al momento en que escribe su polémico artículo¹³¹.

A su vez, en otros artículos Wittig realiza una distinción esclarecedora sobre este tema: las "mujeres homosexuales" y las "lesbianas" no son sinónimos desde su perspectiva. Mientras las "mujeres homo" son aquellas que se sienten atraídas sexualmente por personas que han sido asignadas de su mismo sexo al nacer, las lesbianas no son mujeres. La diferencia radica en que éstas últimas han rechazado a la heterosexualidad políticamente, es decir, como sistema de relaciones de dominación hacia las mujeres; lo cual según M. Wittig, implica asumir el hecho político de que las mujeres como clase son oprimidas y que, por tanto, para fugarse de este sistema de dominación, es necesario dejar de pertenecer a la clase social-sexual "mujer" y abolirla. Ser "lesbianas-no mujeres" implica aquí una *"toma de conciencia de clase para sí"*, de manera análoga a lo que en la lógica marxista se asume para el análisis dialéctico de la lucha de clases. En efecto, aquello que fue presentado como dos ensayos que debatían sobre un tema común desde distintas ópticas, luego aparece como dos escritos que abordan temas diferentes. De acuerdo a nuestro análisis, esto es así porque el sentido que se le otorgó al lesbianismo político en el artículo de M. Wittig fue diferente al que se

¹²⁹Traducción propia, entrecomillado en el original. Es preciso aclarar que en el esquema wittigiano, del mismo modo que "mujer", "hombre" es entendido como categoría social, y no biológica, como aquel que ejerce relaciones de apropiación hacia las mujeres.

¹³⁰ Traducción propia.

¹³¹De todos modos, vale mencionar que es luego del debate, en el artículo que M. Wittig escribió para el último número de QF: "No se nace mujer" (1980), que la misma se adentra en el análisis del concepto, profundizando en aquellas relaciones de dependencia con los hombres que mencionaba en la posdata de "La pensée Straight".

le atribuyó en el E. de Lesseps, a saber: mientras ésta última se refirió al lesbianismo político como un separatismo lésbico basado en intereses sexuales; la primera lo concibió como una postura estratégica para la transformación radical de la sociedad al margen de la clasificación sexual humana impuesta por la heterosexualidad, es decir, en términos del feminismo materialista francés: por fuera de las clases sociales de sexo.

Ahora bien, este malentendido se torna menos sorprendente cuando comprendemos la radicalidad de lo propuesto por M. Wittig en aquel enunciado: *“las lesbianas no somos mujeres”* por cuanto supuso un cambio en la manera de concebir a las identidades tal como se las pensaba hasta ese momento. Como plantea Leonor Silvestri (2019: 5), la apuesta de Wittig constituye un *“big bang epistemológico para la época”*, apuntando que, si las identidades son etimológicamente aquello que *“permanece idéntico en el tiempo”*, su propuesta es totalmente contraria a dicha idea. Por ello, cuando en 1980 son nombradas como lesbianas por la otra parte del comité editorial de QF, su respuesta es: *“designarnos nominalmente como lesbianas en una carta pública (...) nos despoja individualmente de todo control sobre nuestra afirmación política (es decir a cada cual a elegir los tiempos y los lugares donde desea afirmar nominalmente su lesbianismo)”* (Lesbianas feministas radicales, Carta al movimiento feminista, en AHLA, 1982, 37)¹³².

En consecuencia, lo que Wittig anticipó en la frase *“no somos mujeres”* será desarrollado con detalle en el texto que publica a continuación: *“No se nace mujer”* (1980), donde se evidencia su manera innovadora de entender al *“ser”* y a la identidad. La autora no se refiere a un ser definido o determinado por la sexualidad y el deseo, sino que lo que *“somos”* deberá hacerse aquí a partir de nuestras elecciones y relaciones políticas, móviles, cambiantes. Al desafiar incluso la misma definición de identidad, M. Wittig propone que para que la heterosexualidad desaparezca como sistema, las mujeres tendremos que desaparecer como clase, y dado que este artefacto político de dominación: *“la mujer”*, se ha arraigado en nuestras subjetividades, haciéndonos identificar con ella, será necesario cambiar lo que somos para triunfar como clase. En otras palabras, lo que las mujeres logremos ser dependerá de nuestras elecciones políticas puesto que *“se trata de un sujeto que aún está en ciernes, que no existe en este mundo”* y que sólo podrá existir en los márgenes hasta que el sistema heterosexual se derrumbe por completo:

sólo más allá de las categorías de sexo (mujer y hombre) puede encontrarse una nueva y subjetiva definición de la persona y del sujeto para toda la humanidad, y el surgimiento de sujetos individuales exige destruir primero las categorías de sexo, eliminando su uso, y rechazando todas las ciencias que aún las utilizan como sus fundamentos (prácticamente todas las ciencias humanas) (Wittig, [1980] 2006: 41)¹³³.

¹³² Traducción propia.

¹³³ El resaltado es propio.

En tal sentido, recordemos que en su célebre “El cuerpo lesbiano”, para referirse a las lesbianas, la autora comienza diciendo que *“lo que aquí ha sucedido ninguna lo ignora, no tiene hasta ahora nombre”* (Wittig, 1973: 7). La autora elude el reduccionismo, se esfuerza por no subyugar el cuerpo lesbiano a ninguna de sus partes y se ocupa de nominar a las lesbianas más que por lo que son, por lo que no son: “mujeres”. Esta preocupación por no identificarse con “el mito de la mujer” coincide con el argumento de Guillaumin: *“Lo que nosotras consideramos causa y origen de la opresión, es solamente la ‘marca’, con sus manifestaciones y efectos materiales en las conciencias y en los cuerpos apropiados de las mujeres. La marca no preexiste a la opresión”* (Wittig, [1980] 2006: 33). Como fuera advertido, Guillaumin fue la primera en plantear en Francia que es la dominación la que produce al sexo y no al revés. Y en tal sentido, es pionera en afirmar que de igual manera el racismo produce a la raza, haciendo pasar al todo por una parte, mediante una *“operación de reducción”*, estrategia útil para el sistema de dominación a partir de señalar al sujeto por sus condiciones fenotípicas como el color de la piel/los genitales que funcionan como marcas somáticas a partir de las cuales todo el ser será señalado (Guillaumin, 1978).

Otro par de cuestiones nos ayudan a comprender mejor el debate. En el artículo de E. de Lesseps, se asimila el lesbianismo político a un “separatismo lésbico”, pero: *¿cómo se puede ser separatista de una opción que no existe?* En tanto no hay en Wittig un separatismo lésbico, sino más bien un análisis en términos políticos de lo que los sujetos y las identidades mismas son en el paradigma de la diferencia sexual, es decir, en el paradigma heterosexual. Y una propuesta de lo que las identidades y sujetos podrían ser en otro mundo que aún no conocemos, y que no estará regido por “el pensamiento straight”. Por esta razón, existe en el pensamiento de Wittig un intento por fugarse de las propias subjetividades construidas en el marco del sistema político heterosexual hacia un mundo nuevo, donde no habrá hombres ni mujeres, y quizás tampoco habrá lesbianas, porque la clasificación sexual del ser no tendrá sentido. Ahora bien, vale aclarar que, en algunos pasajes del artículo, E. de Lesseps habla de la heterosexualidad casi en los mismos términos que Wittig, y se refiere a ésta como un sistema, aludiendo incluso a “la diferencia sexual” como un constructo socio- político. Lo que pone en evidencia que lo novedoso y lo inquietante de la teoría de Wittig al interior del FMF fue su propuesta de fuga, de *“huida de la heterosexualidad”* a partir de un cambio en las relaciones sociales, que traería como consecuencia lógica un cambio en las identidades sexuadas de los sujetos. Ergo, más que definir qué son las lesbianas, lo que Wittig realiza es una propuesta política que jaquea al régimen de la diferencia sexual en varios niveles: lingüístico, conceptual y político. Claro que esto incluye al deseo y las relaciones sexuales, pero las excede ampliamente¹³⁴.

¹³⁴ Como hemos visto en el capítulo 2, M. Wittig recupera de “El segundo sexo” (De Beauvoir, 1949), la descripción del mito de la mujer que allí se hace y que deviene en la icónica conclusión: *“mujer no se nace, se hace”*. Simone De Beauvoir es la primera en plantear que “la feminidad” es un mito construido para

De esta forma, E. de Lesseps acusa a M. Wittig de pensar que la heterosexualidad “como deseo” y como sistema político son la misma cosa, mientras que para ella deben distinguirse porque mientras que ésta última significa la opresión, la primera es un condicionamiento que viene de la infancia, difícil de cambiar y que coexiste dentro de una misma subjetividad, aunque a veces en contradicción con la elección política y la lucha contra la opresión heterosexual (De Lesseps, 1980). Incluso, la autora sostiene que cualquier deseo que venga de una mujer es ya un síntoma revolucionario dado que la condición de sujeto deseante ha sido completamente reprimida para las mujeres, se trate de un deseo heterosexual u homosexual indistintamente. Y que por lo tanto, lejos de ser rechazado, debería más bien ser alentado por el propio feminismo:

En una teoría feminista de las relaciones entre los sexos, es fundamental hacer la distinción entre el plano de las relaciones individuales, donde se expresan las contradicciones (única esperanza de cambio social) y la representación social, normativa, de las relaciones heterosexuales. Uno no puede reducirse al otro, y es en este margen, en esta discrepancia, donde se sitúa la posibilidad de la conciencia, de la revuelta, es a partir de esta discrepancia que nace el feminismo (De Lesseps, 1980: 65).

Estas reflexiones resultan sumamente enriquecedoras, aunque no discuten con lo propuesto por Wittig, sino más bien, lo contrario: pueden verse como un argumento que ambas comparten, es decir, tanto para De Lesseps como para Wittig: “*lo personal es político*”. Esto se entiende porque cuando los planteos de Wittig dejan de ser interpretados como un separatismo lésbico basado en intereses sexuales, pueden comprenderse como un intento de profundizar en los fundamentos del feminismo materialista radical del que tanto Wittig como E. de Lesseps formaban parte. En efecto, si quisiéramos entender a la propuesta de Wittig como un separatismo, se trataría de uno que se rige por criterios políticos y no estrictamente coitales, como lo entendía E. de Lesseps. A su vez, tal criterio político estaría anclado en una teoría original y propia de Wittig que cruza elementos de la teoría marxista con los análisis de Guillaumin y de Mathieu, como vimos en el capítulo anterior. Wittig nunca planteó una lucha que consistiera en un lobby de lesbianas, en su lugar, llama a las mujeres a dejar de serlo para aventurarse a formar parte de un mundo nuevo, o mejor dicho, de los márgenes de un mundo donde todavía “*no saben lo que son*” pues, recordemos que para Wittig [1980] (2006): “*la conciencia de la opresión no es sólo una reacción (una lucha) contra la opresión: supone también una total reevaluación conceptual del mundo social, su total reorganización con nuevos conceptos, desarrollados desde el punto de vista de la opresión. Es lo que yo llamaría la ciencia de la opresión, creada por los oprimidos* (p.42).

beneficio masculino. M. Wittig adhiere a esta idea y la retoma, así por ejemplo en “No se nace mujer” (1980), la misma cita de “El segundo sexo” (1949) las siguientes oraciones: “*No se nace mujer, se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica de femenino*” (p.205)

En síntesis, el análisis de E. de Lesseps está enfocado en discutir con M. Wittig un punto: “lo personal es político”, es decir, busca responder a la pregunta que ella misma se formula: *¿se puede ser heterosexual y feminista a la vez? ¿Qué pasa entonces con el deseo heterosexual?* A nuestro modo de ver, este no es el problema central que plantea el lesbianismo político de Wittig en el pensamiento Straight, en tanto su teoría va más allá de los “intereses” homosexuales y heterosexuales tal como eran entendidos en ese momento histórico. Según nuestra autora, la lesbiana es quien hace una elección política que le permite fugar del esquema de apropiación privada que constituye a la mujer y de esta manera, jaquea al orden político de la dominación de la diferencia sexual (la heterosexualidad). Lo que deja ver este malentendido es que detrás de los diferentes sentidos que M. Wittig y E. de Lesseps atribuyen al lesbianismo, se encuentran dos posturas políticas al interior del FMF: si bien en un comienzo coinciden entendiendo a la heterosexualidad como sistema político y a las clases de sexo como constructos de la diferencia sexual, luego se diferenciarán cuando M. Wittig toma estos conceptos (entre otros), para crear una teoría innovadora que radicaliza su propuesta política a tal punto que “las lesbianas” constituyen una opción de fuga a la diferenciación sexual de la humanidad, es decir, Wittig cambia el sentido que la palabra “lesbianas” tenía hasta ese momento.

A su vez, esto se explica porque siguiendo a Guillaumin en su postura materialista respecto al lenguaje, Wittig dirá: *“el cuerpo de los actores sociales es modelado por el lenguaje abstracto (así como por lenguajes no abstractos) dado que hay una plasticidad de lo real frente al lenguaje”* (Wittig, 2006: 70). Así, en “La pensée Straight” (1980), utilizando la polisemia, Wittig ha cambiado “la forma material” de la palabra lesbiana logrando su meticuloso efecto de *“golpear con las palabras”* transformándolas en “máquinas de guerra”¹³⁵. Recordemos también que para Wittig, los intentos de constitución del sujeto se dan en la escritura.

Crónica de un final alborotado...

En este acápite nos fue guiando la siguiente pregunta: *¿Cómo pasamos del anterior intercambio teórico político entre dos de las integrantes a un conflicto irreconciliable que llevó al fin de QF?*

Se entiende que el conflicto que rompió la revista tuvo dimensiones que excedieron al comité editorial pues se trató de un debate que comenzó con la publicación de “The Straight mind” (1978). Incluso, gracias a algunos pasajes en las fuentes

¹³⁵Wittig dice esto en “El punto de vista: ¿universal o particular?” [1980] (2006) donde recoge: “una serie de reflexiones sobre la escritura y el lenguaje que escribí cuando traduje El vertedero de Djuna Barnes. Estas reflexiones se refieren a la obra de Djuna Barnes y a *mi propia obra*” (p.84) - El destacado es propio. Texto publicado originalmente como introducción al libro de BARNES, D.: *Lapas sion*. Paris, Flammarion, 1982.

podemos advertir que se trata de un conflicto que inició a comienzos de la década del 70. Así, por ejemplo, cuando Louise Turcotte se refiere a la reunión de junio de 1980, y por la cual se realiza un “balance a diez años del feminismo”, afirma:

La cuestión de la participación de las lesbianas en el feminismo hace diez años y la del por qué la asfixia de una tendencia política lesbica también se planteó, y varias participantes pidieron aclaraciones sobre conflictos pasados y guardados en silencio, y que parecían resurgir con agudeza. El debate, muy agitado, culminó en un intercambio de insultos: una feminista “bisexual” llamó a una lesbiana “hombre”, y a cambio, fue tratada por una lesbiana (del grupo Jussieu) de “colaborador de servicio” (AHLA, 1982: 34)¹³⁶.

En este marco, QF decide publicar en el vol.7 (1980) los dos artículos que analizamos recientemente empero, inmediatamente después, la revista desaparecerá tal como la conocíamos desde 1977 por diferencias “irreconciliables” al interior del comité. Nuevamente, la pregunta que nos surge es: *¿cómo pasaron de este espíritu dialógico a otro de ruptura antagónica?* Tal situación es difícil de comprender por lo sorpresivo y también por el vínculo más íntimo que las integrantes de QF sostenían entre sí, excediendo el ámbito de la revista. Falquet comenta en el conversatorio *“Del feminismo materialista francés al feminismo interseccional latinoamericano...”*¹³⁷, que la ruptura de QF resultó dolorosa para las integrantes de la revista porque su relación estaba basada en un lazo afectuoso, de amistad y complicidad¹³⁸. Una seguidilla de situaciones durante los meses anteriores a la ruptura nos ayuda a entender este radical cambio de ánimos ante la escalada del conflicto que terminará en un fallo judicial por el surgimiento de una nueva revista, también innovadora y relevante para el feminismo francés de la época como lo fue NQF.

El 14 de marzo 1980 (a poco menos de un mes de la publicación del vol. 7), el movimiento se reúne: *“comenzó una discusión muy viva entre distintos grupos de lesbianas políticas y heteros”* (AHLA, 1982, p.33). Al decir de Louise Turcotte, estos intercambios exceden al comité editorial de QF, aunque lo involucran y lo interpelan, irremediablemente. Así, el 24 de octubre del mismo año el *“Colectivo Cuestiones Feministas”* se disolvió firmando el siguiente acuerdo: *“Las abajo firmantes se comprometen unas a otras a no publicar en el futuro otras revistas con el título de ‘Cuestiones feministas’”* (AHLA, 1982, p. 26)¹³⁹. Luego, una parte del ex comité alude que este acuerdo no es respetado e inicia acciones legales contra quienes fundan la NQF. Sin embargo, el fallo no favorece a las denunciadas:

Christine Delphy, Emmanuèle de Lesseps, Claude Hennequin fundan entonces Nouvelles Questions Féministes, siempre con el apoyo de Simone de Beauvoir. Son demandadas por Noëlle Bisseret, Colette Guillaumin, Monique Plaza,

¹³⁶ Traducción y resaltados propios.

¹³⁷“Del feminismo materialista francés al feminismo interseccional latinoamericano: relaciones ambidiestras”, realizado el 18 de noviembre del 2021. Disponible en: <https://youtu.be/P4p5gLX9C0U>

¹³⁸En este sentido, a lo largo de los años se formaron varias parejas dentro del comité editorial de la revista: Wittig y Delphy fueron pareja, así como Nicole Claude Mathieu y Danielle Charest, entre otras (Chaperon, 2017).

¹³⁹ Traducción propia.

Nicole-Claude Mathieu y Monique Wittig, pero la primera sala del Tribunal Civil de París estima en su sentencia (8 de diciembre de 1981) que el calificativo de “Noticias” y la diferencia de formato son suficientes para diferenciar las dos revistas (Chaperón, 2017: 439)¹⁴⁰.

Tales resultan los últimos intercambios del viejo comité de QF antes del lanzamiento del primer número de NQF, cuya tipografía y formato de tapa es idéntico al proyecto original. Asimismo, su primer número se titula: “La restricción a la heterosexualidad” (*La contrainte à l'hétérosexualité*) y dedica el editorial a comentar lo sucedido para explicar el cambio de título y, sin ocultar el conflicto que venimos desarrollando, manifiestan su voluntad de continuar con la línea política y el formato de QF en tanto, presentan el cambio en términos de renovación del comité editorial, y no de ruptura. Sin embargo, para las lesbianas radicales se trató de un quiebre que no podía ser leído en esos términos:

Se ha DISUELTO una revista, y hacen creer que continúan. NO. Decimos que desde el momento en que una pequeña minoría del Colectivo (3 de 8) no pudo admitir integrar en la revista un debate que estimamos en la línea de su editorial, esta revista está muerta. Decimos que cada parte del ex colectivo debe continuar su trabajo sobre sus propias bases y no tiene que aprovecharse del trabajo de los demás. Lo que hacen al pretender que su revista sucede a “Questions Féministes”. Las lectoras y las mujeres del movimiento, en Francia y en el extranjero, no pueden (y está bien hecho para ello) más que ser engañadas por la extraña semejanza de los dos títulos (AHLA, 1982, p. 27)¹⁴¹.

Si bien quienes editan NQF aducen una continuidad, a partir de diferentes elementos y, especialmente, en las figuras de Christine Delphy y E. de Lesseps, las lesbianas del ex comité no están de acuerdo con ellas y denuncian la exclusión del medio y la desaparición del mismo. Al respecto M. Wittig (1982) dirá que esto constituye:

uno de esos numerosos golpes de fuerza contra las lesbianas (...) una especie de bandidaje tan común en nuestros circuitos intelectuales: la apropiación de un medio material e ideológico de producción. La toma de poder filosófico e ideológico que se produce tiene por objetivo excluir el lesbianismo de la teoría feminista. El resultado en la práctica: la exclusión de cinco lesbianas por dos heterofeministas de una revista que las siete producían colectivamente. Sin embargo, esas dos heterofeministas (de las cuales una es homosexual) pretenden hacerse pasar por las salvadoras de “la línea” de la revista. Una “línea” tan justa que dos heterofeministas tienen el poder de poner cinco lesbianas en minoría (p.11)¹⁴².

Esta diferencia de caracterizaciones, continuidad para algunas/ ruptura y “bandidaje” para otras, puede entenderse como parte del despliegue de recursos para inscribirse en diferentes “*genealogías legitimantes*”, como sugiere Tarcus (2020). En este caso, el colectivo editorial de NQF busca resaltar las coincidencias y prefiere montar una trama que refuerce la persistencia que la une a QF, por eso hablan de continuidad, utilizan la misma tipografía y diseño de tapa, un título similar, etc. antes que posicionarse como una revista completamente nueva, y prefieren hablar sólo de

¹⁴⁰ Traducción propia.

¹⁴¹ Traducción propia.

¹⁴² Traducción propia.

una “renovación del comité editorial”. Esto se explica, como ya vimos, por el prestigio y reputación que QF había alcanzado al momento de su ruptura.

En este sentido, la tendencia de las investigaciones contemporáneas a exceder el estudio monográfico de las revistas culturales parte de la sospecha de que su identidad no puede descifrarse indagando meramente en su distinción. Se tiende cada vez más, reconociendo el aporte de la sociología bourdiana, a establecer las identidades revisteriles en términos relacionales, como producto de un juego de poder, reconocimiento y prestigio al interior de un campo de revistas en un momento dado. Desde este marco explicativo, las estrategias de promoción para posicionarse en el campo revisteril son múltiples y pueden revelar cómo los editores de las revistas se inscriben en “*genealogías legitimantes*” (Tarcus, 2020: 58). Asimismo, los títulos, la grafía y la tipografía, nos dicen mucho porque los colectivos editoriales son más o menos conscientes de la enorme carga semiótica y semántica al bautizar una revista. Veamos, por un lado, la tipografía en la portada del primer volumen de NQF es la misma que se utilizó en todas las portadas de QF desde 1977, cambiando sólo la palabra *Nouvelles* en el título de la revista.



Figura 9: elaboración propia. **Fuente:** Tapas de NQF vol.1 y vol. 2 (1981).

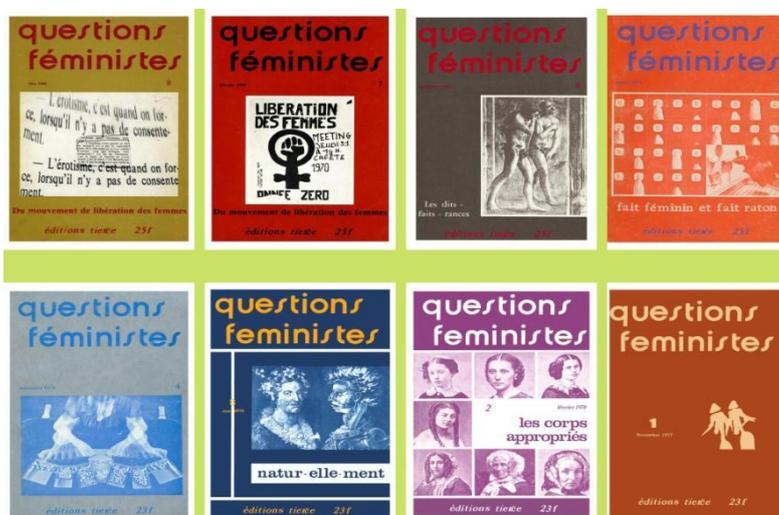


Figura 10: elaboración propia. **Fuente:** Tapas de los 8 volúmenes de QF (1977 - 1980).

Sumado a esto, la palabra “*Nouvelle*” en el título, además de poseer cierta ambigüedad, resulta polémica por cuanto intenta mostrar continuidad respecto a QF, y se puede interpretar como un gesto para la audiencia anterior. “*Nouvelle*” en francés admite dos significados: “nuevas” y “noticias”; si utilizamos el primer sentido de la palabra se lee “Nuevas Questions Féministes”, lo cual es un sutil guiño a quienes leían la revista original. En nuestro criterio, esta continuidad en la portada (que cambia recién para el segundo número), es un indicio de las estrategias utilizadas por el comité de NQF para mantener la nueva publicación unida a la genealogía legitimante del proyecto anterior.

De esta forma, y en concomitancia con lo propuesto por Alexandra Pita (2014), existen “momentos vitales” en una revista cultural donde se advierten quiebres que dan inicio a nuevas etapas, pudiendo coincidir (o no), con un acontecimiento particular de carácter negativo, fruto de una disputa que se genera dentro o fuera de la propia revista. Tras su resolución, se produce un fenómeno de reorganización por la expulsión de algunos de sus miembros y la integración de otros nuevos. Estos cambios, “*son trascendentales para el estudio de las revistas, porque reproducen en cierto modo la geografía humana que compone una red, y además, dan muestras de hasta qué grado el cambio necesita adaptar el discurso visual y textual de la misma, al cambiar la discursividad de imágenes y palabras*” (Pita, 2014: s/n).

Así, la diferencia de pareceres y el desencuentro: renovación vs. ruptura, se comprende por el interés por parte del comité de NQF de inscribirse en la línea genealógica de QF que, sin dudas, fue el soporte material capaz de concretar un proyecto de ideas abstractas, pero a lo largo del tiempo adquirió un peso propio, transformándose en un condicionante de las prácticas de sus integrantes. Como afirma Pita (2014) si bien en un primer momento son las prácticas las que dan vida a los soportes materiales, una vez iniciado el proyecto y cuando el mismo acumula trayectoria y adquiere prestigio, como en el caso de QF, la relación se invierte y el soporte material

se transforma en el elemento que condiciona las propias prácticas de quienes lo idearon¹⁴³.

Louis Turcotte brinda otro elemento con el que se puede advertir tal situación: en diciembre de 1980 se hizo en los Estados Unidos un llamamiento al apoyo financiero de NQF antes de que la nueva revista fuera anunciada oficialmente en Francia. Como era de esperarse, esto despertó el más enérgico repudio por parte de las lesbianas políticas del ex comité en tanto las feministas del FMF tenían un vínculo fuerte con varias feministas americanas, lo que explica el interés de ambas partes del ex comité de QF en relatarles su versión del conflicto. Ante esto, las lesbianas denuncian que, mediante robos y mentiras, tres feministas (Delphy, Hennequin y de Lesseps), se estaban aprovechando del trabajo colectivo a través de *“la apropiación de un medio material e ideológico de producción”* (Wittig, 1983: 10).

Este interés por lograr el apoyo de las feministas norteamericanas también responde a las mismas estrategias que se despliegan para mantener el reconocimiento forjado con QF. Si bien no hemos podido acceder al volumen completo del primer número de NQF (marzo, 1981), recuperamos el índice de este número donde se observa, entre quienes escriben a Adrienne Rich (lesbiana y teórica del feminismo de EE.UU contemporánea a Wittig), lo cual es un signo de apoyo al proyecto de NQF y explica el enojo de las lesbianas francesas del ex comité, que le escribirán en noviembre del mismo año para reprocharle a ella, y a otras feministas norteamericanas, que *“se atreven a juzgarnos sin haber escuchado nuestra versión”* (AHLA, 1982, P.41)¹⁴⁴. Por cierto, la ausencia de fuentes también es un indicador de los procesos que estudiamos. Resulta curioso que todos los números de NQF aparecen publicados en su página web¹⁴⁵, pero el n°1 (de marzo de 1981), es el único que no se encuentra disponible. Quizá esto se deba al tenso momento del debut, con pleitos judiciales y duros intercambios entre quienes hasta hacía poco tiempo integraban un proyecto común.

En síntesis, sin desconocer ni ocultar que se trata de una renovación, las autoras de NQF se esfuerzan por remarcar que están unidas al proyecto anterior, lo cual se explica por la trayectoria que QF había forjado: sus recursos económicos, su lista de suscriptores, su audiencia y su notorio reconocimiento tanto dentro como fuera de Francia. En una entrevista que Delphy da para la publicación *Women's Review of Books* (1986), la autora habla de una gran continuidad con el proyecto original, y en la página oficial de NQF dice: *“Fundada en 1981 por Simone de Beauvoir, Christine Delphy, Claude Hennequin y Emmanuèle de Lesseps, NQF es la continuación de la revista*

¹⁴³ Según Alexandra Pita (2014) *“una vez formado el soporte, éste adquiere un peso significativo. Si bien no deja de ser el objeto que deriva de una práctica en cuanto no abandona su calidad de dispositivo cultural, sus atributos van aumentando en la medida en que la revista alcanza un perfil cada vez más marcado (...) Así, se produce una relativa autonomización del soporte que influye en las prácticas que se tomarán posteriormente para asegurar la vida de la publicación(s/n).*

¹⁴⁴ Traducción propia.

¹⁴⁵ Disponibles en: <https://nouvellesquestionsfeministes.ch/publications/>.

*Questions Féministes creada en 1977*¹⁴⁶. No obstante ello, y dejando de lado el debate: “renovación o ruptura”, lo que se pone en evidencia es que varios de los temas que fueron tratados por QF siguieron siendo objeto de análisis para la NQF, al igual que su espíritu crítico militante e internacionalista.

Ahora bien, si “*las revistas y las redes intelectuales tras ellas, permiten distinguir posicionamientos de tipo político-ideológico*” (Granados, 2012: 12), lo que advertimos es que en la profundidad de esta lucha dentro del campo revisteril por el reconocimiento de NQF, subyace un debate político de largo aliento al interior de la tendencia feminista materialista francófona que sostenía proyectos políticos diferentes, quedando una de las tendencias despojada del medio material de producción: “*Nos separan y nos bautizan separatistas remitiéndonos a una particularidad de orden ‘sexual’*” (Wittig, 1983:12)¹⁴⁷. Como fuera advertido a lo largo de nuestro estudio, los feminismo(s) no surgen ex nihilo, son productos de su tiempo. En este caso, signado por un período histórico particular donde el propio MLF, así como el sentido del feminismo en general, están siendo objetos de disputa.

Comenzamos este capítulo con la hipótesis de que la postura de M. Wittig fue acallada luego de la ruptura de QF, empero, consideramos necesario complejizar esta premisa. Más bien, lo que interpretamos de las fuentes es que, desde una primera instancia, en el seno del debate, hay una interpretación errónea de lo que la M. Wittig propone respecto al lesbianismo político. Quizá esto fue así porque como reconoce Falquet (2017), los artículos de M. Wittig: “La pensée straight” y “On ne naît pas femme”, abrieron un camino teórico al movimiento lésbico autónomo que visibiliza el heterosexismo al interior del movimiento feminista. Esto es, porque la teoría de Wittig fue tan radical que llevó hasta las últimas consecuencias aquel planteo del FMF respecto de los sexos como clases sociales, a punto tal que transformó la manera en que el feminismo era entendido hasta entonces. En palabras de Louise Turcotte:

Basándose en los últimos conceptos del feminismo materialista y radical, entre ellos la idea de “clases de sexos”, la afirmación de Wittig pondrá en cuestión un punto fundamental que el feminismo nunca había criticado: la heterosexualidad. No ya concebida como sexualidad, sino como un régimen político. Hasta entonces, el feminismo había considerado el “patriarcado” como un sistema ideológico basado en la dominación de la clase de los hombres sobre la clase de las mujeres. Pero las categorías mismas de “hombre” y “mujer” no habían sido cuestionadas (Turcotte: 2006: 10)¹⁴⁸.

Sin dudas, la propuesta wittigiana implicaba romper con ciertos privilegios: ir en contra de la familia, la maternidad y el matrimonio, entre otras relaciones, que suponen ciertos beneficios dentro del mismo sistema de dominación (la heterosexualidad) que,

¹⁴⁶ Disponible en: <https://nouvellesquestionsfeministes.ch/>

¹⁴⁷ Traducción propia.

¹⁴⁸ Estas ideas se profundizan en la obra “No se nace mujer”, donde Wittig analiza etimológicamente el significado de la palabra feminista.

construido en base a la otredad, deja en los márgenes de la existencia a quienes están por fuera de la norma. Por eso, tales parámetros de normalidad que forjan la dominación brindan al mismo tiempo ciertos “privilegios” por “pertenecer”, por ser leída como normal y no monstruosa. Finalmente, nuestra autora ponía en jaque lo que cada una de las feministas representaba dentro del movimiento, instándolas a ser protagonistas activas en la lucha, agentes del cambio, en pos de una transformación radical del mundo conocido hasta entonces (y hasta hoy).

Conclusiones

Decir que no existen conocimientos neutros es un lugar común. Pero esta afirmación tiene un sentido muy concreto desde nuestro punto de vista. Todo conocimiento es producto de una situación histórica, tanto si lo sabe como si lo ignora. Pero el hecho de que lo sepa o lo ignore cambia mucho las cosas; si lo ignora, si el conocimiento se pretende 'neutro', entonces niega la historia que pretende explicar, es ideología y no conocimiento. Todo conocimiento que no reconoce, que no toma como premisa la opresión social, está negando esta opresión y, en consecuencia, la favorece objetivamente.
C. Delphy, [1975] (1985), p.11.

A lo largo de los capítulos precedentes trazamos un recorrido por el feminismo francés entre los años 1968- 1980 siguiendo la trayectoria vital de una de sus activistas más reconocidas, la literata, filósofa e *intelectual orgánica* M. Wittig. Para analizar su desempeño teórico político necesitamos reconstruir: en primer lugar, las características y tensiones del MLF en Francia en el contexto inmediatamente posterior al mayo francés de 1968 y durante la década de 1970; en segundo lugar, las características y vinculaciones de la propuesta de M. Wittig al interior de una tendencia particular y poco explorada de dicho movimiento: el FMF; y en tercer lugar, las características de la revista QF que aglutinó a sus integrantes entre 1977 y 1980, hasta su disolución.

En el primer capítulo presentamos un esfuerzo por reconstruir el momento histórico crucial del feminismo francés como lo fueron los años '60- '70 y acercar su estudio a nuestro idioma. Así, identificamos que por esos años se asiste a una marcada politización y M. Wittig tuvo una activa participación, realizando pioneras iniciativas en la formación de grupos de militancia específicos de lesbianas: primero, como "Tortilleras rojas" (*Gouines Rouges*), y luego con el "Movimiento de liberación de mujeres" (*Mouvement de Libération des Femmes*). Mediante el análisis propuesto, pudimos establecer una serie de procesos en el traspaso de las décadas de 1960 a 1970, a saber: tercera ola de descolonización, crisis paradigmática, crítica al progreso, que permitieron comprender la radicalidad de las propuestas de cambio del feminismo de aquel entonces.

A su vez, establecimos una caracterización del MLF determinando que se trató de un movimiento exclusivamente de mujeres, pero con gran heterogeneidad, cuya composición no estuvo dada por partidos políticos sino por variadas agrupaciones de diversas tendencias: la de "lucha de clases", la tendencia "diferencialista", las "feministas revolucionarias" de la cual surgen las teóricas del FMF. En tal sentido, analizamos la existencia de las dos grandes vertientes del feminismo francés de aquel momento: universalista y diferencialista, y la adherencia de Wittig a la primera de ellas, estableciendo que una gran parte de los debates del MLF cobran sentido al leerlos tras la lupa de dichas tensiones. Y estudiamos la vinculación de las activistas del MLF con la izquierda y el marxismo, aludiendo a su conflictividad, pero también al enriquecimiento que permite explicar mejor los debates feministas de la época. Al respecto, uno de los

puntos que analizamos fue la relación entre el MLF y el lesbianismo en la Francia de los años '70- '80, reconstruyendo la tensión constante que implicaba reclamos por parte del lesbianismo al interior de un movimiento que estaba más interesado en “no asustar a la gran masa de mujeres”, que en atender lo que consideraban “reivindicaciones específicas”. En virtud de ello, hacia 1980 (momento en el que el MLF comienza a desacelerar la radicalización posterior a mayo del 68), se advierte una autonomización de las lesbianas del movimiento donde lo que estaba en juego era la legitimidad para la autonomía. Concluimos que luego de una gran eclosión en los años 70, el giro conservador de la década del 80 (pues asume un gobierno de izquierdas que, si bien había prometido mucho al movimiento feminista, finalmente no cumplió con sus promesas), impacta en el MLF a punto tal de dar comienzo a la disolución de los lazos entre varias de sus activistas. Aquí se enmarcan tanto las disputas por la sigla MLF (1980), como así también la ruptura de QF (1980) y del FMF.

A continuación (capítulo 2), logramos explicar los vínculos entre la propuesta teórico- política de Wittig y con las diferentes integrantes de la corriente feminista materialista francófona, a saber: Nicole Claude Mathieu, Christine Delphy, Colette Guillaumin, Paola Tabet, Monique Plaza y Emmanuelle de Lesseps. El FMF fue una corriente de pensamiento que se propuso lograr un cambio profundo en la sociedad a partir de la utilización, ampliación y/o reformulación de algunas nociones marxistas claves, así como del feminismo de tendencia universalista. Sus premisas más relevantes fueron: 1) el cuestionamiento de la división sexual del trabajo, dado que consideran que la misma no era la expresión de una diferencia “natural” o biológica, sino de una relación de poder entre hombres y mujeres que sitúa a los hombres en la esfera “productiva” y a las mujeres en la esfera “reproductiva”; 2) la crítica a la supuesta evidencia biológica de la diferencia sexual, que ellas denominan como ideología de la dominación, y que se mantiene como eje transversal en sus elaboraciones y; 3) su interés por las raíces materiales, es decir, las estructuras económicas y sociales de la opresión. A partir del análisis, concluimos que las integrantes del FMF comparten ciertos aspectos teóricos (su adscripción a la tendencia universalista en contraposición a la tendencia diferencialista, su materialismo y feminismo críticos, y su autodenominación como radicales), y factuales (su participación en el MLF y la conjunta fundación y desarrollo de QF) que permiten hablar de una homogeneidad (no carente de matices) al interior de la tendencia. Sin embargo, esta caracterización del FMF nos permitió identificar una gran eclecticidad al interior de la propuesta wittigiana, a saber: 1) su remisión a conceptos del marxismo como “lucha de clases”, “conciencia de clase”, “abolición de clases”, “relaciones dialécticas”, entre otros; 2) su profunda crítica a la diferenciación sexual de la población como hecho social de opresión y no ya como dato pre-social o biológico, y su llamamiento hacia una sociedad sin sexos; 3) su referencia a Simone De

Beauvoir respecto al mito de la mujer y la utilidad que Wittig encuentra allí para su lesbianismo materialista.

Las relaciones entre Wittig y las otras integrantes de la corriente, luego del análisis de sus diferentes conceptos nodales en las obras de cada una respectivamente, nos permitieron determinar que M. Wittig analiza a los sexos (hombre/mujer) de manera dialéctica y entendidos como “clases sociales”, formulando una teoría particular sobre la dominación de las mujeres y el feminismo, en la que la heterosexualidad pierde su carácter eterno, natural, dado y universal, para ser abordada como un fenómeno histórico entre otros. Así, reflexionamos propositivamente que su apuesta teórica constituye una herramienta de amplia utilidad posibilitando una historización radical de la diferencia sexual. Es decir, concluimos que dicha propuesta brinda un marco teórico posible para estudiar los procesos de sexuación, evitando eternizar y universalizar categorías políticas y de conflicto, tales como: las categorías de sexo: hombre / mujer y la de heterosexualidad.

Finalmente, en el tercer y último capítulo nos abocamos al análisis de la revista QF en tanto recurso cultural contrahegemónico, que desde las primeras páginas dio a conocer sus intenciones políticas por intervenir y transformar la realidad circundante. De este modo, consideramos que se trató de una revista innovadora para la época, un proyecto colectivo y autogestionado exclusivamente por mujeres, que se encargó de abordar un abanico amplio de temas y preocupaciones para el conjunto femenino y social de aquel entonces, al mismo tiempo que construyó lazos teórico políticos con otras revistas como Feminist Issues, AHLA y grupos feministas de otras latitudes: Estados Unidos, Canadá, Italia. En relación al debate entre M. Wittig y E. De Lesseps (QF n°7, 1980), y una de las causas que llevó a la ruptura de la revista, determinamos que se trató de un malentendido por cuanto nuestra autora hizo un uso radical de las palabras y el sentido que se le otorgó al lesbianismo político en su artículo “El pensamiento Straight” (1980) que fue diferente al que luego le atribuyó en el E. de Lesseps en “Heterosexualidad y feminismo” (1980): mientras que ella se refería a un separatismo lésbico basado en intereses sexuales; Wittig lo pensaba como una postura estratégica para la transformación radical de la sociedad al margen de la clasificación sexual humana (en términos del FMF, por fuera de las clases sociales de sexo). E. de Lesseps denunciaba un separatismo lésbico por parte de M. Wittig, y ésta proponía una lucha conjunta entre mujeres y lesbianas para transformar la sociedad creando un nuevo tipo de sujeto por fuera de los límites de la sexuación: las lesbianas no mujeres, en el sentido de que romperían con el esquema de la heterosexualidad, y la dicotomía sexual.

Llegamos a esta conclusión luego de entender la importancia que M. Wittig le otorgó al lenguaje (y que la asocia de manera irremediable a C. Guillaumin), afirmando, por ejemplo, que la materialidad no se agota en lo económico y que *“el lenguaje proyecta haces de realidad sobre el cuerpo social marcándolo y dándole forma violentamente”*

(Wittig, 2006: 70). Por eso, se interesa en la polisemia de las palabras, considerando que desde allí es posible transformar la realidad. De ahí su afán por utilizar la palabra: “lesbiana”, como forma material para daría el inicio a la constitución de un sujeto nuevo, uno no sexuado y que convertiría a la sexuación en algo obsoleto; un sujeto no-heterosexual que se encontraría en los confines de la humanidad sexuada. De esta forma, Wittig transforma la palabra lesbiana en una figura semiótica de un mundo utópico, un mundo sin hombres, pero también sin mujeres, un mundo sin sexuación. Incluso, si pensamos que el humano es por definición sexuado, pues Wittig abolió a la humanidad (al hombre), transformando el significado de una palabra: lesbiana. Así, sostenemos que la propuesta wittigiana elaborada en el marco del FMF sentó las bases para una innovadora y original forma de entender una futura organización social por fuera de los marcos establecidos de la heterosexualidad en tanto régimen político.

Por último, en relación a los aportes de la investigación al campo de la historia social y cultural, creemos que se logró dar visibilidad a una corriente poco explorada en nuestro idioma como es el FMF, pionera en la crítica feminista a las ciencias sociales, y en la construcción de conocimiento situado. Asimismo, acercamos al campo de los estudios históricos la propuesta política conceptual de M. Wittig (en vinculación con el FMF), en tanto aparato teórico potencialmente útil para las investigaciones con perspectiva de género.

A modo de reflexión final, desde un comienzo fue mi más profundo interés contribuir a la construcción de un conocimiento “encarnado” con el feminismo de estos días. Una pesquisa que intentó hablar de otras sujetas y de otras épocas, pero también de mí, de mi trayecto como estudiante y futura licenciada. De mí como sujeta-agente que busca promover la construcción de un conocimiento comprometido con la sociedad e intenta colaborar con aquellas producciones historiográficas que hace tiempo producen conocimiento con perspectiva de género. En cuanto a los desafíos para futuras indagaciones, por razones de tiempo y extensión, quedará pendiente completar la tarea que iniciamos en la vinculación de la propuesta de M. Wittig con las diferentes pensadoras que no llegamos a incluir en este trabajo: Paola Tabet y Zande Seig. A su vez, creemos que sería interesante llevar adelante el ejercicio práctico que proyectamos en el capítulo dos respecto a la utilidad del marco teórico wittigiano para investigaciones históricas con perspectiva de género. Finalmente, en el anteproyecto de esta tesis se proponía el objetivo de reponer las diferentes recepciones y repercusiones del pensamiento de M. Wittig en el activismo de Abya Yala del pasado reciente, dicho objetivo no pudo concretarse, y sin embargo, constituye una vía de indagación que quedará para proseguir en futuros proyectos¹⁴⁹.

¹⁴⁹Agradecemos las observaciones que el tribunal evaluador planteó al proyecto inicial de esta tesis porque nos ayudó a concentrar los esfuerzos en una de las dos líneas de trabajo posibles que habíamos presentado.

Fuentes

Archivos PDF: Wittig, M. (1964) "L'opoponax" - Wittig, M. (1969) "Les Guérillères" - Wittig, M. (1973) "El cuerpo lesbiano" - Wittig, M. (1976) "Borrador para un diccionario de las amantes" (junto a Sande Zeig)

Archivo PDF: Josy Thibaut. ProChoix: la revue du droit de choisir. (2008, diciembre) Entretien. Monique Wittigraconte...*ProChoix*, 46, 63-76. Se trató de una entrevista realizada a Monique Wittig en primera persona en el año 1979.

Archivo PDF: De Lesseps, E. (1980) «Hétérosexualité et féminisme» en Questions Féministes, N° 7, febrero 1980, pp. 55-70

Archivos PDF: Questions Féministes, N° 1, noviembre 1977 - Questions Féministes, N° 2, febrero 1978 - Questions Féministes, N° 3, mayo 1978 - Questions Féministes, N° 4, noviembre 1978 - Questions Féministes, N° 5, febrero 1979 - Questions Féministes, N° 6, septiembre 1979 - Questions Féministes, N° 7, febrero 1980 - Questions Féministes, N° 8, mayo 1980

Consulta online: La scission du «Front des lesbiennes Radicales». (1981). Nouvelles Questions Féministes, 2, 124–126. <http://www.jstor.org/stable/40619332> Publicado por: Nouvelles Questions Féministes & Questions Feministes.

Archivo PDF: En Vol. I, n° 1. Junio 1982 // Dossier :Lesbiennes vs Hétérosexuellesouhétéro-féminisme vs lesbianisme radical ? - Revista Quebequense: "Amazonesd'Hier, Lesbiennesd'Aujourd'hui" (Amazonas de ayer, lesbianas de hoy) (AHLA) p. 1/ 2 - p.14 y 15 - p.26 a 42.

Archivo PDF: En Vol. II, n° 1. Julio 1983 // Wittig, M. (1983) «Les questions féministes ne sont pas des questions lesbiennes» en Amazones d'hier, lesbiennes d'aujourd'hui, 2(1), junio, pp. 10-14.

Wittig, M. Paris-la-politique. Vlasta, n° 4, Junio, 1985. Traducción vic sfriso. Colección Traiciones. Editorial Asentamiento Fernseh. Córdoba Argentina 2021.

Consulta Online: Delphy, C, « Questions Féministes/Nouvelles Questions Féministes, 1977-1985». Women 's Review of Books, vol.3, no 6, 1986. <https://www.jstor.org/stable/4019815?read-now=1&refqid=excelsior%3Adbf9d37d94f4a1bda865f5ccfe978bc3&seq=1>

Wittig, M. (2006). El pensamiento heterosexual y otros ensayos. Editorial Egales. Traducción de Francisco Javier Vidarte. Se trata de una compilación de ensayos publicados en la revista "Feminist Issues" entre 1978 y 1990 e incluye una conferencia dada por Wittig en Tucson (1991). El prólogo de dicha edición fue escrito por Louise Tourcotte, activista lesbiana radical que participó del comité editorial de AHLA.

Bibliografía

Abreu, M. (2018). Feminismo materialista na França: sócio-história de uma reflexão. *Artigos - Rev. Estud. Fem.* 26 (3). <https://doi.org/10.1590/1806-9584-2018v26n354237>.

Abreu, Maira Luiza (2017) «De quelle histoire le 'féminisme matérialiste' (français) est-il le nom?» en *CommentS'enSortir?*, n° 4, pp. 55-79.

Altamirano y Sarlo (1983) *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Centro editor de América Latina.

Althusser, L. y Balibar, E. [1969] (1988). *Para leer el Capital*, Siglo XXI editores.

Anthony Grafton, "La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000, en Prismas. Revista de historia intelectual n. 11, Quilmes, 2007, pp. 123-148

Bard, Ch. (2017). Lesbianism as Political Construction in the French Feminist Context en Schulz K. (Ed.), *The Women's Liberation Movement* (p.157-177). Berghahn Books.

Beauvoir, S. (1969) [1949] *El segundo sexo*. Siglo Veinte. Traducción de Pablo Palant.

Beltrán, E. y Maquieira, V. (Ed.). (2001). *Feminismos: debates teóricos contemporáneos*. Alianza Editorial.

Benjamín, W. (2007) *Conceptos de Filosofía de la Historia*. Derramar.

Beigel, F, (2003) "Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana", en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 8, n. 20, Maracaibo, Universidad del Zulia, enero-marzo, pp. 105-115.

Bergés K. (2016) Los feminismos franceses frente al relevo generacional del nuevo milenio: un activismo entre ruptura y continuidad. *Historia Contemporánea* 54: 145-176

Bolla, L. (2016). Sobre la teoría y la práctica feminista: una aproximación al feminismo materialista. Actas de las IX Jornadas del Departamento de Sociología de la UNLP, disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=eventos&d=Jev9144>>

Bolla, L. (2018). Cartografías feministas materialistas: relecturas heterodoxas del marxismo. *Nómadas*, (48): 117-134. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8977/pr.8977.pdf

Bolla, L. Femenías, M.L. (2019). Narrativas invisibles: Lecturas situadas del feminismo materialista francés. *La Aljaba*, Vol.23: 91-105. DOI: <https://doi.org/10.19137/aljaba-2019-230105>

Bolla, L. Femenías, M. L. & Campagnoli, M. A. (2019). La crítica al naturalismo en el feminismo materialista francés. Propuesta de lectura desde el sur. *Investigación Joven*, 6(Especial), 145. Recuperado a partir de <https://revistas.unlp.edu.ar/InvJov/article/view/7026>

Bolla, L. (2019) *La naturaleza del sexo: Relecturas sintomáticas del feminismo materialista*. (Tesis de doctorado). Presentada en la Universidad Nacional de La Plata.

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al grado de Doctora en Filosofía.

Bonet, M. (2018) *Mon MLF*. Éditions Albin Michel

Bourdieu, P. (2003). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI.

Chetcuti Natacha et Claire Michard (2003) *Lesbianisme et féminisme. Histoires politiques*. Paris, Bibliothèque du féminisme, L'Harmattan.

Chiocchetti M. (2011). Cómo estudiar revistas culturales. El caso de Punto de Vista. Revista de cultura. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Collin, F (1992). Diferencia y diferendo: La cuestión de las mujeres en filosofía. En Duby Georges, Perrot Michelle (eds). *Historia de las mujeres. Tomo 5: El siglo XX* (p.319-349). Taurus.

Curiel, O. y Falquet, J. (2005) *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*. Brecha Lésbica.

De Sousa, S. (2009). Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social, ed. Gandarilla Salgado J.G., Siglo XXI CLACSO.

Delphy, C. [1982] (1985) Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos. Barcelona: LaSal. Edicions de les dones.

Delphy, C, « Questions Féministes/Nouvelles Questions Féministes, 1977-1985». Women's Review of Books, vol.3, no 6, 1986.

Delphy, Ch. (1991). Les origines du Mouvement de libération des femmes en France (en francés). *Nouvelles Questions Féministes* 16-17-18, p. 139.

Engels, F. [1878] (1968). *El Anti-Dühring*. Edición Ciencia nueva. "Primera Parte. Filosofía. Dialéctica, cantidad y cualidad", pp. 48-59. Disponible en: <http://bolchetvo.blogspot.com>

Falquet, J. (2003). Marie-Hélène Bourcier et Suzette Robichon (Éds): Parce que les lesbiennes ne sont pas des femmes... Actes du colloque autour de l'œuvre de Monique Wittig des 16-17 juin 2001. *Nouvelles Questions Féministes*, 22, 97-104. <https://doi.org/10.3917/nqf.222.0097>

Falquet J. (2004). *Nouvelles questions féministes: 22 años profundizando en una visión feminista, radical, materialista y anti-esencialista*. Estudios Feministas, Volumen(12 (spe) Dic 2004) <https://doi.org/10.1590/S0104-026X2004000300006>

Falquet, J. y Curiel O. (ed.) (2005) *El patriarcado al desnudo: tres feministas materialistas*. Brecha Lésbica.

Falquet, J. (2006) *De la cama a la calle: perspectivas teóricas lesbofeministas*. Brecha Lésbica.

Falquet, J. (2009). Rompre le tabou de l'hétérosexualité, en finir avec la différence des sexes: les apports du lesbianisme comme mouvement social et théorie politique. *Genre, sexualité&société* [En línea], 1 (2009) DOI :<https://doi.org/10.4000/gss.705>

Falquet, J. (2017). La combinatoria straight. Raza, clase, sexo y economía política: análisis feministas materialistas y decoloniales. *Revista Descentrada*, Vol. 1, No.1. www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe005>

Falquet, J. (2018). Nicole-Claude Mathieu, Hacia una anatomía de las clases de sexos. *Revista Andaluza de Antropología*, (Nº. 14, P.178-199).

Femenias, María Luisa (2019) *Itinerarios de teoría feminista y de género: algunas cuestiones histórico-conceptuales/ 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, Libro digital*.

Fougeyrollas-Schwebel, D. (2005). Controverses et anathèmes au sein du féminisme français des années 1970. *Cahiers du Genre*, 39, 13-26. <https://doi.org/10.3917/cdge.039.0013>

- Guillaumin, C. (1978) "Pratique du pouvoir et idée de Nature (1) L'appropriation des femmes". *Questions Féministes* No. 2, febrero, pp. 5-30. Editions Tierce.
- Guillaumin, C. (1978) "Pratique du pouvoir et idée de Nature (2) Le discours de la Nature". *Questions Féministes* No. 3, mayo, pp. 5-31. Editions Tierce.
- Granados, A. (2012). Introducción. En A. Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura* (pp. 9-22). Cuajimalpa.
- Hobsbawm E.J. (1998). Capítulo X: La revolución social (1945 - 1990). En E.J. Hobsbawm (Ed.), *Historia del siglo XX* (pp. 290-322). Crítica.
- Hobsbawm E.J. (1998). Capítulo XI: La revolución cultural. En E.J. Hobsbawm (Ed.), *Historia del siglo XX* (pp. 322-345). Crítica.
- Jay, M. (2003) *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Paidós.
- Jeffries S. (2018) *Gran Hotel Abismo. Biografía coral de la Escuela de Frankfurt*. Turner.
- Juteau D. y Laurin N. (1988). L'évolution des formes de l'appropriation des femmes: des religieuses aux 'mères porteuses. *Canadian Review of Sociology*. May 1988 <https://doi.org/10.1111/j.1755-618X.1988.tb00102.x>
- Kandel, L (2001) "Une édition féministe est-elle possible?" *Archives du féminisme* (buweb.univ-angers.fr) el 8 de marzo de 2001. Fuente: <https://www.archivesdufeminisme.fr/actualites/kandel-l-edition-feministe-elle-possible-2001/>
- Lambert, S. (2013). Préface à la réédition de *Questions Féministes 1977-1980*. *Nouvelles Questions Féministes*, 32, 112-123. <https://doi.org/10.3917/nqf.321.0112>.
- Marx, K. (1974). *Formaciones económicas precapitalistas*, Ateneo.
- .[1975] (2006) *El capital. Crítica de la economía política*, Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. [1845] (1979) . *La ideología alemana*. Ediciones Pueblos Unidos-Grijalbo, "Introducción", pp. 13-93.
- Meillassoux, C. (1977). *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI.
- Menéndez, E. (2017). *Los Racismos son eternos, pero los Racistas no*. Universidad Autónoma de México. Disponible en: <https://virtual.cuautitlan.unam.mx/rudics/?p=2615o>
- Montero Miranda C.(2009). *Revistas feministas en Chile y Argentina: escrituras de y para mujeres en los años de entreguerras*. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Débats, mis en ligne le 28 novembre 2009, consulté el 13 junio 2022. URL: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/57693> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.57693>
- Neiburg Federico y Plotkin Mariano (comps.). (2004). *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*. Paidós.
- Novello, A. (2021). *Lévi Strauss en Argentina, Itinerarios de la recepción de una obra clave en la historia cultural global*. Editorial Universitaria Villa María.
- Palerm, A. (1986). *Modos de producción y formaciones socioeconómicas*. Gernika.
- Pavard, B. (2017) "Lesseps, Emmanuèle de" en Chaperon S. y Bard Ch. (comps.) *Diccionario de feministas. Francia - siglo XVIII – XXI* (pp. 925 a 927). Prensa Universitaria de Francia.
- Perrot M. (2003) ¿Dónde está el feminismo en Francia? Entrevista realizada por Ingrid Galster. *Página Abierta*, nº 140, septiembre.
- Picq, F. (2002). Le féminisme entre passé recomposé et futur incertain. *Cités*, 9, 25-38. <https://doi.org/10.3917/cite.009.0025>

- Picq, Françoise (2008) El hermoso pos-mayo de las mujeres. «Mayo del 68: revolución y género». *Dossiers Feministes* (12): 69-76. ISSN 1139-1219.
- Pita A. y Grillo M. A. (2012) Revistas culturales y redes intelectuales: una aproximación metodológica. Universidad de Colima - México.
- Pita Alejandra (2014). Las revistas culturales como soportes materiales, prácticas sociales y espacios de sociabilidad.
- Prislei L. (directora). (2015) Polémicas intelectuales, debates políticos Las revistas culturales en el siglo XX. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Colección Libros de Cátedra.
- Revista ProChoix, ed. (diciembre de 2008). MLF, Le mythe des origines, Monique Wittigraconte (en francés). pp: 63-76.
- Rey, P. (1991). *Colonialismo, neocolonialismo et transition du capitalismo*, Maspero.
- Rosanvallon P. (2016). *Por una historia conceptual de lo político*. Fondo de Cultura Económica.
- Rosanvallon P. (2018). Capítulo 1: Cumplir 20 años en mayo del 68. En Pierre Rosanvallon, *Nuestra historia intelectual y política (1968 - 2018)* (p.18 -39). Seuil. (en francés).
- Saferstein, E. "Entre los estudios sobre el libro y la edición. El giro material en la historia y la sociología, en Información, cultura y sociedad, n. 29, Buenos Aires, diciembre 2013, pp. 139-166.
- Silvestri, L (2019). *Primavera con Monique Wittig: el devenir lesbiano con el dildo en la mano de Spinoza transfeminista*. Traficantes de sueños.
- Sorá, G. (2004). Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico. En Neiburg Federico y Plotkin Mariano (comps.) *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*. Paidós.
- Sorá, G. (2017). *Editar desde la izquierda en América Latina: La agitada historia de Fondo de Cultura Económica y de siglo XXI*. Siglo Veintiuno Editores.
- Tabet, P. (2018) *Los dedos cortados*. Bogotá: Universidad Central de Colombia. Trad. de Ana Cuenca.
- Tarcus H. (2021) *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Serie América Latina en sus revistas. Tren en Movimiento Ediciones.
- Tarcus, H. (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. El cielo por Asalto.
- Tarcus, H. (2016). "La trayectoria de Milcíades Peña, la autonomización de los intelectuales de la nueva izquierda y la experiencia de la revista FICHAS (1964-66)", en AMERICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX.
- Traverso, E. (2012). Introducción. Escribir la historia en el cambio de siglo. En Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX* (p.11-32). Fondo de Cultura Económica.
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Editorial Egales.
- Wieviorka, M. (1992) *El espacio del racismo*. Barcelona.
- Zancarini-Fournel, M. (2012). Les partis politiques de gauche au risque de la décennieféministe (1971-1981). En Richard, G., & Sainclivier, J. (Eds.), *Les partis à l'épreuve de 68: L'émergence de nouveaux clivages, 1971-1974*. Presses Universitaires de Rennes. doi:10.4000/books.pur.125079.

